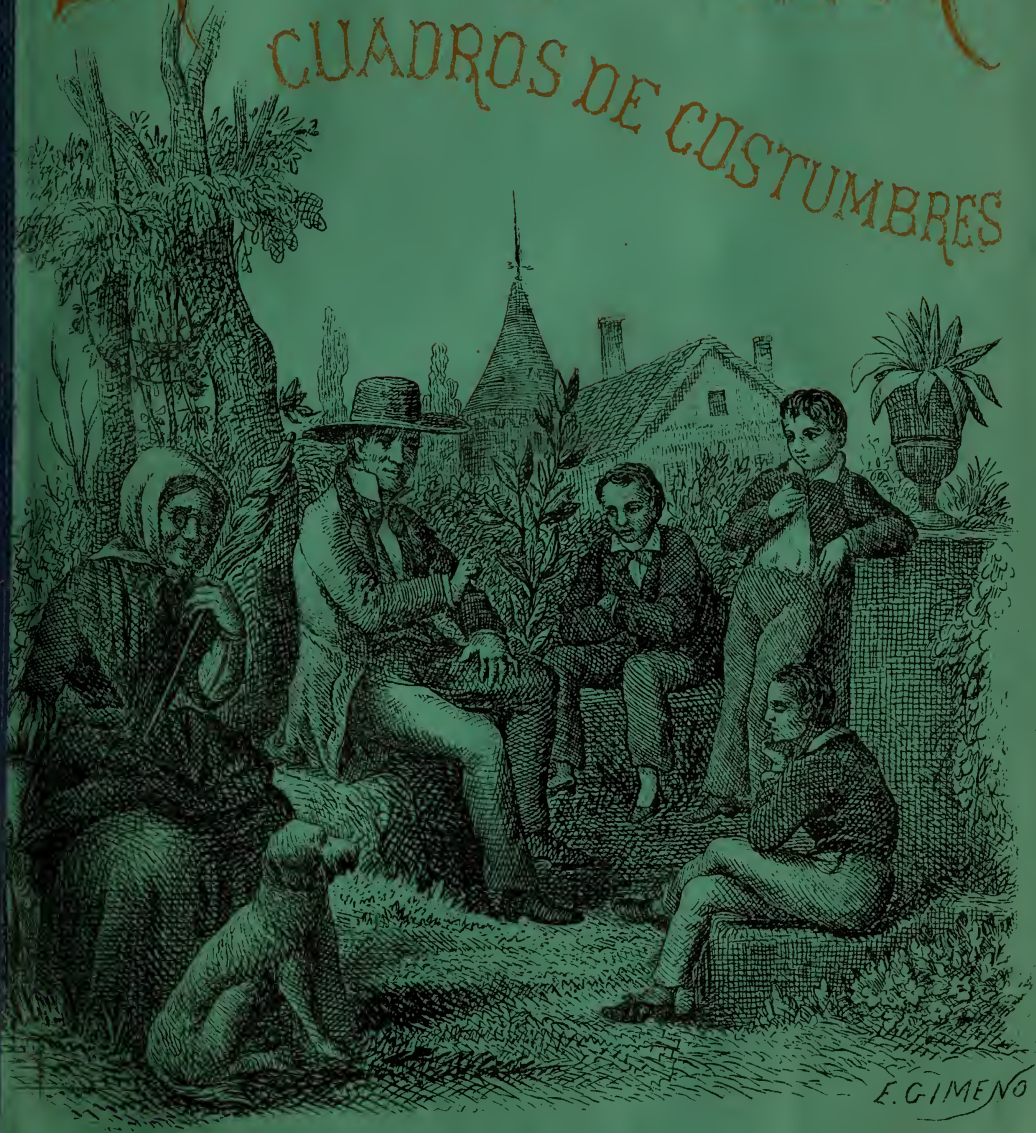
3 1761 08695864 2

Precio: UNA PESETA en toda España

FERNAN CABALLERO

CUADROS DE COSTUMBRES



LIBRERIA DE PASCUAL AGUILAR: EDITOR
Caballeros, 1. Valencia, 1878.

CUADROS DE COSTUMBRES

POR

FERNAN CABALLERO.

C1125cua

LA ILUSTRACIÓN POPULAR ECONÓMICA.
(BIBLIOTECA MORAL.)

CUADROS DE COSTUMBRES

POR

FERNAN CABALLERO.

CONTIENE ESTE VOLÚMEN.

Simon verde.
Mas honor que honores.
El último consuelo.

289419
1. 33

VALENCIA.—1878.

ADMINISTRACIÓN:
LIBRERIA DE PASCUAL AGUILAR.
Caballeros, 1.

Impr. á c. de Cárlos Verdejo, Almirante, 3.

EL AUTOR Á SUS LECTORES.

Algunos piensan—sin duda inducidos á ello por la dominacion que llevan nuestros Cuadros de costumbres,—que los reproducimos para el pueblo; y esto es un error, que está demostrado con sola la sencilla objecion de que el pueblo que nosotros pintamos, no lee. Los pintores flamencos—perdónesenos lo atrevido de la comparacion en favor de la exactitud—no pintaban sus cuadros campestres para los que en ellos figuraban sino para los que amaban la naturaleza campestre y apreciaban la pintura.

Aquella reflexion podria indicar que los Cuadros de costumbres no son propios de la esfera culta. No obstante, solo el que confunda la *forma* y la *esencia*, dejará de conocer que el buen gusto, como el perfume que lleva ese nombre, se compone de *mil flores*; y que no son las silvestres de las que menos aroma se estrae.

Solo añadiremos una palabra. Hase creido tambien que inventamos los cuentos, dichos, coplas y comparaciones que hacinamos en nuestros Cuadros populares. Está tan lajos de nosotros el dar como propio lo que no lo es, que muchas veces hemos

repetido el mérito que puedan tener, y tienen realmente estos Cuadros, no es otro que lo verdaderos y genuinos que son en el fondo, en los pormenores, en las descripciones, en las ideas y en el lenguaje.

Basta pararse un instante para conocer la fuente de que brotan. La cultura no tiene la inocencia y candidez primitiva; carece del chiste independiente y original: su peinado lenguaje no tiene la energía y la concision—y así carece tambien de la libertad en la espresion—de los rancios y robustos sentimientos religiosos, que aun conserva el pueblo; todo lo cual, bien ó mal, reproducen estos Cuadros.

SIMON VERDE.

CAPITULO I.

El pueblo es un gran poeta, porque posee en alto grado el sentimiento, que en mí es el alma de la poesía.

Trueba y La Quintana.
(Libro de los Cantares.)

In wita man, simplicity á child.
En la agudeza hombre, niño en la sencillez.
Pope.

Todo el que ha surcado el Guadalquivir, ha parado su atencion en los pueblecitos que, como vanguardia de la decana y noble ciudad de Sevilla, se le presentan, si baja, á la derecha, si sube, á la izquierda del rio.

La Puebla, que es el primero que encuentra el que sube de los puertos, es grande, compacto, desprovisto de arbolado, y parece ocuparse mas de la estensa campiña que domina, que no del rio y del movimiento de sus barcos. El labrador, calza polainas, y no se quita su sombrero calañés ni á los Grandes, ni á los Lores, ni á los Príncipes, ni aun á los Reyes, que en los vapores suelen pasar por delante de él echándole el lente.

La segunda poblacion, que es Coria, mas presumida que su vecina, guarnece sus faldas con huertas: es muy amiga del Bétis, al que labró uno de los vapores que le han engalanado, y al que le dió su modesto nombre. El Coriano, pues, ha alternado con los Teodosios y Trajanos (nombres de otros vapores); por lo cual un consecuente y sistemático aleman llamó siempre al modesto homónimo de Coria, Coriolano. Ostenta Coria una elegante fábrica de orozuz, que es surtida de palo dulce por su suelo; es alegre y amiga de toros.

Gelves, que es el tercero de estos pueblecitos, se retira modestamente del surcado rio, y se escalona sin pretensiones, pero con gracia, en la ladera de un monte, en cuya altura están unidos y formando un mismo edificio la iglesia y el palacio de los Condes de Gelves, propiedad de la casa de Alba. Solo los niños al construir sus nacimientos, pueden colocar las casas y las chozas tan sin simetría y tan pintorescamente como se ven en aquel pueblecito, el mas lindo de los cuadros.

El último, que es San Juan de Alfarache, debe ciertamente la preferencia de que goza, á su buen caserío y á la cercanía de la ciudad señora; pues, en punto á vistas, aguas y posicion, le aventaja el modesto y campestre Gelves. Entre este pueblo y el rio se estiende una verde pradera, que pertenece al comun ó propios. Entre la pradera y el terraplen formado ante la iglesia y el palacio, están en declive huertas con mas árboles que hortaliza: el pueblo se encarama como puede, á ambos lados de estas huertas, sobre todo al izquierdo. El pomposo nombre de palacio conviene á aquella casa—que no lo es,—moralmente por las armas de Grande que ostenta, y materialmente porque entre las sencillas y humildes casas que le rodean, puede pasar por tal. Parte la pradera que besa el rio, una vereda por la que se comunican la Puebla y Coria con la capital; la que despues de atravesar aquella, pasa rozando por un

aislado y pequeño ventucho, tan rústico, que gasta sombrero de paja, y tiene melones y naranjas en las alforjas.

Cuando empieza este sencillo relato, era la hora apacible en que ya no deslumbra la luz, y nada oculta ni entristece todavía la oscuridad. El sol habia descendido por detrás del monte, y se habia ocultado entre los olivos que tiene por crespa cabellera, cuyos modestos contornos se dibujaban en los resplandores que en pos de sí arrastra el rey de la luz, como la cola de un manto real de púrpura. El rio exhalaba su húmeda frescura, que como un bálsamo aspiran los pechos; introducía sus olitas mansas entre los mimbrales, las ramas de los sauces y sobre la tierra, como uñas con la que quisiera asirse á las orillas, á fin de estancarse en aquellos amenos parajes, y de no ir á perderse en la amarga inmensidad del mar. Hacíale resplandecer reflejándose en él, la luna, que poco iba saliendo del anonadamiento en que la sume el sol; y un barco con sus blancas velas se deslizaba silencioso sobre su tersa superficie de tal suerte, que hubiese podido tomarse por una fantasma, si de su centro no hubiese salido una clara y alegre voz trayendo con una sonrisa la imaginacion á la realidad. Esta voz cantaba:

Toma, niña, esta tumbaga,
que te la dá un marinero.
¡Ojalá que te se vuelva
una lanchita con remos!

El trabajador volvia alegre á su hogar y á su descanso: oíase de lejos el ladrido del perro de campo, al que la distancia daba la suavidad que le falta, y la invadiente noche el agrado que tiene una señal de fiel vigilancia. Todos los séres tímidos se iban animando; las estrellas se acercaban como de puntillas, é iban ocupando sus altos puestos: miles de insectos, viéndose libres de las miradas de los enemigos que los acusan de dia, se decian como chiquillos traviesos *¡ahora es la nuestra!* En seguida las catarro-

nas se ponian á remedar el ruido del trompo con su tosco zumbido; el *caballito del diablo* (1) imitaba á la perfeccion el susurro de la cola de papel del pandero ó cometa; las palomitas nocturnas, como las pobres que no tienen que ponerse, salian con las primeras sombras, para ir á la plaza en su humilde pelaje; las luciérnagas meditabundas, á imitacion de Diógenes, encendian sus linternas para buscar un *luciérnago*; las ranas competian con denuedo y perseverancia con los incansables grillos, que nuevos Acteones escondidos entre las yerbas, asistian al baño de aquellas ninfas poco esbeltas. El ruiseñor lanzaba entre la enramada algunas notas sueltas, á fin de ensayar su melodiosa garganta para los divinos nocturnos con que obsequia al mes de las flores; el azahar exhalaba de su pequeño y puro cáliz su deleitable fragancia, la que unida al canto del ruiseñor, á la dulzura de la atmósfera y á la delicada luz de la luna, hacian de aquella sencilla y rústica naturaleza el Edén mas encumbrado y aristocráticamente poético; y sobre todo este concierto terrestre, la alta torre de la iglesia esparcía dulce y solemnemente las campanadas de la oracion, y el campesino que conserva su fé, pura como la atmófera que respira, descubríase la cabeza y rezaba.

Venia de Sevilla por la vereda ya mencionada un hombre montado en su burra, dejándola seguir su acompasado paso, sin hacer otra cosa que decirle de cuando en cuando:

¡Arre *Papalina*! que parece que vas pisando huevos: mira que Aguedilla te vá á reñir si llegamos tarde.

Este hombre tendria como de treinta y ocho á cuarenta años, y vestia muy bien el andaluz: su cara era hermosa y regular, su mirada tenia una gran

---

(1) Caballeta-salton, pequeña especie de cigarron de trasparentes alas, que mueve mucho y ruidosamente.

mezcla de sencillez de corazon y de alegre chuscada, y su risa era tan jovial, como franca y bondadosa. Era viudo hacia muchos años, y vivia con su madre y con una niña, que le habia quedado de su matrimonio. Puesto así por la suerte entre la ancianidad y la niñez, sostenia á cada cual con una mano y dedicaba á ambas con entera abnegacion su vida, así como tambien les habia dado todos los afectos de su corazon. Habia nacido en una lindísima hacienda que lindaba con el pueblo, y de la que su padre fuera capaz; llamábase esta hacienda SIMON VERDE, y este nombre le habia sido puesto por apodo á nuestro buen campesino, segun la costumbre de los pueblos de campo.

Ganábase la vida llevando cada dia á Sevilla una carga de lo que le salia, la que vendia pregonándola por las calles; y al mismo tiempo hacia de *ordinario* llevando y trayendo encargos, cuyo modo de vivir, unido á su genio alegre y bondadoso, á su graciosa verbosidad y á su complacencia, habíanle hecho conocido y querido de todos; y no habia nadie en el pueblo ni aun en los inmediatos, que al encontrarse con él, no le apostrofase con cordialidad y benevolencia.

—¡Hola! Simon Verde, ¿fuiste á Gibraleon por las naranjas de tu huerta que has vendido hoy? (1)

Tal fué la pregunta que le hizo el Alcalde, que con el medidor estaba sentado á la puerta de la humilde venta, cuando á ella llegó el ginete borriqueño.

—Sí señor: ¿y qué habia de hacer? Si pregonaba naranjas de Gelves, nadie me las habia de haber tomado: y si no, voy á darle á su mercé una prueba. An-

---

(1) Pregonan en Sevilla las naranjas como de Gibraleon, aunque no lo sean, por ser estas las de mas fama:

De Gibraleon.
¡Qué ricas que son!

Tal es el grito de los vendedores.

(*N. del E.*)

taño merqué una carga de bellotas; y para no mentir, señor Alcalde, ne valian *náa*.

—Por lo visto te engañaron, ¿no es eso?

—No señor, sino que se las tomé, para hacerle favor, á un serrano, á quien le precisaba volverse á la sierra.

—¡Tus cosas, Simon Verde, tus cosas! dijo el medidor.

—Y ¿qué quiere V? Yo no puedo ver apuros, me desconyunto: todo el que se queja, me mete el corazon en un puño; y el que llora, me desalienta. Pero volvamos á mi cuento, que no hay cuento desgraciado, como el que lo cuente sea porfiado. Como iba diciendo, me puse á pregonarlas, y en todo el dia de Dios vendí ni una siquiera; se venia la tarde, y yo estaba con la carga completa sin saber qué hacer; ó mas bien como el que vendia la suegra—que la daba de balde,—cuando se me vino á las mientes pregonar bellotas de Cádiz.

El auditorio soltó una anánime carcajada.

—¡Cristiano! esclamó el Alcalde, ¿pues acaso no sabes que Cádiz no es mas que piedras sobre rocas?

—De sobra que lo sé, y que allí no hay mas arbolado ni mas matas que claveles en tiestos. Pues por lo mismo lo hice, señor. Y *asina* fué que llamó tanto la atencion, que en un *verbo gracia* me las quitaron de las manos.

—¿Y tu trigo, Simon, está bueno? preguntó el medidor.

—¡Qué ha de estar bueno! Yo no pude rodear de sembrarlo á su tiempo, y el trigo tardío es un venturon que salga bueno. Y así siempre se le ha dicho: «*¿Dónde vas tardío?—En busca del temprano. Ni en paja ni en grano.*» Otoño es el *ligítimo* tiempo de la siembra. «En Octubre echa pan y cubre.»

—Eso es la pura verdad, y dice el refran: al que siembra en Abril, su madre no le habia de parir: y al que siembra en Mayo, ni parirle ni criarlo. Pero no tengas cuidado, Simon, que has de cojer; el año es de buen paño; un tiempo está haciendo para el trigo,

que ni mandado hacer, para que caiga de peso y no se violente. Febrero se portó como un general.

—Verdad es, pero Mayo se ha metido á caniculero con sus solanos; ¡maldito aire! Si supiese el agujero de donde sale, lo tapaba con cal y canto.

—Pues yo te digo, Simon, que el año ha de ser de los de las vacas gordas del rey Faraon; y no ha de ser el del hambre, ni del pan á peseta, dijo el medidor.

—Ni permita su Divina Magestad, esclamó Simon Verde, que veamos á otra Doña Paca (1), pues:

Del año de Doña Paca
nos tenemos que acordar;
que estaba la Pura y limpia
en el canasto del pan.

—Simon, te merco tu pegujar en yerba, y doy dos mil reales, dijo el Alcalde.

—Señor, si me tiene mas de costo, replicó Simon Verde.

Despues de algunos debates—en los que el medidor por adulacion sostuvo al Alcalde,—quedó el pegujar vendido en tres mil reales. Era este un trato ruinoso para Simon Verde.

—¡Eh! ya vendió V. el pegujar, y se puede reir si el levante se lleva su parte como de costumbre tiene, dijo el ventero que era una especie de Goliat, jóven y bonachon, que moralmente derribaba un Davidillo cualesquiera. Su madre, que era de su jaez, le nombraba desde que nació, mi niño; y el mal aplicado epiteto le habia quedado por apodo.—Usted, tio Simon, prosiguió el ventero, saca agua de donde no hay manantial, y sabe mas que un soldado viejo.

—Pues ya se vé que no soy un bulto con ojos como tú, Joaquin, *mi niño*, repuso Simon Verde; y que en

---

(1) Nombre que le pusieron al año 1848, que fué tan escaso de grano; creemos que Paca deriva de poco. Citar esta época cuando la historia es anterior, es un anacronismo insignificante.

fin, mas corre un galgo que un mastin. Pero no sé qué tiene, que son mis dineros como los del sacristan, que cantando se vienen y cantando se van.

—Tu culpa es, Simon Verde, dijo el Alcalde; lo ganas muy bien y podrias estar mas descansado que caballo de regalo. Pero tu dianche de buen corazon te pierde: no puedes ver lástimas, ni sabes decir que no. ¡Malo hubieras sido tú para mujer! tienes una buena fé que no está en uso, y por mas chascos que te dan, no escarmientas.

—Señor, si en este mundo no nos ayudásemos los unos á los otros, ¿qué seria de los hombres?

—Cada cual se rascaria con sus uñas, como debe ser, Simon. A Nicolás el carretero le diste para mercar un buey: ¿te lo ha pagado?

—¡Pues si se le murió! ¿habia el desdichado de pagar un difunto?

—A Matías le diste para techar su casa cuando se le hundió el techo: ¿te ha pagado?

—Se lo dí á *réito*, señor.

—Pues cuenta ese desembolso y sus ganancias con el buey difunto.

—¡Jesus, señor, que está su mercé siempre pregonando lo malo, como campana de doble! Á bien que no necesito yo esos dineros para comer, y que no nos ha faltado nunca, á Dios gracias, el pan nuestro de cada dia.

—Pero tiene una hija, hombre.

—Y la quiero mas que á mi corazon, porque la chica se lo merece. Es tan bonita que la envidia el sol; tiene un genio que ni que se lo hubieran hecho de flores las abejas, y un sentido que parece que tiene metida una vieja dentro del cuerpo. Pero no me he de hacer ciquiña ni agarrao por mor de ella: con eso de los hijos salen los codiciosos y avarientos; porque disculpa quieren las cosas, señor. A mas de cuatro conozco yo, á los que no se les caen los hijos de la boca cuando se trata de dar un cuarto, y que si pudiesen, se habian de llevar sus caudales al hoyo, dejando á los

hijos mirando al celeste. Su mercé iba á embargar al guarda Juan Martin por la contribucion; ahí me le encontré tan atribulado al infeliz, y le dí lo que saqué de mi carga de naranjas. Puede que no vuelva á ver esos treinta reales; pero nadie me quita que con haber remediado esa desdicha, me sepa esta noche mi gazpacho mejor que un pollo.

—¡Gasta, derrocha, Simon Verde! dijo con encono y burla el Alcalde, que se creia aludido en cuanto habia dicho sin malicia alguna al escelente hombre. ¡Echala de pródigo; á bien que buenos mayorazgos tienes.

—¿Yo? no señor; pero no le debo *náa* ni á su mercé ni á nadie, respondió Simon Verde.

—No saldrás nunca de un coje y come, dijo el medidor, ni llegarás á estar acomodado.

—Nunca lo he intentado, pues mas vale no desear, que tener; que rico es el que tiene, y felíz el que no desea.—Señores, VV. se queden con Dios, que en mi casa me estarán echando de menos.

Diciendo esto, Simon Verde saltó sobre su burra, y atravesó la pradera entonando con clara y sonora voz un romance.

El Alcalde le gritó por despedida:

—Si quieres que te aplaudan
Y te desprecien,
En tu vida reparte
Lo que tuvieres.

CAPITULO II.

Desde el terraplen que está ante el palacio, desciende bruscamente el terreno algunas varas. En el fondo de este escalon estaba labrada la casa de la huerta de Simon Verde. Aunque decente y aseada, era pequeña y no tenia patio; mas como el patio es una casi necesidad para los andaluces, servia de tal un espacio empedrado que ante la casa habian allanado.

Sosteníalo al frente y de ambos lados, por hacerlo necesario el declive del terreno, un pretil de piedra y cal, del cual partian unos postes que mantenian un gran emparrado, soberbia gala de pobres moradas, magnífico techado de frescas y movibles tejas, tan bien sujetas, que no las arranca de su puesto sino la violencia ó la muerte; techo paterno del pobre, que se renueva cada primavera de por sí; cuya mision es suavizar la luz sin ahuyentarla, quitar á los rayos del sol su ardor sin que pierdan su alegría, refrescar el ambiente con miles de abanicos, avisar á voces la caida de un chaparron, y detener sus aguas, mientras la familia recoje los enseres de su labor y busca abrigo. Cumple este hermoso protector su cometido, sin retribucion alguna de parte de su protejido, ni aun la del riego: ya en el otoño, como regalo de despedida, inclina hácia los niños, que le alegraron con sus cantos y juegos todo el verano, enormes racimos de su hermosa fruta; y despues, dando sus hojas ya inútiles al viento, se encoje y se duerme como una marmota, habiendo merecido bien de sus dueños, y sin que en su benemérita carrera se le pueda echar otra cosa en cara que su intimidad escesiva con las poco simpáticas avispas.

Del lado de afuera del pretil habia una gran cantidad de flores, que se inclinaban hácia adentro del gran salon de verdura, como para buscar la sombra, ó para lucir sus galas. Tambien aparecian en él las gallinas con sus echaduras (1), haciendo regodeos, y muy anchas y afanosas con su dignidad de madre, repitiendo su uniforme clu, clu, que quiere decir *¡cuidado, cuidado!* rodeadas de sus polluelos, que respondian en su voz de tiple, pí, pí, que quiere decir *¡pan, pan!* Lo de angustias que pasaban esas aves tan madreras, con los saltos, gritos y corridas de la *echa-*

---

(1) Con sus pollos.

(N. del E.)

dura humana que bullia á la sombra de aquel artesonado vejetal, solo las madres lo pueden concebir. Pero ello es que los niños tienen para las gallinas con echaduras un cierto agri-dulce, como en escala gigantesca lo tienen las corridas de toros para ciertas gentes.

En la huerta habia un gran *meeting* (1) de árboles, entre los cuales los naranjos, como decanos y poco versálites, obtenian la presidencia; pero el que siempre llavaba la voz era el olivo, porque el laurel, su opositor, no se hallaba en aquella pacífica huerta. La hortaliza, que se criaba allí á la buena de Dios, no era fina, ni tierna; pero era abundante y robusta. Habia coles elefantes, acelgas girafas, rábanos boas y habichuelas dromedarios.

La mañana del dia en que conoció el lector á Simon Verde, se veian una porcion de niñas reunidas bajo el emparrado antesala de la casa de Simon. Todas ellas hablaban; todas las flores que las rodeaban, florecian; y todos los pájaros domiciliados en aquellas enramadas, cantaban á la par. Como las flores formaban casi círculo, y las niñas se agrupaban en medio, podia compararse la vista que ofrecian, á aquellos cuadros flamencos y estampas francesas, en que pintan un grupo de génios ó de niños en una guirnalda de flores. A la puerta de la casa estaba sentada una anciana, de aire dulce y grave, aseadamente vestida. Esta anciana, en medio de tantas niñas, pájaros y flores, y separada de ellos por tan larga série de años, les estaba, no obstante, íntimamente unida por el cariño en ella, por la gratitud en ellos. Era la abuela de las niñas, la madre de las flores que habia plantado, y la providencia de los pájaros, á los que daba de comer, quizás de parte de Dios. Conservaba esta anciana sus facultades en toda su lozanía; pero no así los sentidos corporales: oía poco, y veía menos.

---

(1) Palabra inglesa, que significa junta ó reunion de varias personas para tratar de algun asunto.

(N. del E.)

Por lo cual, cuando aplicaba la vista hácia el centro del emparrado, confundia las niñas con las flores, y cuando aplicaba el oido, no distinguia entre sí el alegre gorjeo de los pájaros y la infantil algarabía de sus nietos.

—Ya está la cigüeña machacando el gazpacho (1), dijo una de las niñas mas chicas.

—Sí, respondió otra de la misma categoría—que debia á su respetable gordura el sobrenombre de *Albóndiga*,—ya vino de la tierra de los moros la zancona.

—¡Pobres ranas! dijo suspirando la primera, ¡anoche cantaban tanto! y le decia la rana al rano: Ranoque, ¿ha venido Picuaque?—Ranoque respondia: No ha venido Picuaque.—Pues si no ha venido, decia la rana, cantemos el reniquicuaque.

—¡Cantemos el reniquicuaque! contestaron todas á gritos.

—Chiquillas, que me atolondrais, dijo la abuela, á pesar de lo tarda de oido. Agueda, hija, tú que eres la mayorcita, vé que se diviertan ustedes con mas asiento. Jugad á algun juego, ó decid acertijos, ó contad cuentos. Pero tú, que eres ya una media mujer, estás como los pájaros de marisma, que no sirven ni por mar ni por tierra.

Agueda, que era dócil, hizo callar y sentarse al ejército que estaba bajo su disciplina. Aunque esta niña no era una belleza, como le parecia á su padre, agradaba mucho; privilegio bastante general en las hijas de Eva, sobre todo en la primavera de la vida. Era morena, colorada, tenia la cara corta, la barba picuda y saliente, la frente pequeña y muy calzada; lo que le hacia ponerse el pelo muy remangado, descubriendo unas entradas que se acercaban á las cejas. La risa la favorecia mucho, dejando ver una hermosa

---

(1) Alusion al ruido ó castañateo que hace la cigüeña con el pico.

(N. del E.)

dentadura, y formando dos hoyuelos en sus megillas. Era altita, y tenia mas gracia que garbo, mas atractivo que seduccion.

—Mariquilla Albóndiga, dí tú un acertijo. Mis narices pongo á que eres tan zorrollona que no sabes ninguno, dijo Agueda.

La Albóndiga se irguió indignada, como si quisiese trocar su talento habitual en el de *croqueta*, y respondió:

—¿Que no sé un acertijo? ¡Vaya! y mas de tres, y mas de mil! Y sino abora lo verás:

Cuando baja, rie;
Cuando sube, llora.

—El carrillo:—¿á que no lo sabes tú?

—¿Y tú sabes lo que es, repuso Agueda,

Una vieja jorobada,
Con un hijo enredador,
Unas hijas muy hermosas,
Y un nieto predicador?

—¡Es, es... la tia Pilonga!

—¡Qué desatino! ¿tiene la tia Pilonga hijas muy hermosas?

—Pues yo no conozco mas vieja jorobada; se acabó.

—¡Es la parra, mujer, la parra!... que tiene sarmientos, uvas y un nieto que se sube á la cabeza, que es el vino: ¿lo sabes ahora?

—Lo sé y no lo sé, contestó la Albondiguilla, que en seguida esclamó: ¡Ay! ¡oye el cucú! está en la huerta.

—Dí los cuçús, observó otra de las niñas; ¿no vez que sòn dos voces? el hijo que dice cu, y el padre que le responde sobre la marcha, cu.

—El cucú es el mas descastado de todos los pájaros —dijo la abuela, que se impuso en la conversacion, gracias al agudo timbre de las voces de las niñas.— Vá el pícaro al nido del *escula-mata* (1), que es un pájaro muy chiquito, se come sus huevecitos y en su

(1) Coronilla.

lugar pone los suyos. Despues que la pobre *escula-mata* saca los huevos, abre los polluelos su gran pico, pues son muy comilones, y la pobre pajarita, que cree que son sus hijos, se mata para poder criar los voraces cuneros.

—Dice padre, añadió Agueda, que otro pájaro hay muy pícaro y de mucho sentido, que es el alcaraban. Las zorras le persiguen mucho para comérselo, porque les gusta mas que un confite. Un dia le dijo el alcaraban á la zorra que su carne no tenia todo su sabor, si antes de comerla no se decia: *alcaraban comí*. Así lo hizo la zorra cuando poco despues le cogió. El alcaraban aprovechó la ocasion de que abriese la boca la zorra para decir *alcaraban comí*, y se voló diciendo: ¡á otro que no á mí!

—Mira—dijo una de las oyentas al ver posada sobre una rosa una palomita blanca y oir revoletear un moscon;—cate aqui una palomita blanca, que lleva los recados á Maria; y un moscon, que es el que se los lleva al diablo.

Corrieron siguiendo la direccion del vuelo del moscon diciendo á la par:

—Moscon, dile al diablo que se vaya con los moros de Berbería, y que no aporte por acá.

—Moscon, dile al diablo que sepa para su gobierno que está en la iglesia San Miguel, que es con quien él se las sabe barajar.

—Moscon, dijo á su vez Mariquilla Albóndiga, dile al diablo que mi *mae* Ana me ha puesto una cruz de retama macho al cuello para librarme de él y de la *arecipela* (la erisipela.)

—Y á la palomita blanca, ¿qué recado le das para Maria, Mariquilla? pregunta Agueda.

Mariquilla se acercó andando de puntillas, y hablando muy quedo para no ahuyentarla, dijo:

—Palomita, que le des muchas memorias á Maria.

—¡Qué tontuna! eso no.

—¿Pues qué?

—Se dice: Palomita, dile á la SEÑORA de nuestra parte como en las letanías se le dice ¡*ora por obis*!

Y como si la mariposa hubiese atendido al encargo y á esa súplica, que nada decia y tanto significaba, á palabras tan incorrectas, y á aquella fé tan pura y sencilla, elevóse al impulso de sus blancas alas, y se perdió en el etér como un suave perfume, ó como un dulce sonido.

Las niñas, que eran pobres, comieron todas allá, y á la caida de la tarde dijo la mayor:

—Ea, ya el sol se vá.

—Y yo, tambien me voy, que ya vendrá *pae*, dijo la Albóndiga.

—Y yo, añadió la tercera.

—¡Y yo..... y yo! con Dios, *mae* Ana, repitieron todas.

Y el alegre coro se fué cantando, al observar la luna que parecia mirarlas:

Luna lunera,
cascabelera,
mete la mano
en la faltriquera;
saca uno chavo
para pajuela.

Una de las muchas luces del siglo—¡LOS FÓSFOROS! —ha quitado su oportunidad y sentido á esta infantil plegaria á la luna; y pronto, solo en estas hojas quedará el recuerdo del referido coro á Diana, tan desentonada, pero tan graciosamente ejecutado. ¡Pueda perdonárselos la luna! Nosotros no nos sentimos con fuerza y valor para ello.

Las pajuelas, descoloridas y lánguidas sultanas, recostadas en sus muelles divanes de yesca, á las que solo animaban los esfuerzos unidos del hierro y de la piedra, aquellas pálidas vestales del fuego doméstico, se han visto arrebatar su reinado por un ejército de pigmeos y efímeros republicanos fósforos, que con su gorro encarnado, é íntimamente unidos en sociedades secretas, merced á su *sansfazons*, se han introducido

por todas partes. Pero nosotros—que somos palaciegos de la desgracia,—guardamos fidelidad á las destronadas sultanas que, segun la tradicion de los niños, estaba á cargo de la luna proporcionar en las casas. De esta tradicion se desprende que los niños—que saben mucho y enmiendan la gramática con gran tino, —hicieron el descubrimiento de que la luz de las pajuelas no era la roja luz del sol, sino la amarilla luz de la luna.

Aconsejamos á los sábios que tomen algunas veces informes de los niños sobre problemas que no alcanzan; pues los niños saben muchos misterios que ellos ignoran. ¿Quién se los dice? Ellos lo callan. No sabemos si será un niño al que sonrien dormido, si será un pajarito, pajarito que sus padres calumnian, haciéndole pasar á sus ojos por acusador;—pero los niños no lo creen, y en eso llevan los calumniadores su castigo.—¿Si será el aura cuando los besa? ¿si serán las flores cuando los acarician? ¿si será el agua, cuando á los golpes que le están dando mientras desnudos en ella se bañan, salpica sus rostros de líquidos brillantes? ¿O si tendrán algo de divino en su mirada, que estiende su alcance á lo desconocido mientras son inocentes? Ello es, que saben cosas que nadie les enseña, y que la razon matemática no esplica: cosas con las que simpatiza el poeta, que conserva con el bello don de Dios—la poesía creyente,—la inocencia del sentir; pero de que se burla y moteja el hombre positivo, que en este suelo no quiere flores, ni nada inútil ni sin objeto, sino que exije que todo él se are, y despues de arado se siembre de.... ¡patatas!

Volvamos á la narracion, puesto que nos echan en cara nuestras digresiones, ¡A narrar, á narrar! ¡al arado, y á sembrar patatas! Las digresiones están de mas; que tambien en literatura hay hombres positivos. ¡Digresiones! ¡pues no es nada! La prosa se escandaliza; la narracion se indigna; el verso grita ¡usurpacion!; el tiempo pide estrecha cuenta; el interés reniega de esos jaramagos parásitos, y la aten-

cion dice que no quiere vagar como un papanatas, sino que quiere caminos de hierro para estar al nivel de los adelantos de la época. ¡A tus agujas, sastre! (1)

—¡Alabado sea Dios! dijo Simon apeándose de la calmosa *Papalina*, que se encaminó sin salir de su paso hácia la cuadra, cuando Simon le hubo quitado la albarda. ¡La bendicion, madre! añadió al acercarse á la anciana.

—Con la de Dios, hijo: ¿vendiste las naranjas?

—*Toas*, y mas que hubiese llevado. Pero no traigo un cuarto, madre.

—¡Hombre, válgame Dios! ¿y qué has hecho con el dinero?

—Se lo presté al guarda del cortijo que linda con mi haza: me le encontré en el camino en unos grandes conflictos, porque ese alma de Judas el Alcalde le iba á embargar por las contribuciones. ¡Pues no clama al cielo que pague contribucion el infeliz, que no tiene ni pan que comer!

—¿Pero no sabes que estamos debiendo al panadero?

—Ese no nos ha de embargar, madre; y bien sabe que tiene su dinero seguro. ¡Jesus, y qué gañotes tan chicos tiene V., que en un instante está ahogada, señora!

—¿Y tú sabes, hijo, que Juan Martin, el guarda, tiene mas trampas que misterios la pasion, y que ese dinero no te ha de volver á pesar en tu bolsillo?

—Lo sé, madre. Pero ¿qué habia de hacer? agradecido, me guardará mi pegujar con celo; y ya vé usted que «real que me guarda ciento, es buen real.»

---

(1) Alude esto al notable artículo laudatorio que sobre *Clemencia* se publicó en el *Mensagero* firmado A. D. F.—A encomiarlo nos impulsa la justicia y la gratitud; pero nos impide hacerlo, el ser nosotros á quien tan entendida y delicadamente elogia. En aquel escelente artículo nos defendia el autor de este cargo que se nos hace.

—¡Vaya con el Alcalde! dijo la anciana; que otro mas duro no le ha habido. Mira tú, ¡cebarse con Juan Martin, que es primo de su mujer, que en la gloria esté!

—El Alcalde, repuso Simon señalando una de sus venas, es malo de esta que corre; y desde que tiene la vara, se ha hecho un *D. Pedro de Palo* de los mas tiesos. ¿Pues no le oí decir el otro dia, hablando de su hijo Julian: «este muchacho no tiene amor al dinero; y eso es lo peor que puede tener (1).»

—¡Hombre, Simon! esclamó absorta la anciana, ¿esa heregía dijo?

—Con estas orejas que se ha de comer la tierra, lo oí, madre, contestó Simon tirándose bárbaramente de una de ellas, inducido á ello por la energía de la accion y el fuego de la indignacion.

—Mientras mas rico se ha puesto, mas duro y mas avariento se ha hecho, dijo la buena anciana; ese vicio es mas malo que ninguno, porque endurece el corazon, y vá siempre á más, como el cáncer. Mi padre contaba que un hombre de muchos posibles casó á cuatro hijas que tenia, y á cada cual le dió una cantidad crecida de dinero. Al año fué á verlas.

—¿Cómo te vá? preguntó á la primera.

—Padre, contestó esta; desde que tomó el dinero mi marido se ha enviciado en los naipes; no hace caso de mí, y todo lo está jugando.

—No te dé cuidado, ni te apures, le respondió su padre: en acabándose el dinero, tendrá que trabajar: se acabarán entonces los naipes y serás feliz.

Fué enseguida á la segunda de sus hijas, que le respondió llorando á la misma pregunta que le hizo, que su marido era muy enamorado, y que se gastaba todo el dinero en queridas.

—No te dé cuidado, le contestó su padre: en acabándose el dinero, tendrá que trabajar, se acabarán las queridas, y serás feliz.

---

(1) Histórico.

La tercera se le quejó de que su marido era borracho, y pasaba su vida en las tabernas.

—No te dé cuidado, le contestó su padre: en acabándosele el dinero, tendrá que trabajar, y se acabó el vino y las tabernas, y serás feliz.

La cuarta respondió á la misma pregunta que le hizo su padre, quejándose amargamente de lo avariento de su marido, que no le daba un cuarto y la tenia muerta de hambre.

—¡Ay pobrecita de mi alma! dijo su padre abrazándola, hija de mi corazon! que no le veo fin á tu desgracia (1).

Lo que demuestra á las claras, prosiguió la anciana, que el peor de los vicios es la avaricia, porque es un vicio del corazon. Y así bien hiciste, hijo mio, en socorrer á aquel pobre afligido. Mas que lo pierdas aquí, allá te lo hallarás. Y mas vale atesorar para la eternidad que no para estos cuatro dias de vida temporal.

—Ese Alcalde-rapiña no merece al hijo que tiene, opinó Simon Verde. Es Julian un muchacho de los mejores del pueblo, tan modocito, tan ajuiciado, y mas fino que una ele.

—Sale á su madre, que era una *vida de mi alma*: la gloria se la ganó con la paciencia que tuvo con su marido.

Desde que habia entrado, no habia cesado Simon de volver la cara por todos lados, como si buscase algo.

—Madre, dijo ahora ¿dónde está la niña, que no la he visto?

---

(1) ¡Qué admirable moralidad! ¡qué magnífica enseñanza! hacer del trabajo el contraste de los vicios; y de la ausencia de estos y de la pobreza, la felicidad.

¿Quién ha infundido el espíritu que inspiran estas sólidas y puras concepciones, sino el catolicismo? ¡Y se dice, y se vé impreso, que este pueblo no tiene moral, y carece de religion!

—Haciéndote una camisa con su pechera bordada, hijo. Pero no quiere que lo sepas, hasta que la tenga rematada.

—¡Agueda! ¡Aguedita! gritó el padre; ¿dónde estás que no te veo?

Salió entonces de entre las flores la niña, que vino saltando como una ardilla al encuentro de su padre. Mas en este momento llegó Julian, el hijo del Alcalde, que traia un saco de dinero en la mano. Era un bonito mozo de diez y ocho años, de modales finos, de talante gallardo sin arrogancia, de mirada dulce, tímida, pero firme y serena.

—Aquí tiene V., dijo á Simon Verde, los tres mil reales de su pegujar en yerba.

—¡Hijo, vendiste el pegujar! esclamó consternada la anciana.

—¡Y yo que no queria que lo supiese V., madre! Pero, anda con Dios, ya que lo sabe, le diré que lo vendí por aquello de «mas vale un toma que cien te daré.»

—Mal hizo V. en venderlo, tio Simon, opinó el muchacho; porque valia mas de lo que le han dado, y el año vá bueno, y así se lo he dicho á mi padre. Mas lo sentí cuando lo supe, que si hubiese sido mio el perjuicio.

—¡Válgame Dios, hijo! esclamó la madre, ¡el pan de todo un año!

—Y ¿qué se le ha de remediar? A lo hecho, pecho, madre. Tome V. los tres mil reales, y los emplearemos en trigo en la cogida. Me lió tu padre, Julian, y el medidor, que es como el vino, que ayuda al diablo. Pero anda con Dios, mas vale ser liado que no liar.

La anciana fué á guardar el dinero.

—Cuéntelo V., dijo Julian á Simon, que no habia pensado en hacerlo, que quien destaja, despues no baraja.

Simon siguió á su madre.

—Agueda ¿me dás ese clavel? dijo Julian á la niña cuando estuvieron solos.

—No.

—¿Pues para qué lo quieres?

—Para ponérmelo ¡mire!

—¿Y á quién quieres parecer bien?

—A mi padrecito.

—¿Y á mí?

—Tanto me dá.

Agueda hizo un gracioso gesto de indiferencia desdeñosa, en el que apareció la mujer eclipsando á la niña, como la rosa que se abre al capullo.

—¿Ya desdeñosa? dijo Julian; tanto mejor, que siempre se ha dicho:

Morena tiene que ser
La tierra para claveles;
Y la mujer para el hombre
Morenita y con desdenes.

¿Me das el clavel?

—¡El clavel... que es lo mejor de la maceta! esclamo Agueda; ¡que nones! Primero daria el corazon.

—Pues dámelo y quédate con el clavel.

—Ni lo uno ni lo otro, recalcó Agueda.

—¿Y qué, quieres ser monja?

—No lo tengo pensado ¿estás? Pero por ahora no quiero ni convento ni zorroclocos.

—¿Pues qué quieres?

—El clavel, dijo, y entróse corriendo en su casa la niña.

CAPITULO III.

A la mañana siguiente se puso en marcha con su inseparable compañera la buena *Papalina*, encaminándose hácia una hacienda vecina, donde solía

comprar aceitunas en salmuera para revenderlas en Sevilla.

Con las bruscas mutaciones de la primavera, veíase aquella mañana el cielo cubierto y enviar las nubes como itinerarios de las que debian seguirles, guesas gotas de agua, que absorbia anciosa la tierra, produciendo ese grato olor á búcaro, tan apatecido por muchas personas. Daban estas gotas al caer sobre los árboles sonoros golpecitos, como si quisieran armar una alegre asonada para avisar á la naturaleza que era llegada la deseada hora del baño. Caian sobre la tersa superficie del rio, en el que dibujaban ligeros y móviles círculos que parecian suaves sonrisas con las que el agua de la tierra acogia á la del cielo. Los pajaritos se dirigian unos á otros pitíos preguntones, como consultándose si se guarecian ó no de aquella lijera lluvia. Las ranas que al sentir el agua estaban en sus glorias, saltaban, cantaban y alborotaban, como lo hacen en el vino los borrachos en las tabernas; y no menos que ellas lo hacian los chiquillos, que al ir á la escuela cantaban:

Señora Santa Ana,
Abuela de Cristo,
Mándanos el agua
Para los triguitos.

Y las chiquillas, que tocándose un pañolito por la cabeza salmodiaban al ir á la amiga:

¡Agua limpia, Padre Eterno!
Sin relàmpagos ni truenos.

—Si no hubiese vendido el pegujar, iba murmurando Simon, hoy no habria aun parado de cantar el levante; lo vendí, y agua en tierra. Pero al que no le sopla la suerte, si vá al monte por leña, halla conejo; y si vá por conejo, halla leña.

Simon se habia internado por los olivares, que á gran distancia y á espaldas del pueblo se estendian; y costeaba ahora un espeso mimbral que nacia en una cañada, humedecida por las estancadas aguas de un manantial pobre y sedentario.

Seguia caviloso con el disparate á que se habia dejado persuadir vendiendo su sembrado; y de cuando en cuando decia en voz recia:

—¡Cómo ha de ser! Ya no tiene remedio. En este mundo siempre ha de haber quien ria, y quien llore. ¡Qué agallas tiene ese Alcalde, María Santísima! ¡Su ansia es como la misericordia de Dios... infinita.

Iba tan absorto en sus pensamientos, que solo un inusitado y estraño acontecimiento pudo sacarle de su arrobamiento. *Papalina,* aunque sin alterar su paso, levantó de repente sus dos enormes orejas—paralíticas y con talante de sauce lloron hacia muchos años,—y se puso á mirar hácia el mimbral. Simon siguió con la vista la direccion de las miradas de la burra, y vió y oyó moverse los mimbres. Como todos los campesinos que están connaturalizados con toda clase de riesgos y peligros, no era hombre que conociese el miedo; pero tampoco era desprevenido. Y así, sin alterarse, se puso en observacion.—Toro no es, pensó, porque haria mas ruido; zorra ni lobo, tampoco, porque haria menos. Este es animal de dos pies, como yo y otros; y si se esconde, sus motivos tendrá, y á mí poco se me importa. Será algun gitano que viene á robar mimbres.

Apenas habia hecho estas reflexiones, cuando salió de entre las ramas un hombre de aspecto fiero, que se dirigió á él.

—No traigo escopeta; y así, me quedo sin ato... pensó Simon sin conmoverse.

—Dios guarde á V., buen hombre, dijo el desconocido.

—Y á V. tambien, amigo, ¿qué se ofrece? ¿en qué se le puede servir? contestó Simon Verde.

—Puede V. salvarme.

—¿Yo? ¿qué está V. diciendo?

—Que soy perseguido, y si me cojen, soy *afusilado* sobre la marcha.

—¡Caramba, compadre, y qué buenos papeles traerá V.!

—Lo que traigo son méritos, ¿está V? Pues mi delito es pelear por el rey *legítimo* Cárlos V.

—¿Faccioso?

—Asina nos llaman los traidores.

—Pues señor, dijo Simon echando una mirada escudriñadora á su interlocutor, yo estoy para mí que el Sr. D. Cárlos de Borbon poco habia de agradecer que tomase el que se le entojase su nombre para bandera. ¿Por qué, como los otros, no se van VV. á las Provincias á pelear cara á cara?

—Aquí estamos pera reclutar gente.

—Y caballos y dinero tambien. Perdone V., señor; pero yo soy un hombre pacífico y un hombre *establecío,* y nom quiero meter en berenjenales.

—Déme V. siquiera un pedazo de pan, dijo con la cara desatentada por el hambre el forastero; que hace dos dias que estoy metido en ese mimbral, y no cómo.

El semblante de Simon se inmutó instantáneamente, y la mas viva compasion se pintó en él.

—¡Válgame Dios, cristiano! esclamó, ¿y por qué no empieza V. por lo primero? ¡Y yo que no traigo pan! Pero aguarde V., que estoy aquí de vuelta en un brinco.

Y antes que el desconocido lo hubiese podido impedir, habia Simon desaparecido, dejándole frente á frente con *Papalina,* que no siendo dada á la política, no habia puesto al que se dominaba carlino, ni bueno ni mal gesto.

El forastero dió una fuerte patada en el suelo quedóse un momento suspenso, y murmuró:

—¿Si será que solo ha huido, ó si me irá á delatar? Pero aun dado el caso, ¿dónde voy yo, si todos los caminos están tomados por la caballería? No, añadió despues de un rato de reflexion: las gentes del campo no delatan; no ha hecho mas que huir: volveré á esconderme, y esta noche buscaré amparo.

No bien se hubo metido entre los apiñados mimbres, cuando oyó cecear; púsose en observacion y vió

á Simon Verde, que con una hogaza de pan en la mano, corria las lindes del mimbral diciendo:

—Ssssp, ssssp, amigo, ¡eh! ¿dónde demonios está V. metido? aquí está el pan; ¡sssp, amigo, eh!

El perseguido salió precipitadamente de su escondite, y se echó con ánsia sobre el pan, repitiendo:

—¡Dios se lo pague á V! que ha hecho una gran obra de caridad.

—Pues, hombre, repuso Simon Verde, ¿quién no dá de comer al hambiento? me querrá V. decir. Dos cosas no ha conocido nunca el hijo de mi padre; ni miedo, ni hambre. Pero cargo me hago de lo que será el hambre.

—Pues hágase V. tambien cargo de lo que será, repuso el forastero, el estar uno acosado como fiera, no tener donde descansar su cabeza, y estar en tierra estraña, sabiendo que si es cogido le aguardan cuatro tiros.

—Ya, ya me lo figuro, dijo Simon Verde; el que como toda alma caritativa, que empieza á hacer una buena obra y á sentir la delicia que arrastra tras sí como su recompensa, ansiaba por ponerle cima, pero no veia medio de lograrlo.

En pasando unos dias, prosiguió el forastero, podria escapar; pero lo que es ahora, andan tras de nosotros, y están las veredas tan guardadas, que ni los pájaros pueden pasar.

—Pues... donde ha estado V. escondido dos dias, estése V. otros dos, opinó Simon; que yo le traeré á V. el pan, como el cuervo á San Pablo, primer ermitaño.

—¿Y qué, acaso estoy allí seguro? Este olivar será registrado de punta á punta, y en él me hallo como en una jaula. Si V. me escondiese por un par de dias en su casa, me salvaba, pues allí no me habian de buscar.

—Hombre, si eso se sabe, me van á llamar *encubrior*; y me cuesta la torta un pan.

—¿Y cómo se ha de saber? ¿se ha sabido de otras

tantas, en que las buenas almas me han dado albergue? ¡Así estuviese en las sierras! Allí no se arredran tan fácilmente las gentes cuando se trata de salvar á un defensor del rey *legítimo*.

—Déjeme V. de rey *legítimo*, que acá no me comulga V. con ruedas de carreta. No se trata de eso, sino de salvar á un prógimo; y lo haré, lo haré; porque si cogiesen á V. y le despachasen para el otro mundo, me habia de quedar un gusano para mientras viviese, y no quiero gusanos. Ahí no se puede V. quedar; estoy hecho los *cargos*. Además con el tiempo que está haciendo en ese pantano, agua por arriba y agua por abajo, se iba V. á volver rano. Esté V. esta noche despues de ánimas detrás de la iglesia del lugar, que linda con los olivares: á esa hora no velan en el pueblo sino los gallos y los novios, y podrá entrar en mi casa sin ser visto. Pero... ¿se irá V. en pasando dos dias?

—¡Por esta! contestó el forastero, haciendo con los dedos la señal de la cruz.

—Pues... ¡convenidos! dijo Simon. ¡Ea, salud! Y llamando á *Papalina*, que por discresion se habia alejado, y por pasatiempo descabezaba algunos cardos de los que llevan por galardon el nombre de su casta (1), volvió Simon á emprender su marcha, cuidando de no ser visto en la cercana hacienda, donde habia ido á pedir el pan.

Simon volvió á su casa, desocupó y ascó un gallinero, que estaba á espaldas de ella, y despues fué á sentarse al lado de su madre, á quien dijo con su boca de risa:

—Madre, esta noche tenemos huésped.

—¿Nosotros?—esclamó sorprendida la anciana.—¿Y quién puede ser ese huesped? Será un amigo tuyo de los mas estimados.

—No señora, no es amigo, ni lo permita Dios. Es

---

(1) Borriqueño.

un faccioso, madre, y de los de mala calidad: le andan siguiendo la pista de cerca, y si le pillan lo despachan en un trís, y sin confesion, que es un dolor.

—¡Ay hijo, sea por Dios! Si lo descubren, te van á armar una, de la que sabe Dios cómo saldrás. Cuando menos, se irá cuanto tienes, entre costas y dádivas, entre músicos y danzantes.

—Verdad es, madre; y bien se me ha prevenido. Pero señora, cuando me le hallé, estaba muerto de *jambre, esfallecío y esatentáo*: me dijo que no tenia amparo; me cogió la blanda; ¿qué habia de hacer? ¡Anda con Dios! ¡ha sido un mal encuentro! Pero si de algo me he de arrepentir, mas vale que sea de haber dicho á un desamparado que sí, que no de haberle vuelto la espalda sin gastar progimidad, como Dios manda.

—¡Verdad, hijo, verdad! haz bien, y no mires á quien, dijo la buena anciana.

Al toque de ánimas Simon salió de su casa.

Al notarlo, un jóven se escondió detrás de un naranjo; y al salir del huerto Simon, un hombre se ocultó tras de una esquina. Pero él nada observó.

El muchacho era Julian, á quien atraian el clavel y la niña; el hombre era el Alcalde, que habia notado la escapatoria de su hijo, y le acechaba.

—¿Qué se le ofrecerá á estas horas al padre de Agueda? ¿sí habrá alguien malo?

—¿Dónde demonios vá Simon Verde tan tarde? á nada bueno será, pensó el Alcalde.

Entre tanto Simon habia subido hasta la iglesia y el palacio, que solitarios y silenciosos parecian mayores y mas magestuosos á la triste y grave luz de la luna; pasó ante la puerta de la iglesia, y se quitó el sombrero pasando:

—Esta puerta tampoco se cierra á ninguno que llama á ella.

Llegó al sitio que habia indicado al forastero, al que halló ya aguardándole.

—Ea, le dijo, véngase V. como la soga tras el cal-

dero. No me pierda de vista, ni tampoco se me acerque, que á seguro lo llevan preso.

—En V. confio, dijo en honda voz el perseguido. Mire V., que á V. me entrego y sin recelo: ¿hago bien?

—Pues, ¡hombre de Dios, tendria que ver que viniese cargado de esteras! Oiga V., señor, ¿tengo yo cara de traidor? Si no fuera mirando que la *jindama* (1) que trae, le perturba el juicio, perdíamos las amistades. ¡Por vida de la Vírgen del Lagar! ¡Ya se deja ver que no conoce V. á Simon Verde! Ea, ande V., y deje los malos pensamientos fuera de la casa mia, en la que no tienen cabida.

Simon se volvió á su casa, á la que poco despues llegó el forastero.

—¿Quién será? pensó Julian; me ha parecido el hijo del capataz de Porcuna. Despues de un rato de reflexiones murmuró: ¡qué! todavía es Agueda muy niña para que piensen en casarla.

—¡Yo no conozco á ese hombre! ¡aquí hay gato encerrado! pensó el Alcalde.

Simon llevó á su huésped á la guarida que le habia preparado, se alejó, y poco despues volvió con un pan, un chorizo, unas naranjas y una alcarraza de agua.

—Ahora, le dijo, vá V. á estar aquí metido, sin decir esta boca es mia. Puede V. descansar, que estoy para mí que lo necesita; y dormir el sueño de San Juan, que duró tres dias.

—Puede que alguna vez se lo pueda yo retribuir, contestó el otro; y si llegamos á vencer, como hubiera sucedido en la sierra si hubiese muchos de mi *calidá*.....

—Déjese V. de bocas de la Isla (2), dijo Simon Verde, interrumpiendo á su huésped. Yo no quiero

---

(1) Miedo.
(2) Fanfarronadas.

retribuciones, compadre: lo que quiero es sacar á usted del atajo, y despues... ¡salud! Pobre soy, pero en mi vida de Dios he hecho nada por el interés.

—¿Usted es pobre? preguntó el forastero; pues me pensé que estaba V. bien acomodado, y que *tenia peso* (1).

—Pues amigo, se engaña V.: no tengo mas que esta huerta. Un pegujar tenia, en el que habia metido toda mi calor, y ayer me tentó el diablo de venderlo; me metí en trato con el Alcalde, que es la sanguijuela del pueblo, y me lo sacó en indinos tres mil reales, que es todo mi caudal. ¡Vamos! ¡si esto ha sido una animalada de las enormes! Pero ha de saber V., que cualesquiera me lleva de calle: esta falta la he tenido desde que nací; y la he de tener mientras viva; que lo que entra con el capillo, sale con la mortaja. Pero, en fin, no me amilano, que rico es quien nada desea; y yo tengo, sino dineros, una madre que vale un Perú, y una hija que vale un imperio.

Mientras tenia lugar esta conversacion, Agueda, como una niña y curiosa, se habia venido acercando de puntillas al gallinero, habia aplicado sus ojos á una rendija, y examinado al forastero; despues de lo cual, temiendo que saliese su padre, se habia encaminado, como vino, hácia la casa.

De repetente hizo una esclamacion de sorpresa y asombro, al ver salir un bulto de detrás de un naranjo.

—Calla, Agueda, que soy yo, dijo una voz que era conocida.

—¡Jesus! ¡qué susto me has dado, Julian! dijo Agueda; ¿y tú qué haces aquí?

—Vengo por el clavel.

—¡El clavel! El clavel está mejor en mi cabeza que en tus manos.

—No digo que no, si es amigo de lucir; mas no así

---

(1) Dinero.

se prefiere ser estimado. Pero... ante todas cosas, ¿de dónde venias tú?

—Cuchareta, donde no te llamen, no te metas.

—¿A que venias porque sabias que estaba yo aquí?

—Ni que lo pienses: venia del gallinero aquel; ya lo sabes.

—¿Y á qué fuistes allí?

—A ver á un hombre que en él tiene metido mi padre.

—¡Un hombre! ¿Os toca algo?

—No me toca nada, ni lo permita Dios.

—¿Es mozo?

—¡Qué! es mas viejo que el paño azul.

—¿Es bien parecido?

—¡Es un real mozo! Tiene los ojos como perro acosado; las narices como una libra de filete; la boca como una morcilla, y la color como si lo hubiesen *teñío* con chocolate.

—¿Quién será?

—Algun gitano que le viene á comprar á padre la marrana.

—Eso será. ¿Me dás el clavel?

—¡No eres tú porfiado en gracia de Dios! ¿No ves, cabezon, que no lo traigo puesto?

—¿Me lo darás mañana?

—Lo mismo que hoy. Pero vete, que ahí viene mi padre.

—Me iré si me prometes dármelo mañana,—dijo el muchacho cogiendo por el vestido á Agueda, que queria alejarse.

—¡Que no! ¡y en diciendo yo que no, como si lo dijese el rey! Suelta, *guason*, (1) que viene padre.

—¿Me darás el clavel mañana?

—No.

—¿Pues cuándo?

Simon Verde se acercaba.

---

(1) Fastidioso, pesado.

—El dia de la Ascension,—dijo con angustia la niña, deslizándose silenciosa entre los árboles como una mariposa.

—¿El dia de la Ascension, eh?—dijo de repetente Simon Verde, á cuyos oidos llegó esta palabra.—Ya veo que el dia de la Ascension cuajan la almendra y el piñon. ¡Por vida de los mozos y mozas tempranos! ¿á qué venias aquí, dí, Julian de mis pecados?

—Tio Simon... venia... venia á decirle si me queria traer mañana de Sevilla...

—¿El qué, acabarás?

—Un... un... almanaque.

—¿Para que no te se pase el dia de la Ascension? Lo que voy á traer de Sevilla es un candado para mi puerta, ¿estás? Pues tu padre tiene los humos muy altos, te tiene á tí por esas cumbres, y no ha de consentir en ese noviajo. Y como mi hija no ha de llevar un feo de nadie, le cojo á tu padre la delantera. Y así, Julian, aunque te estimo, te digo que pongas los pies en la del rey, y que en tu vida de Dios aportes por acá. Ea, hijo, coje dos de luz, y cuatro de traspón.

CAPITULO IV.

Al dia siguente fué Simon Verde con su carga de aceitunas á Sevilla, las vendió bien, y resignado ya con la mala venta de su pegujar, llegó como siempre á su casa, contento y cantando; mas no pudo entrar en ella, porque á la puerta fué preso.

El pobre hombre se quedó consternado.

—¡Ahora sí, pensó, que la hice buena, y que me cayó la lotería! ¡De esta hecha cojen al faccioso, y soy perdido! ¡Hija mia! ¡Madre mia! ¡No siento mas sino las lágrimas que van á llorar!

—Simon, dijo el Alcalde cuando éste estuvo en su presencia; aquí ha venido una requisitoria requiriendo á un latro-faccioso que se dice vaga por estas co-

marcas; anoche escondiste á un hombre en tu casa: dí quien era.

—Yo no he escondido á nadie en mi casa, repuso Simon, que decia la verdad.

—Mira, dijo el Alcalde, que se vá á registrar la casa; y que si persistes en negar, y se encuentra, serás acusado de embustero, encubridor y cómplice.

Simon volvió con desaliento los ojos á su alrededor sin acertar qué responder, cnando se halló con los de Julian sonriéndole como para tranquilizarle: el que en seguida salió sin ser observado de nadie.

Simon, que conocia los nobles sentimientos de Julian, acertó que el intento que llevaba era salvarle, avisando en su casa que iba á ser registrada, dando tiempo á que huyese el reo. Así fué que consideró que lo que convenia era ganar tiempo, y serenándose en seguida, dijo al Alcalde:

—Señor, yo estoy *turulato*. Porque ha de saber su mercé que es la primera vez en mi vida que me he visto en manos de la justicia. ¿Le han preso á su mercé alguna vez, señó Alcalde.

—¿Qué significa esa pregunta? respondió encolerizado el Alcalde; ¡pues qué! ¿te parece á tí que un hombre como yo pueda dar lugar á que se prenda?

—Señor, no se perturbe su mercé, que en los tiempos que corren, mas de cuatro van diciendo por la calle *yo soy, yo soy,* han dormido en casa de muchas ventanas. Prodria su mercé haber sido puesto á la sombra por equivocacion, como lo está un servidor de su mercé.

—Simon, dijo incomodado el Alcalde, déjate de zumbas, que pegan aquí como un fandango en un entierro, y vengamos al caso. Un hombre entró anoche en tu casa; no lo podrás negar.

—No entró anoche mas hombre en mi casa que yo, señó alcalde.

—No niegues, dijo el Alcalde exasperado por las reiteradas negativas de Simon, que yo le ví.

—¿Con que su mercé es el testigo? dijo Simon con

una amarga sonrisa; pues no niego, señor, que entrase uno en mi huerta; ese hombre, señó Alcalde, era su hijo de V., al que dije que se pusiera en la del rey, se viniera á su casa, pidiese la bendicion, y se metiese entre palomas (1).

Por mas que hicieron los presentes no pudieron retener un murmullo de risa, que acabó de exasperar al Alcalde, humillando su vanidad estas palabras de Simon, del que resolvió vengarse. Así fué, que dijo con soberbia:

—El cuidado será mio de que el cabriola de mi hijo no aporte por tu casa, la que ahora mismo se vá á registrar.

—Lo que siento—dijo Simon que á medida que pasaba el tiempo se habia tranquilizado,—es que no haya sabido mi madre que nos iba su mercé á honrar, señó Alcalde, para que hubiese estado la casa deshollinada, *aljofifada y espergurada*.

El Alcalde se levantó lleno de rabia y coraje, y seguido del escribano y de un mozo, se encaminó con Simon á su casa. Todo cuanto habia dicho el jovial Simon Verde, con la sola intencion de ganar tiempo, y de darle al asunto poca importancia, no fué interpretado así por el Alcalde, que pensó ver en ello socarronería é intencion de desafiarle; por lo cual, este hombre de mal carácter estaba enconado contra Simon. Lo estaba además por haber descubierto la noche antes que su hijo rondaba á la hija de aquel, por lo que á pesar de su prosopopeya lo habia calmeado su preso en el interrogatorio, y porque habia sabido por su director y confidente, el perverso escribano, que todo el pueblo, que queria mucho á Simon, habia puesto los gritos en el cielo con la compra que habia hecho el rico pelantrin al pobre pegujalero, de su sembrado.

Demás está decir que Julian habia avisado á la ma-

---

(1) Meterse entre sábanas en la cama.

dre de Simon Verde, la que al ir á dar aviso al forastero, halló que como si hubiese tenido un presentimiento de lo que ocurria, habia huido. Así fué que por mas que registraron la casa y sus dependencias, no hallaron ni rastro de lo que buscaban. El Alcalde estaba exasperado á lo sumo, porque constándole que Simon habia escondido un hombre, y no hallándole, su visita domiciliaria iba á pasar á los ojos de todos por una despótica arbitrariedad.

—Yo he visto entrar anoche aquí á un hombre; no se halla; lo que solo prueba que se ha marchado, y hasta que esto no se aclare quedas preso, Simon Verde, dijo el Alcalde.

—¡Señor, por Dios! repuso consternado el pobre hombre; ¿y quién me gana el pan mañana? ¿quién lleva á vender una carga de hortaliza que ya está cogida?

La madre se echó á llorar, y todos los que estaban presentes intervinieron por Simon.

—Si ha de quedar libre, dijo el Alcalde, ha de ser poniendo un fiador, ó dando al menos fianza en dinero, hasta que yo dé parte.

—Por eso no ha de quedar, repuso Simon Verde: madre, saque V. los tres mil reales que tiene en el arca, y déselos al señor.

La madre se levantó presurosa, abrió el arca y dió un grito. El dinero habia desaparecido.

—¿Madre, díjo Simon Verde, qué es eso, que se ha quedado V. yerta?

—¡Hijo, esclamó desconsolada la anciana, nos han robado!

Esta desgracia era demasiado cruel é imprevista; y Simon y su madre eran demasiado ingénuos para poder disimular ni su existencia ni su indudable orígen.

—¡No puede haber sido sino ese hombre! esclamó en desalentado arrebato de dolor la anciana.

—¡Borrico de mí! añadió Simon Verde dándose con

los puños en la cabeza, que le dije que ese dinero tenia: ¡loca es la oveja que al lobo confiesa!

—¿Conque por lo visto, has tenido un forastero en tu casa? Preguntó en sus glorias el Alcalde.

—Mal que me pese, sí señor, respondió Simon; me hallé á ese infeliz...—á esa serpiente, que así es preciso decirle—muerto de hambre, y en un tris de recibir cuatro tiros; me adolecí de él, si señor; le dí de comer, sí señor; le amparé y escondí, sí señor. Esto, mas que su mercé diga que no, es una obra buena, sí señor. Y cate V. el pago que me ha dado. Esto es ser una mal alma, sí señor.

—¿Y tú le conocias?

—Yo no; no sabia de él ni hoja ni rama.

—¿Pero sabias que era latro-faccioso?

De sobra sabia que habia dilinquido, pues los cuatro tiros que tenia prevenidos, por rezar el rosario no serian.

—¿Pero sabias que era faccioso?

—¡Otra! ¿qué mas dá?

—Mucho; porque puede haber connivencia, ramificaciones... y así es mi deber...

—¿Qué *convenencia* habia de haber para mí en eso, me querrá V. decir?

—Digo *connivencia;* que es entenderse con la faccion, darle apoyo, prestarle proteccion.

—Yo no he dado nada de eso, señor: tan bien lo sabe su mercé como yo. Dí amparo á un desamparado; en pago me ha robado. Si ahora me vá su mercé á hacer un cargo, será agua hirviendo sobre la quemadura.

—Tengo que cumplir con mi deber, dijo pomposamente el Alcalde; sino lo hiciese, me podrian envolver y meter tambien en el ajo.

—¡Señor, por Dios! dijo con angustia el pobre Simon: ¿se vá su mercé á encarnizar conmigo, á perderme y á hundir á un amigo?

—Al amigo se le acompaña hasta la puerta del infierno, y allí se le deja, respondió el Alcalde.

Triste seria seguir paso á paso la causa que se le formó al pobre Simon Verde, y las picardías que hicieron escribas y fariseos para sacarle dinero hasta dejarle arruinado. ¡Cuántos de estos ocultos y misteriosos embrollos, de que son víctimas de un modo ú otro los pobres, se ven en los pueblos del campo! Vése la justicia ahogada en una multitud de procedimientos, envuelta la inocencia, sujeto el derecho en las redes de hierro de enredos y trapazas, necesitando la verdad y la equidad para hacerse luz tal cantidad de pruebas, diligencias y costas, que desmayan los interesados, como las moscas en las redes de las arañas, y los que desearan protejerlos, se ven con las manos atadas. De todo esto ha hablado la prensa libre; sobre todo ha derramado unas veces su injusta hiel y otras su justa indignacion, y solo han hallado favor ante ella los escribanos, secretarios de los Ayuntamientos de los lugares, los que, con algunas honrosas escepciones, suelen ser los mas malos, los mas venales, los mas tiranos y los mas opresores de los hombres. Todo poder ha sido contrarestado, disputado y combatido en nuestra época, menos el de estos déspotas de los pueblos, que acaso son los que mandan y aflijen mas con menos remedio.

Agotados todos los recursos de Simon; apremiado por sus acreedores, y perseguido por las costas que le exigieron para echar tierra por cima de aquella gravísima causa, se vió obligado á vender su huerta á subasta, la que ahuyentados préviamente los opositores, adquirió el Alcalde en la tercera parte de su valor. Y no alcanzando su importe á sufragar todas las costas, fué igualmente vendida la sola propiedad que ya poseia Simon; la burra, su buena y anciana compañera. No es posible pintar el dolor que partió el corazon del escelente hombre, cuando habiendo caido el pobre animal en poder del escribano, la vió sacar de la cuadra en que habia pasado las horas de descanso de toda su vida, y arreada bárbaramente por los hijos de su nuevo dueño, encojerse al dolor de los

varazos que le asentaban, y alejarse volviendo la cara como buscando á su amo. Agueda lloraba amargamente, y Simon se alejó para hacer otro tanto sin ser visto.

¿Es creible que existan personas que viven largos años, teniendo en su posesion un animal de cuyos servicios se valen, cuyo cariño cautivan, y cuya presencia bajo sus techos se hace una costumbre, y no obstante no le tomen apego, no les inspire un sentimiento de amor, ni de benevolencia, ni aun lástima? No es creible, no. Y no obstante, es una de aquellas verdades amargas y desconsoladoras que la evidencia inculca puñal en mano.

Hubiera partido el corazon del mas indiferente el ver salir de la huerta á la desolada anciana.

—No se apure V., madre, le decia Simon, reprimiendo su dolor por no agravar el de la buena anciana. Matías, á quien *empresté* para techar su casa, y que nunca me ha podido pagar, me ha dicho que en su casa hay una vivienda para nosotros, mientras la casa sea casa. Con que ya vé V. que no estamos ni en la calle, ni sin amigos.

—¡Ay Dios de mi alma! esclamaba la pobre desposeida; ¡la huerta que hace tantos años vénís heredando de padres á hijos, como si fuese un mayorazgo! La huerta en que habeis nacido todos! ¡La huerta en que murió tu padre como un santo! ¡La huerta, al pié de cuyos naranjos me sentaba, y nos consolábamos de ser los solos en sobrevivir á cuanto nos rodeó en otros tiempos; ellos, con cubrirse de azahares, como de canas; yo con rodearme de nietos, como de flores! ¡La huerta, cuyo emparrado hacia tan dulces los dias de verano con su sombra, tan gratas las noches de invierno con la alegre brasa de sus sarmientos! ¿Quién regará las flores que yo sembré? ¿Quién dará de comer á aquellos pajaritos, que á mi voz acudian sin recelo?

—Señora, no se aflija V., que nos llevamos lo mejor, que es la buena conciencia; la que donde quiera

que vayamos, nos prepara un lecho de plumas. A los que es preciso compadecer, es á aquellos que en mullidos lechos no hallan descanso, que son los que obran malamente.

Simon añadia mentalmente:

—¡Condenado ladron! ¡la culebra que por *mor* suyo se nos ha liado! ¡Y ese Alcalde, mas malo que el siglo, sacando astillas del palo caido! ¡Tan honrado Juan como Pedro!... ¡Dios los ayude!

—Señora, proseguia en voz alta al ver llorar á su madre, Dios no le falta á nadie. V. que es tan dada á las cosas de Dios, hágase cargo de la gloria tan hermosa que estará gozando Job, y los tormentos que estará sufriendo el rico avariento.

—Los mismos has de pasar tú, proseguia Simon para sí, Alcalde de malas entrañas, á quien no han podido mover á compasion estas santas canas, á las que hacen su venera todos los del lugar, grandes y chicos.

—¡Madre! esclamaba al ver que la afliccion de la buena anciana no cedia, no llore V., ¡por María Santísima... que me está V. partiendo el alma! No parece sino que se le acabó á V. el mundo. ¿No me tiene V. á mí, que soy su báculo? ¿no tiene V. á la niña, que es su alegría? ¿Dónde irá V. que no le gane yo su pan y á qué parte que ella no le siembre flores? ¿dónde, que no la cuide yo, y ella le cante? ¿dónde irémos que no venga Dios con nosotros?

CAPITULO V.

Algunos años habian pasado. La familia de que nos hemos ocupado, como el árbol que se trasplanta, habia sufrido, se habia ajado. Pero con el gran consolador humano, el tiempo, y su suave hija, la costumbre, el árbol habia tomado la tierra, y regado por el sudor del trabajo, habia reverdecido y aun echado

flores; esto es, que en aquella casa habia contento. Contribuia á esto el que Nicolás, el cartero, habiendo tenido una herencia, se apresuró á pagar al pobre Simon Verde el buey difunto: ese dinero sirvió á Simon para recuperar á *Papalina*, pagando al escribano doble de lo que habia dado por ella.

—¡Cómo ha de ser! de *tienes* á *quieres* un tercio pierdes, pensaba Simon.

Con esto se halló en estado de continuar su anterior manera de ganarse el sustento. La alegría de hallarse de nuevo al lado de su antiguo amo, la demostró *Papalina* de un modo muy recio y sincero, aunque poco melodioso. La tia Ana regaba sus macetas, daba de comer á los pájaros, hilaba y rezaba; Agueda se engalanaba con claveles, y cantaba:

Hermanitos terceros
son los claveles.
Un clavel fué la causa
de yo quererte.

Cantaba así, porque sus amores con Julian, nacidos bajo el auspicio de un clavel, habian crecido recíprocamente á la sombra del misterio, como crece pura y resplandeciente la luna en la oscuridad y silencio de la noche. Motivaba este misterio, además del instintivo pudor del amor, la conviccion que tenian ambos de que sus padres, el uno por innata dignidad, el otro—que queria casar á Julian con la hija de un rico labrador de la Puebla, – por codicia, no los hubiesen jamás consentido. Habia mas; y era que el Alcalde conservaba hácia Simon Verde el rencor que aquel, que se porta mal, siente contra aquel con quien lo ha hecho; rencor mil veces amargo é inestinguible que lo es el ofendido. Y la prueba es que Simon Verde, con su hermoso corazon, no conservaba ninguno contra su perseguidor.

La buena abuela sí sabia estos ocultos amores, y solia decir á su nieta:

—Agueda, hija, ¿en qué estás pensando?

—En querernos, mae Ana, contestaba Agueda.

—Si eso no lleva camino, hija: ¿no se os previene el dia de mañana?

—No pensamos mas que en el dia de hoy, madrecita.

—¡Ya se deja ver! los pocos años no tienen sentido. ¿No ves, criatura, que te estás previniendo mas lágrimas que perlas tiene la mar?

—Si de todos modos las he de verter, mientras mas tarde mejor, abuelita.

—¡En fin, sea lo que Dios quiera! decia suspirando la buena anciana.

—¡Eso, eso, eso ha de ser, y no lo quiera el Alcalde! Para bien gozar, mucho esperar, abuelita, contestaba Agueda.

Por aquel entonces los habitantes de Gelves abrieron los ojos y la boca inusitadamente, pues un dia, cuando menos se pensaba, el vacío y solitario palacio dió señales de vida. Abriéronse balcones y ventanas, como ojos que se despiertan: la gran puerta se abrió de par en par como boca que bosteza. El aseo con su vestido blanco, inmaculado é inodoro, se presentó á tomar posesion de aquellas solas y abandonadas habitaciones. Precedíale un ejército de ausiliares; eran estos la activa y ágil escoba, la que se fijaba sobre el suelo con intencion de no dar cuartel á bicho viviente; el desmadejo y lànguido deshollinador, que miraba á las musarañas; los estropajos que sacaban porcion de uñas amenazadoras; el jabon que miraba á los cubos de agua con el asombro con que mira el hombre á la sepultura que se le comerá; las aljofifas y paños de polvo, que abrian los brazos y se sacudian, antes de empezar su tarea.

Al ver este ejército enemigo y sus evoluciones, las cucarachas ó *correderas* se desatentaron, pendiendo la cabeza, y atrapadas por las escobas en sus locas carreras, hízose de esta raza una horrible carnicería. Las arañas pusieron en movimiento acelerado sus largas patas, y huyeron llorosas y despavoridas de su tranquila Tebaida, echando una última y tierna mirada á

las redes que tan bien habian confeccionado, sin guita ni mallero. Los murciélagos, horripilados al ver candiles y velones, se refugiaron á la torre de la iglesia, á pedir hospitalidad á la lechuza; ésta, que es misántropa, los recibió con muy poco agrado; los ratones se quitaron de ruidos, y el polvo que tomaba las ínfulas de secular, forzado á levantar sus reales, se echó destinado en brazos de su enemigo el viento: viósele valsar airosamente en un rayo de sol, y lanzarse por una abierta ventana en el espacio.

—¿Qué le habrá dado al palacio, que así se sacude y se refresca? y decian las gentes del lugar: ¿si vendrá la Infanta?

Aquella tarde atracó á la orilla del rio un bote que traia algun ajuar de casa, y en el que venian un caballero y una señora.

El caballero, que tenia como unos cuarenta años, era alto y corpulento: traia puesto un tremendo sombrero húngaro, un gaban de los mas destartalados en hechura y de los mas escéntricos de color. Tenia la mirada del emperador romano, la pisada de conquistador germánico; traia un puro colosal entre unos bigotes análogos, hablaba recio, llamaba á todos *chicos*, y gastaba mas bambolla que dinero, segun pudo colegirse por la cuestion que sostuvo con el barquero por un real.

La señora, á pesar de que se la conocia que estaba enferma por su color pálido y su estremada delgadez, era viva, petulante, ruidosa y risueña. Tenia puesta una capota rosa, tan en estremo echada atrás, que parecia su page; una manteleta verde-gay con profusion de flecos y borlas; un vestido de seda á cuadros, cada uno de su color, como hombres políticos; unas botas claras de color, pero todo, aunque nuevo, ajado como su ama. Traia un broche que deslumbraba, una pulsera que brillaba, un abanico que relumbraba y una perrita que ladraba.

En la venta estaban algunos vecinos y vecinas del pueblo, que con Joaquin *Mi niño*, presenciaban el

desembarque; los que se quedaron absortos al ver aquel lujo estrambótico, exótico, inusitado y visual.

—¿No te lo dije que habia de venir la Infanta? Esa es, decia la necia de la madre de Joaquin *Mi niño.*

—¡Qué habia de ser esa, que lleva la gorra á *moó* de redecilla! replicó un hombre. Su Alteza no lleva mas que mantilla, como una *resaláa* española que es.

—¡Bendita sea su alma! esclamaron las mujeres.

—Han de saber VV. que no tiene Su Alteza mas que cuatro pensamientos, dijo el hombre.

—¿Cuatro? ¡ay Jesus! esclamó la ventera madre.

—*Contáos;* ni uno mas, ni uno menos.

—Oye, ¿y sabes tú cuáles son, José?

—¡Qué ha de saber ese cuaco (1) los pensamientos de la Infanta! opinó *Mi niño* en voz de bajo.

—Pues lo sé, *Mi niño,* y lo sabe *toa* España, *toa* Francia, *toa Inglaterra;* y el cuaco lo serás tú si no lo sabes.

—Pues dilos ya que lo sabes, dijeron á una voz las mujeres al narrador.

—Son, respondió éste, DIOS, SU MARIDO, SUS HIJITOS Y LOS PROBES. Y lo mejor que teneis que hacer vosotros es seguir su ejemplo; ¿estais?

—¿Y el Infante?

—Lo propio, por consiguiente: como que lo ha heredao de su madre que dicen es una Reina santa y *prefeuta,* como Santa Isabel Reina de Hungría y Santa Clotilde Reina de Francia. Y esto es la pura verdad, y se debe decir á voces, para que suene por esos mundos.

—Pero José, sino la conoces, ¿cómo sabes que no es esa? preguntó la hermana de *Mi niño,* que no queria perder la esperanza de que fuese la desembarcada la Infanta.

—¿Pues no estás viendo, chiquilla, que no trae *conmitiva?*

---

(1) Ganso.

—¿Y qué es *conmitiva, mae?* preguntó la muchacha.

—¿Qué sé yo? será á moa de pálio, contestó la ventera madre.

—¡Qué *espilfarro*! dijo *Mi niño;* son los coches.

Los señores desembarcados pasaron al palacio, en el que se instalaron, él arrellanándose en un sillon, ella asomándose uno despues de otro á todos los balcones que tiene el palacio; cantando trozos de las óperas mas modernas, y esclamando con acento italiano:

—*¡Bello, bellísimo!*

Es cierto que es difícil hallar una vista mas bella que la que desde los balcones del palacio de Gelves se disfruta; uniéndose allí lo ameno y lo grandioso, lo bonito en el detalle, lo ancho y hermoso en la perspectiva. Al pié del palacio baja el terreno entre los árboles de las huertas, se detiene un momento en el prado para dar un pienso á los bueyes, y se hunde en el rio para volver á salir en la orilla opuesta, engalanado con arbustos y mimbres, y distribuirse despues en sembrados, naranjales y pastos, marcándose las lindes de estos con frondosos vallados, que llevan penachos de árboles.

El rio pasa tan señor y tan sereno por estas orillas, que se le creeria inmóvil, sino viniese algun vapor con su brusca brisa á turbar sus aguas y á empañar su brillo. La vista, como un sonido que se vá debilitando, llega hasta los lejanos montes de Ronda, que se confundirian con las nubes, si nubes se hallasen en aquel cielo en la primavera. A la izquierda, á los pies de su Giralda, se vé á Sevilla sin oirla; lo que presta á su aspecto ya tan grandioso, la solemnidad del silencio.

—No cantes, Fornarina, dijo el repantigado fumador: que los médicos te lo han prohibido.

—¿Y tú haces caso de lo que dicen los médicos? contestó con su marcado acento italiano la llamada Fornarina.

En cuanto al caballero se denominaba á sí mismo el coronel Titan. Pero los despachos de su grado na-

die los habia visto, ni aun en la tesorería, pues á la cuenta, tenia el desprendimiento de no cobrar pagas.

No hemos podido averiguar de qué medios se valieron estos ilustres huéspedes para haber obtenido que se les franquease el palacio con preferencia, y en perjuicio de la otra polilla domiciliada en él. Mas esto no importa; y lo cierto es que los puros aires, y las afamadas aguas de Gelves, sentaron bien á la Fornarina, si se ha de juzgar por el aumento progresivo de sus fiorituras, de sus carcajadas y de sus gritos cuando reñia con el imponente coronel Titan.

El pueblo en Andalucía tiene ciencia infusa para calificar los individuos, sobre todo si son de esfera elevada á la suya. A los pocos dias de estar los huéspedes del palacio en Gelves, las mujeres torcian la boca y los hombres se reian.

—Quiéreme parecer, decia el uno, que son esos usías supuestos, ó cuando menos ingertos.

—El D. Orondo ese, añadia una mujer, que con los bigotes que lleva, rompe las *tallas* (1), tiene una cara de hereje, que ni los sayones de la Pasion. Lo que es ella, parece la reina loca, y hecha de rabos de lagartijas; bien se deja ver que es una casquivana rematada. No sé como Simon Verde consiente que esté metida allí á todas horas su hija.

—¡Toma! para Simon Verde serán esas gentes de las mejores. Nunca se piensa sino lo bueno, dijo un hombre.

—Porque tiene el corazon mas sano que la brisa, opinó una mujer.

—Verdad es, repuso el hombre. Pero ahí verás tú cómo en este mundo *indino*, es menester tener una

---

(1) *Tallas* ó *alcarrazas*, jarras blancas de barro poroso, en que se enfria el agua en el verano, y suele beberla en ellas la gente de pueblo en Andalucía.

(*N. del E.*)

poca de trastienda, y andar con pié de plomo y ala de palomo.

Efectivamente, con motivo de ser Simon Verde el ordinario de Sevilla, entraba diariamente en casa del coronel Titan, para traerle los comestibles que en el pueblo no se hallaban. Como allí no habia ni plaza, ni carnicería, ni almacenes bien surtidos, solia decir el Coronel á Simon Verde:

—Como en tu pueblo nada hay, sino el renglon de *no hay*, tráetelo todo, chico.

Estaba además encargado Simon de llevar y traer la sostenida correspondencia del Coronel con un jóven desenvuelto, pronto, decidido, denominado el Capitan Bulle, que habia estado en todas partes, que conocia á todo el mundo, que todo lo habia visto, que se jactaba de ser adorador fogoso de las repúblicas; ardoroso de los naipes y frenético de las faldas, y que debia concluir por lucir su patriotismo, uniéndose despues á los piratas que atacaron nuestra isla de Cuba.

El trato bondadoso y jovial de Simon Verde habia agradado á la Fornarina, que se complacia en entrenerse con él, hacerle preguntas, é informarse de los pormenores de su existencia.

—Señor Simon,—le dijo una noche cuando vino á recibir las comisiones para la mañana siguiente: ¿cuánto gana V. al dia?

—No tengo ganancia fija, señora, pero un dia con otro vendré á sacar sobre una peseta, contestó Simon.

—¿Una peseta nada más?—esclamó con su acento italiano, y haciendo aspavientos la Fornarina.—¡Oh pobre Sr. Simon!!! ¡Oh existencia miserable! ¿usted vivirá desesperado, buen hombre?

—¡Yo! no señora, que vivo muy contento, á Dios gracias.

—¡Con una peseta!!!

—Y nunca me falte.

—Pero no le puede dar á V. para vivir.

—¿Que no? ¡vaya! y para otras muchas cosas, señora.

—¡Oh! ¿cuáles son? estoy curiosa.

—Pues, señora, sepa su mercé que con una peseta mantengo mis obligaciones, pago una deuda, empresto á ganancia, y echo en una alcancía.

—¡Oh! V. se burla de mí.

—No señora, y sino atienda su mercé. Sostengo á mí y á mi casa, que son mis obligaciones; mantengo á mi madre, con lo que pago una deuda; empresto, pues crio á mi hija, que me lo pagará cuando sea yo viejo y no pueda trabajar; y echo en una alcancía, porque nunca le niego una limosna á un pobre, mas que sea un cacho del pan que estoy comiendo.

La Fornarina se quedó un momento pensativa, y dirigiéndose al Coronel, le dijo:

—¡Ha dicho bien; sí, sí, ha dicho bien! ¡Y pensar que tantas pingües rentas se gastan, sin hacer lo que con una peseta hace este buen hombre!

—Estás inspirada, respondió soltando una carcajada el gran Coronel. Escribe una égloga, compon la música, y cántala para solaz de los Fidos, Amintas y Malibéos, pero déjame á mí de esas necias candideces.

—No eres un hombre, eres un cañon; repuso encolerizada la Fornarina.

—¡Y de á veinte y cuatro! añadió Simon mentalmente.

El Coronel, á quien este denuesto, lejos de herir, lisonjeó, dijo con la sonrisa con que Júpiter en forma de toro favorecia á la ninfa Europa:

—Vamos, diva Donna, sabes que todo en tí me hace gracia; el cayado de pastora, como la corona de Reina. Eres tan graciosa para un fregado como para un barrido.

—Pues á mí nada en tí me la hace, ni tus cumplidos, que huelen á tabaco, ni tus bigotes, que huelen á almizcle, repuso la Fornarina; y dirigiéndose á Simon, le preguntó: ¿con que teneis una hija?

—Sí tengo; ¡pero una hija como las flores del dia, una hija de la que no merezco ser padre. ¡Si la viera su mercé, diria lo mismo con dos bocas que tuviese!

—¡Oh! ¡Yo quiero verla! esclamó la Fornarina con súbito entusiasmo: ¿sabe coser?

—¡Vaya! contestó Simon, sabe de todo; tiene unas manos que se debian engarzar en oro.

—Pues traédmela, señor Simon, traédmela, que deseo conocerla, y quiero darla costura. ¡Ah! todos mis vestidos se han desgarrado en este campo, que tiene muchas zarzas y espinos.

Simon Verde, á quien costaba un notable esfuerzo tener que decir que no, y que no vió ningun inconveniente en que su hija fuese allá, consintió en ello, y trajo á Agueda, la que desde luego agradó á la Fornarina, que le regaló el primer dia un abanico muy rico de nácar, pero despalmado, y un hermoso zarcillo de oro privado de su hermano gemelo.

Habia, pues, entrado una pequeña era de bonanza para Simon Verde, que se mostraba en sumo eficaz en el servicio del terrible Coronel Titan.

Pero á quien no agradaban estas nuevas relaciones era á Julian.

Una tarde en que se habia ausentado el Alcalde y en que, como de costumbre, estaba Simon en Sevilla, se hablaban los novios por una apartada reja del corral, que daba al campo.

—Agueda, la decia Julian; ¿á qué tienes tú que salir de tu casa, en la que estás arrecogida como moza recatada, é irte á la de esas gentes forasteras? Dígote, que ella con sus perifollos y sus dijes, que parece que están jurando en falso; y él con su aire finchado y altanero, me parecen gente de historia. Y ten presente que dice el refran, que «para trato, los peores, los pretendidos señores.

—Voy, repuso Agueda, porque me lo dijo mi padre, y que estoy ganando allí unos cuartos para echarle encima un *rocioncito* de ropa; ¡que bien lo necesita el pobrecito mio! ¡Y tuviera que ver, Julian, que fuese

esto en contra del recado de la mas pintada! respondió ella.

—En ir me das un pesar, Agueda.

—Hombre, lo siento; pero ¿qué hago? ¿qué disculpa le doy á mi padre, para decirle que no quiero ir.

—Cuando quieren las mujeres, sacan razones de los centros de la tierra.

—¿Con que... es decir, que por una manía tuya, se nos habia de seguir un perjuicio muy grande? Déjame siquiera que junte para unos sajones para mi padre, y un refajo para mi *mae Ana*.

—Cuando nos casemos no les faltarán.

—¡Tómate esa, y vuelve por otra! De aquí allá, pampanitos habrá, esas no son mas que entretenederas, Julian: entonces como entonces, y ahora como ahora. No es regular que despues de los perjuicios que nos ha hecho tu padre, vengas tú á hacernos uno mas, empestillándote en no dejarme ir al palacio.

Julian calló, dolorosamente afectado, al oir evocar á Agueda el recuerdo de la conducta de su padre hácia Simon Verde.

—Agueda, dijo, dia vendrá...

—Bien, dejémosle venir sin atropellarlo.

—¿Y me querrás siempre, Agueda?

—Julian, esa pregunta me ofende.

—¿Por qué?

—Porque demuestra que dudas de mí.

—Mientras mas amor, mas temores, Agueda.

—Mientras mas aprecio, mas confianza, Julian.

El Alcalde, mas por curiosidad que por otra cosa, habia ido á ver al importante Coronel Titan. Pero este personaje, que era primo de siete marquesas, tio de cinco condesas, é íntimo de tres duquesas, no se habia dignado devolver la visita de un Alcalde de monterilla. Por lo cual esta autoridad ofendida, abrigaba un profundo resentimiento contra el soplado señoron que la desairaba; y se propuso espiar sus pasos. Cada vez que el vigilante Argos veia llegar, no por el ca-

mino trillado, sino por medio de los olivares, un nuevo visitante de facha hetereogénea, se decia:

—Esta gente no es de la cuotidiana; todos son á cual mas descuadernados, destartalados y desmartelados. Algo traen entre manos, y á mí no me la pegan: los tengo atravesados, como espina en boca de gato. No han querido entender por buena madre, entenderán por mala madrastra. Vamos, pues, atando puntas con cabos.

La espina mas atravesada que tenia este gato, era el capitan Bulle, con el que siempre se hacia encontradizo, pero que pasaba sin saludarle y con aire impertinente, porque sentia la misma hostilidad que él inspiraba, hácia el Alcalde importuno y fiscalizador. Así era que solia cantar cuando le encontraba, esta letra arreglada por él á las circunstancias:

¡Viva la milicia
Y el aire marcial!
Alcaldes y curas
Están ya demás.

No era solo el Coronel, ese gran Preste de la órden á que pertenecia el Capitan Bulle, quien atraia á éste con tanta frecuencia á Gelves; era Agueda, de la que se habia prendado con su consabido frenesí amoroso. Es cierto que, aun otras naturalezas menos combustibles que la suya, habrian ardido en las llamas del revolucionario Cupido, al ver á la linda jóven, que callada y modesta, cosía sentada junto á la ventana de la antesala, con su rosado semblante, remangado el pelo de su pequeña frente, que solo adornaban dos diminutos rizos pegados á la sien, y un clavel encarnado en su hermosa cabellera. Pero como algunos cumplidos, hechos con muy poca ceremonia, recibieron la callada por respuesta; como á la primera manifestacion de su atrevido pensamiento, Agueda se levantó con intencion de irse, y solo pudo retenerla la seguridad que recibió, de que no se le volveria á importunar; el Capitan seguia mirando sin ser mirado, y suspirando sin ser escuchado.

CAPITULO VI.

Era aquella en que pasa esta sencilla historia, una de esas épocas de amagos revolucionarios, bien denominados *intentonas*, que rodaron como truenos sordos entre nubes, lanzando, ya aquí, ya allí, tal cual exhalacion, hasta que un hombre de energía y de prestigio las desterró de un suelo al que son antipáticas. En tales épocas suelen surgir, terriblemente envalentonados, unos fierabráses de la catadura del denominado Coronel Titan, afiliados y sostenidos por la propaganda cosmopolita, que ningun partido reconoce ni autoriza; pero que á pesar de eso, se denominan miembros influyentes en el que han abrazado. Inflados de orgullo, su programa regenerador es, despreciar toda religion, destruir toda creencia, odiar todo poder, desdeñar toda superioridad, y sacudir todo freno; con lo que se conseguiria llevar su *regenerada* humanidad, en línea recta, al estado salvaje.

Un dia se esparció la noticia de que habia sido descubierta en Sevilla la trama de una *intentona*, y que á consecuencia de esto, se habian hecho algunas prisiones. El Alcalde se puso en observacion, y vió llegar al Capitan Bulle: traia aire azorado, y no cantaba. El Alcalde ató otra punta con otro cabo.

A las ánimas, estando Simon Verde tomando un gazpacho, recibió un recado del Coronel para que se llegase allá.

—No vayas, le dijo su madre, nada bueno han de querer esas gentes de tí á estas horas.

—¡Qué, madre! constestó Simon Verde, será que algun encargo para Sevilla se les habrá pasado, y quieren hacérmelo.

Simon fué al palacio, y halló al gran Titan paseándose agitado por el salon, y al Capitan Bulle, muy abatido, echado sobre una silla.

—Simon, dijo el primero dejando el tuteo republi-

cano para mejor ocasion, sois patriota honrado y ciudadano de honor.

—Señor, soy un lugareño, contestó Simon.

—Es sinónimo: os respeto como á tal.

Simon oyó asombrado aquella profesion de respeto en boca de un hombre, que le habia tratado hasta entonces con mas impertinente altanería.

—Creo, prosiguió Titan, que puedo sin riesgo confiaros una mision honorífica y lucrativa.

—Señor—repuso Simon Verde, que empezó á sospecharse algo en que se le queria comprometer,—yo no entiendo de mas misiones que de las de los padres capuchinos.

El Titan dió una fuerte patada en el suelo, murmurando entre dientes: ¡hipócritas, ladinos, camastrones! y prosiguió en voz recia:

—Es preciso que oculteis al señor (y señaló al Capitan), que es una gloriosa víctima del despotismo que nos esclaviza. Aquí teneis estas onzas, añadió poniendo unas cuantas sobre la mesa á vista de Simon; salvado que sea el Señor, recibireis otro tanto.

Simon Verde, sin mirar las onzas, se rascó la oreja.

—¿Titubeais? esclamó el Coronel Titan con énfasis. Pues qué ¿el noble patriotismo, la humanidad oprimida, la santa libertad, hollada en la persona del señor, nada puede contra una miserable pusilaminidad?

Simon Verde meneó la cabeza y dijo á su interlocutor.

—Ha de saber su mercé que en otra ocasion escondí á uno que hablaba del bien de la patria y de otras cosas buenas, como lo está haciendo su mercé ahora, y luego salimos... en fin, señor, la torta me costó un pan; y dice el refran «que por la puerta del perro que te mordió, no pases mas, por Dios.»

—No ofendais con comparaciones al señor, que es un hombre decidido por la gran causa de la humani-

dad ultrajada; valiente y arrojado lo mismo al empuñar la espada que al pronunciar un discurso.

—Déjese de *iscursos*, mi amo; que lo que necesita la *humaniáa* son sermones.

—¡Oh supersticion! ¡Oh fanatismo! ¡Pobre España! —murmuró el Coronel Titan, añadiendo en voz recia: —considerad que es el señor un mártir de la libertad, un defensor de los derechos del pueblo, y que el pueblo es el que debe.....

—Déjese de términos curruscantes, señor, que no los comprendo, y lo que no comprendo, no me convence. No entiendo de grajas peladas: y lo que sé es que está el señor fuera de la ley, como lo estaba aquel, y que yo no me meto en fanganinas.

Simon dió unos pasos para salir; pero en este momento se precipitó la Fornarina en el salon, la que con los cabellos sueltos, y echa un mar de lágrimas, se echó de la manera mas trágica á los pies de Simon. Este, que no habia visto mas espresion de un dolor violento que las tristes y suaves lágrimas de su madre al ser espulsada de su hogar, empezó por asustarse de aquel estrépito teatral, y acabó por inmutarse profundamente.

—¡No quereis salvar á un héroe perseguido por bárbaros esbirros! esclamaba con voz convulsa; y así prosiguió por largo rato, hasta que agotado el tema, concluyó con unos cuantos ¡oh! ¡ah! y murmurando: ¡buen Simon, compadeceos!

La Rachel (1) en ciernes cayó desmaya.

El escelente hombre á quien se dirigia, entre asustado, enternecido, asombrado y confuso, prometió cuanto de él exigieron; pero escarmentado tomó sus precauciones. Hizo que el Capitan Bulle se disfrazase de mujer, saliese de la casa por una ventana del corral, y entrase en la suya por la puerta falsa, escon-

---

(1) Llámase así la gran trágica francesa que hoy admira Europa.

diéndole en seguida en un sobrado al que se llegaba por una escalera de mano, la que subido que hubo el fugitivo, retiró en seguida Simon.

Simon ni recogió, ni se volvió á acordar de las onzas. Regateaba hasta el último maravidí las naranjas que vendia; pero á las obras de caridad que hacia, no les ponia precio la instintiva nobleza de su conciencia. Recibir remuneracion por un favor que hacia le parecia deshonroso, como lo es para la mujer el que se la pague su amor.

El Alcalde, por mas que rondó, nada vió; y tuvo el dolor de retirarse entrada la noche, sin haber atado otra punta con otro cabo.

A la mañana siguiente el Coronel Titan y la Fornarina habian desaparecido; por lo cual una partida que vino á registrar el palacio, nada halló en él sino á sus primitivos moradores, que merced al silencio y soledad que notaron, habian vuelto á su tierra de promision, y entonaban en coro una cancion francesa que cantaba la Fornarina, y que les enseñó el eco de aquellos salones:

¡A tous les cœurs bien nés
que la patrie est chére!
¡Al alma bien nacida
La patria cuán querida!

Simon Verde siguió yéndo y viniendo á Sevilla por unos dias, y el Capitan escondido en el sobrado.

—¡Sobre que apostaría un caballo contra una gallina, decia el Alcalde, á que Simon Verde esta metido en la danza!

—Calle V., señor, le contestaban: ¿qué le va ni le viene á Simon en las alborotinas? ¿Por qué se habia de meter en ellas?

—¿Por qué vá la vieja á la casa de la moneda? por lo que se le paga. ¡Y sino, el tiempo! respondia el Alcalde con su mala alma y su perenne rencor; como que le cogí ya una vez el pan falto no me fio. El se ayuncó con ellos, y quien aceite mesura, las manos se unta.

Pero quien estaba desesperado era Julian, á quien Agueda no habia querido engañar ocultándole que estaba el Capitan escondido en su casa, aunque era demasiado cauta para confiarle la pertinaz persecucion amorosa del atrevido y violento pretendiente.

Julian tenia un amigo, ó mejor le calificaremos llamándole seide, que era el ventero *Mi niño*. Habia éste servido en casa de su padre, y conservaba un cariño entrañable á Julian, al que se esforzaba en imitar en todo, como un caño á un arroyo.

—*Mi niño*, le dijo un dia, ¿estás dispuesto á hacer por mí lo que te pida?

—¿Quieres que me tire al rio de cabeza? respondió *Mi niño*, dando en aquella direccion unas cuantas de sus portentosas zancajadas.

—¡No hombre! no se trata de eso.

—¿Pues de qué se trata, me querrás decir?

—Te lo pregunto solo para saberlo, por si llegase el caso.

Entre tanto la pobre Agueda veia los cuidados y angustias de su padre, sufria por los celos de su amante, y precisada á llevar al Capitan sus comidas aunque subida á distancia en la escalera de mano, pasaba la mortificacion de escuchar las locas espresiones de su pasion, acrecentada aun por el ódio y la soledad en que se hallaba, sin otra cosa que le distrajese.

El Capitan seguia escribiendo y recibiendo diariamente respuestas á sus cartas. Una noche dijo al leer la que recibió:

—Señor Simon Verde, me escriben de que mañana llega mi indulto.

—¡Albricias! esclamó el buen Simon regocijado.

—El indulto, prosiguió el huésped, tiene que pasar por varios trámites; pero esperan que mañana mismo me lo podrán enviar.

—¡Dios lo haga y María Santísima!

—Pero esto será siempre que V. se detenga en el

meson hasta que se lo lleven; lo que nunca podrá ser antes de oraciones.

—Con mil amores me detendré, repuso Simon, que vió cercano el momento de verse libre de un compromiso que cada dia le apuraba mas, y ver salir á su huésped en bien.

—Pero bajo juramento os encargo que nada digais hasta que yo esté lejos de aquí: así lo exigen de mí.

—No tengo boca, contestó Simon contentísimo.

No obstante, al dia siguiente en vano aguardó Simon hasta la hora convenida: nadie pareció con el anunciado indulto. Emprendió, pues, mustio su viaje de vuelta. El camino se le hizo largo, tanto á causa de la contrariedad que traia, como por estar muy oscura la noche.

—¡Qué cosas nos rodea la suerte! venia pensando: el Alcalde anda en acecho; no hace mas que atisbar, y en este lance aun queda el rabo por desollar. Vamos, no nos descorazonemos, Simon Verde; que si el indulto ese no ha venido hoy, vendrá, si Dios quiere, mañana.

Con estas reflexiones habia llegado Simon Verde á Gelves, y se acercaba á su casa. Pero antes de llegar oyó á su madre que gritaba azorada:

—¡Hijo, hijo, se ha fugado!

—¡Calle V., madre, por María Santísima! contestó Simon: ¡si se ha fugado, bendito de Dios vaya!

—Es que... es que... ¡Ay hijo de mi alma!

El llanto, en que hicieron coro las vecinas, le impidió de proseguir.

—¡Es qué! ¿es qué? preguntó asustado Simon Verde.

—¡Es que ha robado á la niña!

—¡Vírgen Santísima! ¡Dios mio, misericordia! gritó fuera de sí el desesperado padre: ¿por dónde han tirado? ¿Cuándo fué? ¡Decid, decid pronto! ¿qué camino llevan?

—¡Ay hijo de mis entrañas! respondió su madre sollozando, ¡nadie los ha visto ni oido!

Simon tiró su sombrero en el suelo, se llevó las manos á la cabeza arrancándose el cabello.

—¡Hija! esclamaba, ¡hija de mi corazon! ¡Y tu padre no puede valerte! ¡Hija de mis entrañas! ¡llamarás á tu padre, y él no acudirá! ¡Dios mio, que no me diesen los pájaros sus alas, el lince su vista y las fieras sus garras! ¡Un caballo! ¡un caballo! una escopeta! Y Simon echó á correr á buscar lo que pedia. ¡Vecinos, compañeros! gritaba por las calles; ¡Juan, Antonio, Nicolás, todo hombre honrado présteme mano para impedir una iniquidad de las mas atroces que idean los villanos, dejados de la mano de Dios! ¡Señores, si sois cristianos, prestad asistencia á un padre, al que arrancan la hija de su casa, el corazon de su pecho.

Los vecinos acudian al rededor de aquel padre desatentado por el dolor, pintándose enérgicamente la indignacion en aquellos honrados rostros; en las mujeres no se oian sino imprecaciones, alternando con espresiones de lástima. Ya se habian ido á buscar caballerías, se habian traido escopetas, y muchos hombres, con ese celo caritativo tan general en la gente de campo, pronta siempre á pagar con su persona, se preparaban á acompañar y prestar mano á Simon Verde, cuando se oyeron las precipitadas y fuertes pisadas de caballos.

—¡Tropa! ¡esto es tropa! Puede que sean los civiles. Dios los trae, esclamaron todos, y las mujeres se apresuraron á asomar los velones á las puertas; estos alumbraron una escena, que arrancó un unánime grito de júbilo. Agueda estaba en brazos de su padre; á caballo é inmediato, inclinado hácia el santo grupo, se veia á Julian, y detrás, enjugándose el sudor de la frente, estaba Joaquin *Mi niño.*

—Padre, murmuró Agueda al oido de Simon, Julian me ha salvado.

—Julian, esclamó con energía Simon Verde, tú me perdistes, y tú me has ganado; besaré la tierra que pisas. Pónme una S en la cara; que tu siervo soy

mientras corra por mis venas esta sangre, que te ofrezco hasta la última gota.

No es posible referir lo ocurrido, del modo confuso, agitado é interrumpido con que lo hizo Agueda, que pasaba de los brazos de su padre á los de su abuela, y de estos á los de las vecinas. Pero lo haremos en breves palabras.

Cerrada la noche, el Capitan dijo á Agueda que debian venir por él en aquella hora sus amigos, y le suplicó, tirándole desde el sobrado un pito de plata liado en un papel, que se cerciorase de si estaban ya en el olivar que lindaba con el corral, saliendo á la puerta de este, y haciendo la señal convenida. Gozosamente sorprendida, se apresuró Agueda á hacer lo que le prescribia el Capitan, y desde luego se le presentó un hombre. Volvió Agueda presurosa anunciàndoselo al que aguardaba, y arrimando en seguida la escalera de mano á su escondite para que pudiese bajar. Hízolo así el Capitan sin hablar palabra, y Agueda, alegre y tranquila, le siguió al corral para cerrar la puerta cuando hubiese salido. Mas apenas la abrió Agueda, cuando dos hombres que estaban en acecho se echaron sobre ella, y la sujetaron; mientras el Capitan le ataba un pañuelo en la boca, y con otros dos le amarraba las manos á las espaldas y unia trabándolos, los pies. Saltó en seguida á caballo, los otros alzaron en seguida á la infeliz jóven, que colocaron delante de él, montaron sobre sus caballos, y poniéndoles al trote, desaparecieron entre los olivos.

Media hora despues pasaba Julian por la puerta de la casa de Simon Verde, cuando oyó los gemidos de la pobre tia Ana, y las voces de las vecinas que ya se habian cerciorado del rapto de Agueda, y se lo comunicaron. Julian se precipitó hácia su casa, de la que salia casualmente el ventero.

—*Mi niño*, le dijo con voz alterada, pero firme y decidida; monta el caballo en pelo, y tenme preparada la jaca, mientras voy por armas.

Mi niño sin mas preguntar hizo todo lo prescrito, y volviendo al momento Julian:

—¿A dónde vamos? preguntó *Mi niño.*

—A Porsuna, á buscar el camino de Benaocaz; esos infames buscan la raya de Portugal.

Diciendo esto, puso Julian su caballo á escape, y *Mi niño* le siguió como el trueno al relámpago.

Apenas habian andado los fugitivos una legua, cuando oyeron el galope de caballos.

—Somos perdidos, dijo el Capitan; es la Guardia civil.

—Apretad vuestro caballo, repusieron los otros, que conocieron que siendo los caballos que se acercaban, mejores que los suyos, iban perdiendo la delantera por momentos.

—Capitan, soltad á esa mujer, que retarda vuestro paso, añadió azorado otro compañero; de todos modos la vais á perder: no perdais al menos con ella vuestra libertad.

El galope de los que los perseguian se acercaba cada vez mas; el Capitan depositó á Agueda al borde del camino, y salió á escape para reunirse á sus compañeros, que ya lo habian hecho. Apenas se vió Agueda en libertad, cuando logró por un violento esfuerzo libertar una de sus manos, arrancarse con ella el pañuelo que tapaba su boca, y gritar al momento que llegaban los ginetes: ¡socorro! Pero no fué un guardia civil el que se presentó á prestárselo: fué... —¡quién pintara su enagenacion!—fué Julian.

Sorprendido por el alboroto que llegó á sus oidos, atraido por las voces, salió el Alcalde de su casa, y se dirigió al sitio en que tenian lugar las escenas descritas. ¡Cuál seria su asombro y su despecho al ver á su hijo figurar como héroe libertador de la hija de Simon Verde, y sus caballos, sudosos y jadeantes, que eran las víctimas de esta gratuita obra de caballero de romance.

Precipitó su paso, y como el primero con quien

tropezase fuese *Mi niño*, echóle mano al cuello diciendo:

—¿Quién te ha dado facultad, bárbaro, insolente, atrevido, para sacar mi caballo de la cuadra, y echarle encima tus diez arrobas de peso?

Fué tal el susto y la sorpresa de *Mi niño*, que se quedó tan mudo como inmóvil.

—Yo se lo dije, padre, respondió Julian en tono respetuoso, pero sin turbarse.

—Marcha tú á casa á llevar los caballos—mandó el Alcalde, que no quiso reñir á su hijo ante testigos,—que luego hablaremos.

Julian obedeció.

—Lárgate de mi presencia, prosiguió el Alcalde dirigiéndose á *Mi niño*, que permanecia hecho un poste; no sea que no pueda contenerme y te ponga á golpes tan estropeado como has puesto tú á mi caballo padre.

Joaquin *Mi niño* se valió con agilidad de sus zancajadas para desaparecer en la noche, como la gran sombra de Samuel evocada por la Pitonisa de Endor.

—Escóndase con mas vergüenza la moza del bullanguero, prosiguió el Alcalde, y vaya á la cárcel su encubridor.

Un silencio profundo habia sucedido á la dulce y conmoviente escena, que poco antes hacia latir á los corazones, verter lágrimas á los ojos, y lanzar espresiones de júbilo á los lábios. Las luces desaparecieron; las puertas se cerraron; la oscuridad, la soledad y el silencio reemplazaron lo mas bello que hay en la tierra: ¡la alegría de todos por la felicidad de uno!

CAPITULO VII.

Mas de un año habia pasado. Era una mustia y encapotada mañana de Diciembre: llovia y venteaba, como si quisiese el dia por ese medio dar rienda suelta

á su mal humor. Prestaba sus tristes tintas al paisaje, ahuyentaba las mariposas, hacia callar á los pajaritos, y bajar tristemente la cabeza á aquellas flores que no son *frioleras*, (1) y vienen aun en invierno á alegrar el campo de Andalucía. El rio pasaba turbio y murmurando entre dientes, llevando algunos despojos que le habian traido de sus correrías las aguas que afluian á él. Bandadas de cuervos graznaban diciendo en su tosco lenguaje que no echaban de menos al sol, y que tambien á cada ave le llega su San Martin. Era en fin, uno de aquellos dias que hacen tan gratas las comodidades y goces de su hogar al hombre rico ó acomodado, y tan cruel al pobre la desnudez y frialdad del suyo.

Venia por el camino, que desde Triana costea el rio al acercarse á Gelves, un hombre que andaba agobiado y despacio. Su cara llevaba las profundas huellas, que estampan los sufrimientos en el semblante del hombre, las que si bien le ajan, le ennoblecen: su pelo estaba cano, y su mirada, aunque suave y bondadosa, era tan triste, que compadecia mas que una queja. Este hombre era Simon Verde, que salia de la cárcel despues de un año de haber estado en ella. Simon sabia lo que iba á hallar en su casa; y era esto una hija á la que la calumnia habia deshonrado —pues la honra en los pueblos en que nada la empaña, llega á estarlo por el mas leve soplo,—y á la que el dolor y la vergüenza minaban la vida con lento, pero seguro progreso; una madre, ciega á fuerza de llorar, y á ambas mantenidas con la corta, pero constante limosna del pobre; pues de dos hijas que tenia la anciana, una habia enviudado por aquel entonces, y la otra se hallaba enferma de sobreparto.

Cuál seria la primera entrevista de esta desgraciada familia, fácil es graduarlo. Mas en esta ocasion,

---

(1) *Friolero,* el que siente ó teme mucho el frio.

como en todas las ocasiones supremas, era la mujer la que sostenia al hombre.

—Simon, hijo mio, le decia la pobre ciega, no desfallezcas; ¿no me decias tú á mí que la buena conciencia era un lecho de plumas? ¡verdad es, verdad es! Y bien cierto qne no nos ha de despertar despavoridos con sus saetas. Así... no te abatas, hijo mio, y recuerda tus propias razones.

—Cuando yo decia aquello, madre, y me sentia fuerte contra la desdicha, era cuando nos quedaban los dos grandes bienes del pobre, la estimacion y la salud. Mi niña, esa hija de mi alma, ha perdido ambos; á V., madre, se le han secado los ojos de llorar, ¡y todo por mi culpa!

—Calla: hijo, calla. ¿Qué culpa has de tener tú? ¡Mi alma como la tuya! Dí que lo que sucede ha sido la voluntad de Dios, y verás con esa conviccion la conformidad y el consuelo que te entra.

—Madre, conforme estoy. Pero déjeme V. sentir y llorar; que no lo prohibe la ley de Dios. Déjeme darle mi llanto, ya que otra cosa no puedo darle, á esa hija del alma, que se nos vá á la gloria, á fuerza de padecer, como las Santas Mártires.

Simon lloraba con amargura fijando alternativamente su vista en su madre, que ya no podia verle, y que buscaba en su corazon palabras de consuelo para prodigarle, como le habia prodigado caricias cuando él era niño; y en su hija, la que pálida y demacrada se esforzaba por sonreirle, como lo hacia cuando ella era niña.

—¡Perverso, *maldecío* Alcalde!—dijo una vecina cuyo rostro lleno de lágrimas demostraba el mas vivo interés y mas profunda compasion;— tiene el natural como un caimán, que dicen es una fiera voraz y traicionera. Dios no come ni bebe, pero juzga lo que vé; y ya le ha castigado, Simon; pues si él te encerró á tí en una cárcel, Dios le ha encerrado á él en otra, porque hace un año que le roe la cara un cáncer, y mientras mas se cura, menos se alivia. ¡Juicios de Dios,

hombre! Pues si tú, que has padecido mas en tu ente que lo que pecaste en tu mente, has salido por tus pies de tu encierro, el malvado ese no ha de salir del suyo sino en pies agenos, y llevados los suyos por delante. ¿Y esa? De la suerte del malo en tu rincon espera el fallo, Simon.

—El mal ageno no cura el mio, Beatriz. Y Dios me libre de desearle mal, ni á mi mayor enemigo.

—¡Bien dicho, Simon! esclamó su madre. ¿Iria uno á perder el fruto de las tribulaciones, con la falta de caridad que hay en desearle mal al que nos lo ha hecho? ¡Dios le dé á ese infeliz tanta salud como yo para mis hijos deseo!

—¡Ande V., que se lo lleve pateta! repuso Beatriz: á ese hombre no le ha de sentir ni la madre que le parió.

—Y acercándose á Agueda, le dijo á media voz y de manera de no ser oida por nadie sino por ella:

—En estirando las piernas ese mal alma, te casas con Julian, y todo queda remediado.

—¡Yo! ¡yo! esclamó Agueda—cuyo pálido rostro se puso repentinamente encarnado;—¡yo! una mujer con mala nota, ¡casarme con Julian! No lo piense usted ni nadie. Julian se merece cosa mejor, tia Beatriz. Antes era yo pobre y él rico, y me creia tan buena como él, porque pobreza no rebaja. Pero ahora que estoy desacreditada, gracias al falso testimonio de su padre, no puede un hombre casarse conmigo sin rebajarse, y no quiero yo, no, que nadie pierda por mí.

—Vaya, Aguedilla, que no tienes las lanas tan bien peinadas como parece; que eso que dices es orgullo puro, hija mia. No te han de poner nicho por humilde.

—No digo que sea yo humilde; pero mal juzga usted lo que hago si lo llama orgullo: es vergüenza, señora.

—¿Pero no ves, mujer, que él te quitará esa nota casándose contigo?

—Eso es lo que no puede ser; la nota no me la puede quitar sino quien me la puso. Julian no me la quitaria; y yo se la pegaria á él, y el que pringa á los suyos con su lepra, los enferma y no sana, tia Beatriz. Así es, que ambos bajaremos á la tierra; el que me infamó, con el cáncer que su rostro le roe; y yo, la infamada, con el que me roe el corazon.

Cuanto decia Agueda lo sentia profundamente; y así era que desde que el Alcalde la echó á la cara la ignominia, Agueda, grande en su humillacion como la palma en el árido desierto, se habia aislado, y habia cortado toda relacion con Julian. Por mas que éste habia insistido, Agueda se habia negado á toda comunicacion con él. Cuando oia la infeliz la voz de Julian, que pasando por delante de la reja del corral cantaba, como para señalar su presencia y atraerla, estas y otras coplas:

El clavel que tú me diste
El dia de la Ascension,
No fué clavel, sino clavo
Que clavó mi corazon.
En Enero no hay claveles
Porque los marchita el hielo;
En tu cara los hay siempre,
Porque lo permite el cielo.

Agueda lloraba amargamente, besaba el clavel de todo el año, que periódicamente le volvia á brindar la maceta—como si quisiera recordarle aquella primera prenda que su amor diera á su amante.—Pero la ventana permanecia cerrada.

Julian estaba desesperado, no hallando medio directo para combatir aquella decidida repulsa, y entenderse con Agueda. Pero como dice el refran, que mas discurre un enamorado que cien abogados, dió al fin con este.

Un dia entró *Mi niño* en casa de Simon, en donde desde que habia contribuido á la salvacion de Agueda era recibido con el mayor agrado. Venia con un pretesto tan sin gracia como él, y habiéndose acercado á

Agueda le dijo en voz, que procuró hacer queda, pero que parecia el zumbido de un moscon:

—Agueda, me ha dicho Julian que te diga que lo que estás haciendo con él es una mala partida.

—Dile, contestó Agueda al poco olímpico Mercurio, que su padre, al quitarme la honra, no me ha dado descaro.

—¿Y puede remediar Julian, me querrás decir, el que tenga el villano de su padre lengua de hacha, así como tiene alma de cántaro y puños de hierro? A mí me tiene aborrecido desde que le estropeé el caballo padre, y dice que soy bárbaro y medio; ¡pero esto se me dá!...

Mi niño puso la gran uña de su dedo pulgar debajo de uno de sus grandes dientes, y dió un chasquido.

—No lo puede remediar, lo sé, como sé que tampoco puede remediar el mal que nos ha hecho su padre; que «palabra y bala suelta no tienen vuelta.» Así dile —añadió la pobre jóven, á la que ponia el dolor lágrimas en sus negros ojos, y la indignacion una amarga sonrisa en sus blancos lábios,—que la muchacha deshonrada no tiene mas cama de novia que la tierra.

—¡María Santísima, y qué *fúnebre* estás! si tienes nota, él te la quitará casándose contigo: ¿te enteras?

—No puede ser, Joaquin, que quien no mata la araña, no estingue la telaraña.

—Mira que se vá á desesperar, Agueda.

—Así viviremos iguales, contestó la pobre niña.

—Mira que él no te olvida; testigo yo, dijo *Mi niño* dándose un tremendo golpe en su ancho pecho.

—Lo creo, repuso Agueda; el olvido no entra de sopeton como un tabardillo. Pero sabido es que el recuerdo camina hasta el Campo-santo; y allí se quedan en una misma sepultura el recuerdo y la recordada.

—¿Pues qué, te vás á morir? preguntó con estrañeza *Mi niño*.

—¿No me ves? contestó la pobre enferma.

Mi niño la fijó con sus grandes é insulsos ojos, y dijo con la cruda franqueza campesina:

—Verdad es que pareces *tábida*. Pues mira, á pesar de que dice el refran «que el hermano quiere á la hermana, y el marido á la mujer sana,» Julian que es porfiado, no ha de querer mas novia que tú, y desde ahora te digo, que si haces la barbaridad de morirte, vá á haber entre Julian y el *reteindino* de su padre, una que vá á ser sonada. Ya lo verás.

—No lo veré, contestó Agueda. Pero si llega el caso, dile á Julian que nada remedia con eso; que á los muertos solo Dios los resucita.

—Me voy, dijo *Mi niño* dando algunas zancajadas hácia la puerta, me voy por no oirte hablar mas de muerte; que estás hoy que pareces un *profundis*. Mira, Agueda, yo no soy abogado, aunque á Julian se le haya figurado; ni tengo como ellos un celimin de razones, y la lengua ligera como paletas de vapor: así solo te daré un consejo; déjate de escrúpulos y sal á la reja. Allí se entenderán Vds., y verás como te pones buena, y Julian me deja á mí el alma en paz, pues yo no sirvo para el paso; y adios.

Diciendo esto, *Mi niño* le volvió la espalda, y en dos zancajadas atravesó el patio. Pero de repente desanduvo sus zancajadas, y dijo á Agueda:

—Me se olvidaba con tus *goris patoris* decirte de parte de Julian que me des el clavel.

—Dile, contestó Agueda, ocultando el clavel de todo el año que en el pecho tenia, que

En Enero no hay claveles,
Porque los marchita el hielo.

—Verdad es, murmuró *Mi niño*. Pues mire V. el otro la *embajáa* que me dá. ¿Se querrá burlar de mí, como hacia *denantes*?

Apenas se hubo ido, cuando Agueda, ahogada de sollozos, se echó sobre su lecho. Este continuado y heróico esfuerzo de su dignidad para combatir su amor, la larga prision de su padre, la ceguera de su buena abuela, y la miseria en que habian caido, que

forzó á ambas á vivir de la limosna, habian destruido á tal punto aquella suave y aun tierna planta, que perdió el vigor para sostenerse; y cayó marchita y ajada.

Poca felicidad habia igualmente en casa del que habia sido Alcalde. Este, además del terrible padecer físico que le aquejaba, se habia enagenado por sus procederes todo el cariño de su único hijo, el que si bien nunca faltaba al respeto á su padre, habia puesto con su frialdad tal distancia entre ellos, que se podia decir que no era hijo, sino en el nombre y en la obediencia ostensible.

Las desgracias referidas eran causadas por un hombre; y casi todas las que vemos tienen el mismo orígen. Decimos que la vida es amarga: ¡los amargos somos nosotros!

CAPITULO VIII.

Simon habia tenido el dolor de ver matar á fuerza de malos tratos á su pobre burra, que por segunda vez habia sido vendida. ¡Cuánto no hubiese dado cuando la encontraba coja, enflaquecida, cubierta de mataduras, y agobiada bajo pesadas cargas, por haber podido libertarla de tantos sufrimientos! Esto lo comprenderán los que miran á los animales, no como *cosas,* sino como *séres* que sienten y sufren, y los que como tales, los aman y compadecen. ¡Cómo destroza el alma un impotente deseo, sobre todo cuando el corazon y la conciencia nos animan á abrigarlo diciéndonos que es bueno.

Hacia Simon ahora sus viajes á Sevilla á pié, y como es de suponer, las ganancias de estos viajes se habian reducido á corta cosa.

Una noche habia entrado mas cansado que nunca, porque habia llovido y el camino se habia puesto pesado y resbaladizo. El infeliz se sintió rendido, con-

servando puesta la ropa mojada, pues no tenia otra con que remudarla.

—Agueda, hija, ¿cómo te sientes? le dijo á ésta que se habia recostado sobre el hombro de su abuela.

—Bien, padre, contestó Agueda sonriéndose; pero sin que se formasen ya sobre sus escuálidas mejillas aquellos hoyuelos que tan gracioso y juvenil encanto prestaban á su rostro.

—¿Ha comido? preguntó Simon á su madre.

La anciana no contestó. ¡Ni una ni otra habian aun probado bocado aquel dia!

—No he tenido gana, contestó la niña cuando su padre le reiteró la pregunta.

—¡Hija!—dijo Simon, que á duras penas contenia sus lágrimas al mirarla:—pasé por una confitería, ví unos bizchosos que acababan de salir del horno, queria traértelos; cuatro cuartos valia media cuarta; pero..... ¡si no los tenia! Dos reales traigo ganados hoy, que escasamente alcanzan para media hogaza de pan, el aceite y el carbon para hacer unas sopas.

En este instante se oyó la campana de la iglesia que hacia la señal de salir Su Magestad. Simon se puso en pié, y se quitó el sombrero. Su madre rezó el Padre nuestro, añadiendo al fin: *¡ En gracia te reciba el alma que te desea!*

—¿Para quién sale Su Magestad? preguntó Simon cuando hubo concluido el rezo.

—Para el Alcalde, hijo, que se ha agravado mucho por haberle sobrevenido un flujo de sangre.

—Si tuviese capa, iria á acompañar á la Magestad; aunque no me obliga, pues no soy ni pariente ni amigo del que van á Sacramentar, dijo el buen cristiano.

—¡Hijo, vé!, repuso su cristiana madre; por lo mismo que vá para un hombre que tanto mal nos ha hecho: vé, hijo mio, aunque sea sin capa. Ya que no la tienes, lleva á esa solemnidad compostura y devocion, que le den al Señor el decoro que con tu aparencia no puedes darle. Dios mira sobre todo los corazones; y engalanado llevas el tuyo con el perdon que osten-

siblemente desmuestras á tu enemigo. ¡Dios le coja en buena hora!

—¡Qué rendido estoy, madre! ¡y cómo me pesa esta ropa mojada! Y lloviendo que está, que se desgajan los cielos; pero... ¡allá voy!

Simon fué á la iglesia, cogió un farol, y acompañó á Su Magestad á casa del enfermo.

Cuando la santa ceremonia hubo concluido, le dijo el cura:

—Un recado habia mandado á tu casa, Simon, para que vinieses, pues el enfermo quiere verte.

—¡A mí! esclamó absorto Simon.

—A tí, sí. Deja ese farol, que llevará Miguel, y entra, que urge.

Simon entró en el cuarto del pasiente en que habia aun gran número de personas reunidas. Profunda fué la lástima que sintió cuando miró á aquel hombre que habia tenido buena cara y robusta persona, reducido por su padecer á un descarnado esqueleto, envuelto el carcomido rostro en vendas, sin fuerzas, sin vida, sin esperanzas... pero con alma aun, pues apenas vió á Simon, cuando estendiendo hácia él sus descarnados brazos, esclamó con vehemente acento de corazon:

—¡Simon, Simon, perdóname!

Honda fué la impresion que en todos los presentes causó esta desprecacion del moribundo. El arrepentimiento que se confiesa, el perdon que se pide y se otorga, la reconciliacion que se efectúa, esas tres cosas, las mayores entre las grandes, las mas elevadas entre las altas, las que mas se acatan entre las respetadas, esos santos frutos de la simiente del Evangelio, ese glorioso triunfo de la cristiana humildad sobre el antecristiano orgullo, anonadan con su legítima sublimidad cuantas sublimidades heróicas forja el hombre con un vano oropel, y con su verdadera luz, cual la del sol que alumbra á un mismo tiempo lo alto y lo bajo, lo chico y lo grande, llenan todas las inteligencias y conmueven todos los corazones. Tráe-

los la religion, y circunda con ellos el lecho del cristiano moribundo, como con un destello de la luz del cielo, que ha hecho ya penetrar en su alma.

Pero si á todos conmovió aquel grito, que brotó del corazon del moribundo, enagenó á su hijo que hasta entonces, contínuamente abatido y grave, se habia mantenido silencioso á los pies del lecho, y que esclamando ahora:

—¡Padre mio! se arrojó sobre una de sus manos, que cubrió de besos y bañó de lágrimas.

—¡Señor Alcalde, por Dios, qué está V. diciendo! —repuso el buen Simon con enternecida sorpresa,— ¿quién se acuerda de lo pasado?

—Digo, ¡sí, sí!... déjame hablar, Simon,—prosiguió el primero haciendo señas á éste que queria interrumpirlo;—que mucho daño te he hecho. La muerte abre los ojos del alma á aquel á quien Dios no dejó del todo de su mano; merced á que, aunque pecador, no le volvió la espalda. Así es, que su Divina Magestad me ha dejado tiempo para enmendar en parte el mal que hice. Señores, sean Vds. testigos...

—¡Calle V.; señor, calle V. por María Santísima, que me está su mercé partiendo el corazon!—esclamó Simon, por cuyas mejillas corrian abundantes lágrimas.

—No callo, Simon, que he confesado, y quiero morir como cristiano, no me lo impidas, pues lo eres. Señores, he calumniado á Agueda, esa inocente, ¡la he desacreditado!... con el fin de que no se casara con mi hijo, porque era pobre, que el demonio me tenia cogido por la codicia. La difamacion fué pública; y pública ha de ser la satisfaccion. Lo que es á tí, Simon...

—¡Calle V., señor, calle V. por Dios!—volvió á repetir Simon, que notó lo fatigado que estaba el enfermo:—ya ha hecho su mercé mas que cumplir como cristiano.

—No, Simon, no. La puerta del cielo está cerrada al pecador; el aldabon es el arrepentimiento. Lo ten—

go asido, déjame que golpee, para que me oigan los hombres y rueguen por mí, y me oiga Dios y me acoja.

Habian llegado en esto la tia Ana y Agueda, á quienes fueron á requerir, y se mantenian en pié cerca de la puerta, guiada la pobre ciega por la enferma, apoyada la pobre enferma sobre la ciega.

El reconciliado fijaba con dolor sus miradas sobre aquellas tres personas á quienes habia un año no veia, y que tan trastornadas por los sufrimientos hallaba. Al ver las canas de Simon y su ropa destrozada y calada por el temporal; al ver los ojos, antes de tan dulce y grave mirar, de la anciana, muertos y cubiertos por sus cerrados párparos como por una losa; al ver á Agueda, aquella bella y fresca flor, caida y ajada... corrosivas lágrimas brotaban de sus moribundos ojos.

—¡Esta es mi obra! murmuraba, ¡por enemistad!... ¡por codicia!... ¡por no cejar á tiempo en la mala senda!... Y si no hubiese sido por mis maldades, hubiéramos vivido todos felices... y en gracia de Dios. Porque sépanlo todos: yo he sido el primero que he tenido la vida mas amarga que la retama. Perdí la paz de mi alma, el alimento no me sabia, ni mi sueño era dulce. No tuve amigos, sino lavadores de cara... ¡qué bien los distingue el corazon! Me enagené el cariño de mi hijo...

—¡Señor padre, no digais eso por Dios! esclamó Julian; si os he faltado, perdonadme.

—No me has faltado, no, hijo del alma. Pero tambien distingue el corazon entre el cariño obligado y el voluntario. ¡Hijo!—prosiguió el Alcalde con vehemente emocion,—ya que vivo no me pudiste querer, quiéreme muerto, y atiende á mi último consejo. ¡No abrigues nunca enemistad alguna!

El muribundo se habia inclinado con sus últimas fuerzas hácia su hijo, en cuyos brazos cayó con un síncope.

Al cabo de algun tiempo y merced á los ausilios

que le fueron prodigados, abrió sus amortiguados ojos, y fijándolos en el cura, murmuró:

—¡Esta es la agonía!.... ¡esta es la muerte!

—¡Miradla cara á cara y con tranquilidad! repuso el sacerdote; resignado á la expiacion, confiado en la salvacion. ¿Teneis algo que disponer?

El moribundo hizo una débil seña á Agueda y á su hijo, que se acercaron sollozando. Quiso juntar sus manos, pero no pudo; y miró al cura, que conprendió su deseo, y las puso unidas en las yertas del agonizante, que murmuró en entrecortadas palabras:

—¡Hijos mios! sed felices.... ¡yo os bendigo!.... Julian, Simon es desde hoy tu padre.... y todos vosotros.... sois buenos.... rogad por mí....pecador.... pero.... por la gracia.... ¡arrepentido!

Epílogo.

Año y medio despues de la muerte del Alcalde, el tiempo habia pasado su suave esponja sobre los anteriores tristes cuadros y la vida variable habia dibujado otros muy distintos en la existencia de las personas de que nos venimos ocupando.

Era la tarde de un domingo. Debajo de nuestro antiguo amigo el emparrado,—que aquel año, para seguir la moda, habia vestido en lugar de su traje de tafetan verde uno de tisú, al que ponia el otoño trama de oro,—estaba la buena anciana. A su lado se hallaba Mariquilla Albóndiga, que se habia hecho una moza de cántaro, la mas típica de esta denominacion; por lo cual estaba á la sazon trocado su nombre de niña en el de Maricota. Su madre habia visto con dolor reventar en su bien medrado cuerpo las cinturas, espaldas y mangas de sus vestidos, sus enaguas mas talares trocarse á poco en boleras, y la habia oido quejarse cada quince dias de que le apretaban los zapatos. Reemplazaba ahora á Agueda en la asistencia de su abuela.

Como no sabia contar sino hasta diez, hallábase en este momento apurada, porque no sabia el cómo contestar á su abuela, que le preguntaba por el número de racimos que en la parra sobre sus cabezas colgaban como nuevas espadas de Damocles, el número de naranjas que, como estrellas, salpicaban la sombría

copa de los naranjos, el número de pájaros que cantaban, la multitud de pollos que piaban, y la cantidad de nietos que chillaban.

—Madre, se pierde la cuenta... y de todo sobra mas de la mitad—contestó Simon Verde, que envigorizado y erguido, y con su cara alegre de antes, llegó trayendo una brazada de la consabida robusta hortaliza.—Maricota, tú has crecido como el rio cuando hay arriada, mucho y aprisa, pero en cuanto á las luces del entendimiento, no te las han despavilado los años. ¡Mire V., no saber contar! No saber contar es como no saber andar. Deja esas naranjas que están verdes, lambrucia, y en tu vida comas fruta hasta que la coman los soldados

Apareció entonces debajo del emparrado una mujer jóven, lozana, que resplandecia de salud y de alegría. Tenia puesto un vestido de lino con faralaes, y por viso pomposas enaguas almidonadas. Traia sobre la cabeza un hermoso pañolon de espumilla de Manila, color de yema de huevo, cuyos flecos le arrastraban hasta los pies; calzaba bien, y traia un clavel encarnado en la cabeza. Llevaba en los brazos con una soltura, como si jamás hubiese hecho otra cosa, una criatura recien nacida, que lucia una envoltura de tul de ilusion; con sus encajes de algodon y su viso de seda, aunque de un rosa pariente demasiado cercano del encarnado, su capillito con encaje para dos, y su brevetin de raso blanco y plata. Seguíala un jóven airoso y bien parecido, con su rica capa de paño azul y vueltas de terciopelo carmesí.

—¡Agueda, hija, ya has salido á la calle! esclamó Simon Verde cuando la vió.

—Esta mañana fuí á misa de parida, padre. Y no habia de salir sin traerle á mi madre Ana á mi niña. Madre abuela—prosiguió poniendo á la criatura en brazos de la anciana;—aquí tiene V. á mi hija. Es un lucero, un sol, un serafin.

Brillaba en sus bellos ojos la santa alegría de madre, y en sus mejillas se dibujaban mas encantadores

que nunca, los dos hoyuelos que habian vuelto á su rostro con su lozanía.

—¡Lo que pesa! se diria que tiene tres meses, dijo la pobre ciega, qué hacia el solo elogio que podia hacer de su biznieta. ¡Dios la bendiga! añadió. ¿Y cómo se llama?

—Ana.

—Hija, ese es nombre de abuela.

—¡Pues por lo mismo! para que llegue á serlo, y tenga nietos que la quieran tanto como la quieren á V. los suyos.

—Julian, dijo Simon, ¿por qué has consentido que salga esa niña á la calle á los ocho dias de parida? eso es un *gitanerío*.

—*Pae* Simon, porque mientras viva yo, no ha de hacer Agueda mas que su gusto.

—¿Esas tenemos? Pero mira, hombre, dices bien, al fin y á la por partida hacen las que se visten por la cabeza lo que en ellas se les mete. Conque así, en dejándolas, se quita uno de predicar en desierto. Oye, ¿y tú *Mi niño*, por qué no entras?—prosiguió Simon dirigiéndose á éste, que habia venido con Julian, y se habia quedado afuera del emparrado.—No seas corto en tu vida, sino para dar.

—Es que viene á pedir, dijo Julian, y me trae á mí de padrino.

—¿Pedir? no será ni carne ni peso... que le sobran, dijo Simon.

—Pues ambas cosas son, repuso Julian soltando la risa, pues viene á pedir á Maricota, que como no tiene padre, toca pedírsela á V.

—*Mi niño*, dijo Simon, si otra hija tuviera te la diera, porque te estimo. Pero como con una hija no se pueden tener dos yernos, no hay que hablar de eso. En cuanto á Maricota, aunque parece melliza de la Torre del Oro, en lo fornida, está naciendo ahora, y tú, *Mi niño*, eres talludito. ¿Cuántos años tienes?

Mi niño se rascó la oreja y no contestó.

—¡Capaz eres de no saberlo! Porque tú, *Mi niño*,

eres de lo mas cerrado de sentido que se vé, perdona la franqueza, que no lo digo por ofenderte.

—Voy á preguntárselo á mi madre, dijo el pretendiente dando algunas zancajadas en retirada.

—Aguarda, aguarda, que yo lo sabré, le gritó Simon Verde. Cuando el percance primero que me puso en manos de la justicia, tenias tú veinte y cuatro años, porque en aquel sorteo ya no entraste en quinta. Mariquilla Albóndiga tenia entonces siete, y mi Aguedilla trece. De esto hay nueve años; por manera que tienes ahora la edad de Cristo, y Maricota tiene diez y seis; eso está *esproporcionao*. Para trabajar estás en la flor, pero para novio de Maricota eres viejo, *Mi niño*.

Mi niño, que nunca habia pensado en su edad, se quedó tan asombrado de hallarse viejo, y tan hecho estátua, que en su abierta boca se coló una avispa.

—Anda, *Mi niño*, prosiguió Simon Verde, cásate con una viuda, que es lo que te pega, que quien adama á la viuda, la vida tiene segura. A mí no me entras por el ojo.

—¿Y quién es quien se vá á casar, V. ó la novia que él pide? sonó desde lo interior de la casa una voz recia y clara.

—¡Vaya con la niña! que estaba escondida, pero con mas oidos que una liebre, esclamó Simon Verde. ¿Conque están Vds. en un sentir? ¿Lo que quiere decir que la pechecilla estaba enamorada? ¡Habráse visto! ¡y yo que nada sabia! Dice el refran, «que por mas que te afanes, no has de saber de tu casa los desmanes.»

—Padre, dijo Agueda, riéndose, debiera V. haber caido, porque *Mi niño*, desde que la quiere, está mas en bábia que nunca, y ella está tan en Belen, que se le vá á olvidar hasta el modo de andar.

—Verdad es que debiera haber caido, dijo Simon Verde riéndose. Pero es por aquello de que en el barrio de Santa Justa, Dios lo cria y ellos se juntan. Tambien recuerdo que oia de noche, como entre sue-

ños, una voz como del cañon gordo del órgano de la iglesia, que cantaba siempre la misma copla:

¿La mujer chiquitita
para qué es buena?
Paca echarla en la olla
por berenguena.

¿Quién se habia de figurar que venia eso *dirigío* á la zarangullona de Maricota, que se come las naranjas verdes? Pero para que lo sepas, te advierto *Mi niño*, que Maricota no tiene mas que lo encapillado, y para eso las naguas le están cortas, y el monillo ajustado.

—De eso no se cuide V., *Pae* Simon, dijo Julian, que es cuenta de Agueda, que serà la madrina de la novia, puesto que yo soy el padrino del novio.

—¡Pues á ello, y sin tomar resuello! *Mi niño*, cásate.

¡Cásate!... y tendrás mujer;
si bonita, que guardar;
si fea, que aborrecer;
si rica, que contemplar;
si pobre, que mantener.
¡Cásete!... y tendrás mujer.

Y ten presente que dice el refran: «dos dias buenos las mujeres dan; el que al tálamo vienen y el que á la tumba se van, y atiende á que, el hombre de vista larga, por temor de la cruz, perdona la palma.

—Padre, ¿vá V. á descorazonar al novio? dijo Agueda.

—¡Descorazonar á un novio! fácil era. ¡Mas fácil seria hacer una raya en el agua! Conque... Maricota, ¿le doy el sí á *Mi niño*? responde.

Esta vez, la voz como la persona permanecieron ausentes.

—¡Vaya con la niña, que no quiere responder! gruñó Simon.

—Padre, dijo alegremente Agueda, como vá usted para viejo, se vá haciendo gruñon, y se le ha olvidado que el *sí* no se dá sino en la reja.

—¿Regañon tu padre? ¿qué estás diciendo, mujer? esclamó Julian. ¡Pues si es como el sol de Mayo, que no hace mas que reirse!

—¿Y sabeis por qué, vosotros? repuso Simon Verde. Pues el refran lo dice: «¿Por qué no riñe tu amo?—Señor porque no es casado.» Pero sábete tú Aguedilla, que no seria estraño que lo hiciese, pues el hombre, cuando es chico, es como el gallo, cantando; cuando es mayor, como el borrico, trabando, y cuando es viejo, como el cochino, gruñendo. Pero ante todas cosas, ¿qué dice V., madre?

—Digo, contestó ésta, que queria bien á *Mi niño*; que Joaquin se merece cualquier cosa por su juicio; que mas vale onza de juicio que quintal de talento. Digo que Dios los haga bien casados; digo que ayer un bautizo y mañana una boda. ¡Qué mas me queda que decir, sino que bendito y alabado y reverenciado sea el Señor, que mejora sus horas!

Y nosotros añadiremos: ¡benditas sean, y dichosas son aquellas almas que pasan por las pruebas de esta vida, llevando por báculo y guia los sentimientos que infunde la ley de Cristo, y las reglas que prescribe su católica Iglesia!

FIN.

CUADRO DE COSTUMBRES

POR

FERNAN CABALLERO.

MAS HONOR QUE HONORES.

CAPITULO I.

La moral no se prescribe á los pueblos; se les inspira.

FALLONNET.

«El estilo es el hombre,» ha dicho Buffon. Nosotros añadiremos: el lenguaje es el pueblo.

«La Presse.»—ANÓNIMO.

El mundo es una comedia para el hombre que piensa, una tragedia para el que siente.

HORACIO WALPOOL.

La naturaleza de la sierra es vistosa y accidentada; su vejetacion rica y variada. Allí no cansa la monotonía, ni aburre la uniformidad. Lo agreste conserva aun por partes toda su independencia y su pujanza, á pesar del invadiente cultivo, que con su arado y sus domados toros, vá usurpándole su dominio, vá guiando el crecimiento de sus pinos, domando sus cerriles potros con frenos, y las aguas de sus arroyos con azu-

des, y arrancando á los alcornoques,—esos San Bartolomés vejetales, mártires de la industria,—su corteza. Así, pues, alternan lo cultivado y lo silvestre, lo llano y lo escabroso, lo ameno y lo agreste, de la manera mas brusca, sorprendente y pintoresca. Aquí se encumbra entre breñas una noble encina (1) rodeada de sus plebeyas parientas, las encogidas y frondías carrascas, á poca distancia de un elegante y pulcro arroyo, que galante besa los pies á un melancólico sauce, cuyas finas y lánguidas ramas degustan sus aguas, y aspiran el ténue perfume de las adelfas, que por gala trae consigo el puro y alegre hijo de las montañas. A un verde campo de bien disciplinadas espigas sirven de testero las rocas grises de un risco, que despide toda vejetacion, como el cínico toda clase de pudor.

La senda que sigue el viajero, tan pronto le lleva á deslizarse con ella por entre altos y magestuosos árboles entretegidos de zarzas y de enredaderas, costeando un valle, que sirve de ancho tálamo á un arroyo en sus desposorios con las flores, mientras un coro completo de alados vates cantan un epitalamio en diversos tonos, de manera que podria el viajero creerse vagando por el mas aristocrático y cuidado parque Real. De pronto esta senda se angosta, se endurece, y trepa por la árida pendiente de un monte escueto y romo, y entonces, sin esfuerzo, puede hacerle la imaginacion triste peregrino de un desierto desnudo y silencioso. La cumbre de este monte rara vez brinda,—como compensacion al cansancio que produce—una bella perspectiva. Por lo regular sus horizontes son cortos; y otros montes semejantes á él, se interponen por to-

---

(1) La encina de la sierra *Quercus bellota*, no es la encina de los poetas. Es oriunda del Atlas, y traida á España por los moros, que la aclimataron en las provincias que conquistaron.—FEE.—*Estudios filosóficos, etc.*

dos lados como pantallas ante la lontananza, ese gran anhelo de la vista y del alma.

Mas hay un lazo de fraternidad entre estas varias y contrapuestas naturalezas, el cual ama y se apega así á las peñas, como á los árboles; así al monte seco, como á la húmeda cañada; así á la solitaria breña, como á las activas habitaciones de los hombres: es la yedra, la mas fresca y lozana hija de aquella fecunda region. Ella á todo se apega, á todo se arraiga, con la gracia y benevolencia de la juventud, con la fuerza y constancia de la edad madura. Se ha constituido *La Marta* y el oficioso *Tu autem* de su comarca; adorna lo desnudo como un tapicero; tupe los vacíos como un albañil; aplica sobre las rocas guirnaldas en relieve, como un escultor; abriga á las pobres dolientes ruinas, como una Hermana de la Caridad; pone al árbol muerto, que fué su amigo, una verde mortaja; y prendiéndose de una en otra rama de los árboles, por entre las cuales pasa la senda del hombre, forma arcos, cual si quisiese honrarlo como á Rey de todo lo creado. Es, en fin, la yedra de los montes, con sus profusas y pequeñas hojas, sus espesos y vistosos ramilletes, el lujo y compostura de la sierra: fórmale sus moños, sus faraláes, sus bordados y sus perifollos. Es, por último, su rico aderezo de esmeraldas, que no aja el calor, que no descolora la humedad, que no marchita el sol, y que no deslustra el tiempo.

Veíase una mañana descender por una cuesta pedregosa, á un grupo que caminaba á paso lento y compasado. Componíase de tres hombres cubiertos con sus capas, las cuales,—como en las ocasiones solemnes, —pendian á ambos lados como ropas talares. Precedíales un mulo, sobre el que estaba colocado un pequeño féretro blanco y celeste, cubierto de flores. Los tres hombres callaban; y el silencio no era interrumpido sino por la suave queja de un arroyo, que con ellos bajaba la cuesta, como si acompañase en la última jornada á un hermanito suyo, cuya vida habíase parado el hielo de un anticipado invierno; por el melancólico

suspiro que exhalaba la brisa al ver finada una vida, que habia sido un soplo cual ella; por el divino trino que de cuando en cuando lanzaba el ruiseñor, como un desahogo de su armonioso corazon, y por el ruido de la compasada y uniforme pisada del mulo, que parecia el de la péndola de un reloj, que abreviase á la vez el tiempo y la distancia.

Llegado que hubieron al próximo pueblo, que era la Higuera, se encaminaron al Campo-santo, bien denominado así, pues en éste, como en los templos, la Iglesia nos acoje, nos hace iguales, y nos bendice.

Los hombres abrieron un hoyo en la tierra: en él depositaron el féretro blanco y celeste que contenia el pequeño cadáver, ángel dormido, al que Dios concedia el descanso sin el cansancio, mientras las campanas de la vecina iglesia repicaban al favorecido de Dios la enhorabuena.

Cuando cayó la primera paletada de tierra sobre la caja, produjo un sonido hueco y sordo, cual si la rechazase, el que fué acompañado por un gemido, que exhaló aquel de los tres hombres que habia quedado algo apartado, retorciendo éntre sus manos el sombrero que se habia quitado por respeto al lugar sagrado, donde dejaba al solo hijo que habia sobrevivido á dos hijos mayores, que habia perdido recientemente.

El adios es siempre una triste fórmula; pero en el Campo-santo es donde se convierte en una solemne verdad.

Despues de concluir su tarea con ese respeto, ese decoro, esa solemnidad con que se trata en España á los muertos, volviéronse callados los tres hombres, llevando su dueño al mulo del diestro. Pero una vez al pié de la cuesta, dijo el mas anciano de los tres al padre del niño enterrado:

—Vamos, Juan, súbete.

El interpelado hizo con la cabeza una señal negativa.

—¿No quieres?—prosiguió el anciano, que era un

arriero jovial y locuaz. —Pues déjalo estar, que lo que tú no quieras, otro lo querrá. Me subiré yo; pues has de saber que:

Para cuestas arriba
Quiero mi mulo,
Que las cuestas abajo...
Yo me las subo.

Llegaron, pues, precedidos del arriero en su mulo á Valdeflores, pobre y pequeña aldea, que no tiene de bonito mas que su nombre, y que se halla colocada como una batea en un llano, situado entre dos suaves pendientes con arbolado. Por la una sube el camino que lleva á Aracena, y por la otra baja la que conduce á la Higuera.

La casa en que entraron era, como el corto número de las que componian la aldea, construida con muros de piedra, sin mezcla que las uniese, ni revoque que las cubriese, y cobijada con un techo de aneas. El interior lo formaba, como las granjas del Norte, una sola y vasta pieza; en el testero habia un hogar para fuego de leña, que servia de cocina, de estrado y de comedor. A ambos lados del fogon habia unas divisiones hechas con tabiques, que servian de dormitorios y de graneros. En la parte opuesta habia pesebres para las bestias, saltaderos para las gallinas, y paja fresca para comodidad de los animales, que en el campo son tan constantes y bienhechores compañeros del hombre, ¡el que tan ingrato es para ellos!

—Ea, ea, entrad;—les gritó al verlos venir, una mujer viva y dispuesta que estaba aguardándoles en la grande y siempre abierta puerta de la casa.—¿No veis que está lloviendo, y que os vais á mojar las capas buenas?

—Esto no es,—repuso el arriero, que se llamaba el tio Bastian,—sino un mata-polvo, unas gotas.

—Sí; pero cada gota trae un cubo de agua; ¿no vé V. el cielo cómo se ha puesto; qué prevenido?

—Pues todo es apariencia, y no mas. Hasta que no briegue el tiempo, no llueve. ¡Y buena falta que hace!

Pero á Dios,—que todo lo tiene en la memoria,—se le ha olvidado el agua.

—¡Ande V., ande V.! dijo la mujer. La comida está guisada cuanto há, y se vá á pegar. Juan,—prosiguió dirigiéndose al padre del niño, que era su cuñado.—Estefanía está que el demonio que la aguante. Acaba un llanto, y empieza otro, como Ave-Marías del rosario. ¡Anda, hombre, dale cuatro gritos, para que se suma esas lágrimas, que ofenden á Dios!

El marido entró en el dormitorio; el tio Bastian fué á llevar su mulo al pesebre, y María Josefa, que era la mujer que habia hablado, despues de quitar y doblar la capa de su marido, que era el tercero de los hombres que habia entrado, se puso á cubrir la mesa con un rústico banquete, segun lo requerian las circunstancias y establece la costumbre, en obsequio y señal de gratitud á las personas que acompañan y honran con su presencia á vivos y muertos.

Consistia este banquete en una olla guisada con carne de macho cabrío,—que no es mala en la sierra,—morcilla, tocino y legumbres. Agregábase á esta olla un plato de aceitunas, otro de masa frita enmelada, y un jarro de vino.

—Por fin,—dijo María Josefa, despues que estuvieron reunidos,—á todos los he podido acarrear menos al tio Bastian, que en poniéndose en conversacion con sus mulos, se endiosa.

—¿No sabes tú, María Josefa, tú que sabes mas que la cartilla,—dijo el zumbon anciano, despues de haberse sentado á la mesa y persignado;—¿no sabes que los arrieros siempre llegan tarde? ¿y la razon? Pues yo te la diré:—Un dia que daba su Divina Magestad audiencia, llegaron los clérigos y le pidieron buena vida, y el Señor se la concedió. Llegaron entonces los frailes, y se la pidieron tambein; el Señor les dijo que llegaban tarde; que ya esa gracia se la habia concedido á otros. Pidieron entonces buena muerte, y el Señor se la otorgó.—En esto llegaron los arrieros, y le pidieron al Señor buena vida.—Llegais tarde, dijo en-

tonces el amo.—¡Pues buena muerte Señor!—Llegais tarde, dijo el Señor; está ya eso pedido y concedido. —Desde entonces los arrieros ni tienen buena vida, ni tienen buena muerte, y llegan siempre tarde. Estefanía,—añadió dirigiéndose á la madre del niño que habian enterrado,—come, mujer, que estómago vacío no consuela corazon. ¡Si tanto llorases tus culpas como lloras la muerte de un ángel, á fé que te habias de salvar, mujer!

—¡Mi niño! esclamó la pobre madre, que cuando lo parí, parecia una flor. V., tio Bastian, que tiene á su nieto—que nació cuando nació mi niño—tan saludable, no sabe lo que es cuando al árbol le arrancan su flor.

—El ángel de su guarda se llevó esa flor á otros vergeles, en los que ni la secará el sol, ni la quemará la escarcha. Si el tuyo hubiese hecho lo propio contigo cuando naciste, no habian de haber pasado tantos trabajos, ni llorado tantas lágrimas.

—¡Verdad es, tio Bastian!

—Pues entonces.... ¿á qué estás ahí hipando, criatura? ¿A qué es esa rienda suelta á tu sentir? Eso no te está bien á tí, que eres mansa, y no eres capaz de decir zape al gato.

—Es, repuso la pobre madre, que si yo no hubiese dado aquellas sopas á mi niño, mi niño no se hubiese muerto; ¡las sopas me le mataron.

—¡Calla, calla, mujer! dijo el tio Bastian. ¿Y los que se mueren sin comer las sopas? ¡Que siempre se haya de disculpar la muerte! Así es que se cuenta que la muerte no lo quiso ser; y le dijo clarito á su Divina Magestad, que la dispensara del cargo, que no le daba la gana de cumplirlo.—¿Y por qué? le preguntó el Padre Eterno.—Porque me van á aborrecer, Señor, y á llamarme tirana.—Descuida, le dijo el Señor, que te prometo que siempre serás disculpada.—Y ya lo ves, á la vista está: esta vez son las sopas; otras veces son los médicos. El asunto es, que se nos figura que la muerte no puede entrar sin que se le abra la puer-

ta. María Josefa, mujer, no me des mas calabaza; que el que la come se queda tres dias sin sangre, dame pan, que el pan y los pies sostienen al hombre.

—Juan,—prosiguió el arriero dirigiéndose á éste, —¿sabes que le hablé á tu amo por ver si queria ayudarte? Le dije de aquesta manera: Señor D. José, no hay hombre sin hombre. Bien podia su mercé darle la mano al pobre de Juan Martin, que es un hombre de los buenos, y un trabajador de los de punta; al que manda Dios mas plagas que á Egipto, porque en su casa se arrellanó la necesidad. El mulo que tenia se le murió de un torozon; la mujer ha estado si las lía ó no las lía en su última ocasion; sus dos hijos mayores se le han muerto de viruelas, y por último, ha estado tres meses parado por haberse quebrado un brazo, al estar apagando el fuego en la hacienda de su mercé.

—Verdad es que he sido desdichado, dijo Juan Martin; todo se me ha torcido. Pero ¡cómo ha de ser! —prosiguió el escelente hombre, dirigiéndose á su mujer que sollozaba,—mas padeció Job, que tuvo una mala mujer. Ten presente, Estefanía, que todos los dias decimos á Dios en el Padre nuestro: CÚMPLASE TU VOLUNTAD.

¡CÚMPLASE TU VOLUNTAD! En estas sucintas palabras que decia Juan Martin, está magníficamente resumido cuanto su resignacion, mansedumbre y humildad se ha dicho y escrito. ¡Oh sencillez sublime de nuestra doctrina cristiana.

—Pero ¿qué respondió D. José? preguntó María Josefa.

—¿Qué respondió? *Náa.* Me volvió las espaldas, y me dejó con la cara llena de frente. Pero yo no me quedé con el entripado en el cuerpo, sino que le dije: —¡caracoles, señor, que si fuese V. sol, no habia de alumbrar á nadie!—Aquello le sonó á campana cascada; y volviéndose á mí, me dijo con aquella voz que tiene, que parece que está hueco; ¡eso es decirme que soy un avariento!—No digo que lo sea su mercé, le

respondí, sino que lo parece; y en Portugal he oido yo un refran que dice: que el que se viste de la piel de lobo, no estrañe que por lobo le tengan.

—¡Ay, y cómo se pondria! esclamó María Josefa; porque ese miserable, que es capaz de echarle llave al agua del pozo, tiene la vanidad por arrobas.

—¡Como que tiene *peso,* (1) y es un Usía muy considerable! opinó el hermano de Juan Martin.

—¡Qué habia de ser! repuso el tio Bastian. Pues qué ¿si fuera un Usía de los *legítimos*, habia de tener esos vientos, ni gastar ese *ipotismo?* Yo, que tengo mas navidades que quiero, sé quién es esa gente: son ricos de poco tiempo, levantados del polvo de la tierra. Mi padre,—¡en descanso esté su alma!—conoció en sus mocedades al abuelo de éste, que llegó aquí de la montaña, de pata mondada. Le sopló la *indina* de la fortuna, le parió la marrana, y le salieron los pegujares á veinte. Cuando éste de ahora se halló con los dineros de la herencia, se casó con un *desavio;* pero si ella era negra, las pesetas eran blancas. Entonces dijo, que como era montañés le correspondia el Don; y se lo plantó delante con el salero del mundo. Y cata ahí por qué en el pueblo le pusieron por apodo Don José Primero, como se apellidó el rey que trajeron y se volvieron á llevar en sus mochilas los franceses de antaño.

—¡Vaya! observó María Josefa; por eso dice la copla:

Tienen los montañeses
En la cabeza,
Metidos los papeles
De su nobleza.

—¿Y es verdad, tio Bastian, que todos sean nobles?

—¡Qué habia de ser! contestó el interrogado. ¡Como tú y como yo, que somos bien nacidos, y limpios de sangre, á Dios gracias! Que todos no podemos ser ricos

(1) Dinero.

y nobles; así como todos no pueden ser sanos, gordos y buenos mozos. En el mundo ha de haber de todo; y siempre ha habido pobres y ricos; y al que lo es, buen provecho le haga; y al que Dios se la dió, San Pedro se lo bendiga. Mira tú que

Hasta la leña del monte
Tiene su separacion:
Una sirve para santos,
Y otra para hacer carbon.

A los ricos y nobles *legítimos* les viene de casta. Porque han de saber VV., que los apóstoles le pidieron un dia licencia al Señor para llevarle á sus hijos, y el Señor se la concedió. Presentáronle, pues, los mayores y mas vestiditos, y el Señor los vió y los regaló; lo que sabido por los hermanillos menores y desnudos, tambien quisieron ir. Volvieron los apóstoles con esta peticion al Señor; pero el Señor les respondió:—No, quédense esos para servir á los otros.—Y ahí teneis por qué nacen unos para servir, y otros para ser servidos. Y para volver á lo que platicábamos, yo te diré por qué están los papelones de los montañeses,—y hablo de aquellos que pertenecen, como tú y yo, á los hijos desnudos de los apóstoles,—tan encalabrinados en que son nobles. Cuando fué el rey de España á aquellas montañas, creyeron aquellos rudos que seria el mas repulido saludo, y la mas remontada venera que á su Real Magestad le pudieron hacer, el echarse al suelo boca abajo; y asina lo hicieron. Al ver aquella barbaridad, el rey se echó á reir, y les dijo: *¡levantaos, galgos!* Pero ellos entendieron que les habia dicho su Real Magestad: *levantaos hidalgos*; y desde entonces están muy en sí en que lo son.

—Y así tiene ese D. José I, los humos mas remontados que un infante de España,—esclamó con rabia María Josefa,—la echa de fino, y es mas basto que un rimero de loza de Triana; mas áspero es que un níspero verde, y tan miserable, que no es capaz de dar á un infeliz por necesitado que lo vea, sino lo que dá el pobre á su perro: luz y puerta.

—¡Echa por esa boca! dijo su marido: el diablo anda haciendo leña en el tajonal, cuando tú no te estrenas. En diciendo *¡allá voy!* esa que tienes tan suelta... ¡Dios nos la depare buena! Y has de saber, que la lengua, aunque no tiene huesos, los quiebra.

—¡Caramba contigo! repuso su mujer; que estás siempre mas callado que un arencon, y no te se ofrece hablar sino para echarme los treinta dineros! ¡Pues eso faltaba! de eso no ha de haber nada. Ni tú, ni el lucero del alba me ponen á mí el pié en el pescuezo.

—Geromo, dijo el arriero al marido, á los hombres sesudos, las palabras de las mujeres por un oido les entran y por el otro les salen.

—No señor, contestó el cachazudo Geromo; no les salen, porque por ninguno les entran.

—Y tú, María Josefa, prosiguió el tio Bastian, si quieres vivir feliz y bien casada, acuérdate que dice la copla:

Unta el eje, Juanillo,
Que chilla el carro;
Que hasta los insensibles
Gastan de halagos.

—¡Vaya! dijo ella; que está V. hoy como su santo, todo lleno de saetas.

Algo tiene María Josefa contra D. José cosido por dentro; pensó el sagaz anciano.

El tio Bastian habia acertado. María Josefa se hallaba indignada contra D. José I, y para aclarar lo subsiguiente, es preciso dar al lector conocimiento de la causa de esta indignacion.

CAPITULO II.

Hacia tres meses que María Josefa,—que solia ir á ayudar á las matanzas en casa del pudiente D. José Sanchez, conocido por Don José I,—habia sido llamada por este señor á su despacho. Cerrado que hubo la

puerta, le preguntó, en vista de que estaba recien parida, que si queria hacerse cargo de la crianza de un niño, mediante la retribucion de seis duros mensuales. María Josefa, que era robusta y tambien amiga de agenciar para su casa, admitió desde luego la proposicion; y pocos dias despues, en una noche oscura, llegó un hombre á su puerta, y sin entrar, le entregó un niño, diciéndole que se llamaba Gabriel. Por tres meses le habia criado, recibiendo puntualmente su retribucion; pero pocos dias antes, al ir á Aracena á cobrar el cuarto, D. José I se habia negado á satisfacerlo, alegando que los fondos que para el efecto le habian sido entregados, se habian concluido; que no habiéndole librado otros, levantaba la mano en la crianza de ese niño, y que le llevase á la Inclusa, ó hiciese de él lo que le pareciese. Fácil es de figurarse la tempestad que levantaron estas palabras en el ánimo de María Josefa, que era viva y vehemente, y la lucha que originaron en ella su amor de nodriza á la infeliz desvalida criatura, y su carácter interesado, porque no era solo el seguir por el momento la doble crianza, (mas penosa á medida que las criaturas fuesen creciendo) sino que concluida ésta, se veia con la carga de otro hijo mas, sin retribucion alguna: esto era muy duro para pobres. Pero, por otro lado, ¿cómo abandonar al angelito que en sus faldas se sonreia? Esto no podia ni aun imaginarlo, cuanto menos hacerlo, una mujer del pueblo y del campo. A este mismo tiempo fué cuando el hijo de su cuñada murió, y María Josefa formó el proyecto que la veremos poner en planta á los postres de la comida, en que dejamos reunidos á los que actúan en este relato.

—No atino,—dijo el tio Bastian á María Josefa,—por qué te subes asina á mayores contra D. José I; porque siendo tú muy pluma, y sabiendo sacar agua de donde no hay *manantial*, tienes las voces—con achaque del niño que estás criando,—de tenerle sangrado de la mano derecha; de lo que todos se hacen cruces.

—Eso es muchísima mentira, esclamó la interpelada. ¡Vaya, que la mentira anda barata! No me ha dado en su vida ese estreñido sino lo convenido. ¡Si ese falso testimonio debia de ahogar á quien lo levanta!...

—Vamos, vamos; ¿y qué mal habria en eso? Ello es que tu hacienda vá creciendo como el arroz.

—¿Creciendo? ¡sí! así vá creciendo como rabo de mona. Lo que es, que me lo sé agenciar. Y sepa V., tio Bastian, que cuando me casé, me trajo mi marido una trampa de treinta duros, que fué lo que le costó la boda, y despues tuve yo que ayunar la boda; pero al año no le debia yo sino el alma á Dios.

—Eso fué el milagro de Mahoma, que lo pusieron al sol, y se quedó á la sombra: porque en aquel entonces vivias y comias con tu madre, y ¿quién te hizo rico? ¿quién te mantuvo el pico?

—Para que vea V.,—prosiguió María Josefa,—los muchos bienes que se me han entrado con el niño por las puertas, sepa V. que se lo quiero entregar á Estefanía, porque yo ya no lo puedo criar, que lo padece mi niña y yo, puesto que van siendo grandes, y entre los dos me van *destuetanando* (1). Le he dicho que es cosa de perjuicio quitarse la leche de *sopeton* (2); de eso murió Gertrudis la del molino. Esa conveniencia os hallais: ¿qué dices Juan?

—Por mí, repuso éste, que haga Estefanía lo que le plazca; solo quiero advertirle, que dice el refran, «que brasa trae en el seno el que cria hijo ageno.»

—¡Vaya!—esclamó María Josefa,—¿todavía te haces de pencas, cuando es un favor que os hago?

—Si se ahorcó el judío, cuenta le tuvo, murmuró entre dientes el tio Bastian.

—Pero diga V.,—preguntó á éste María Josefa,—

---

(1) *Destuetanar*, quitar el tuétano ó la sustancia.
(*N. del E.*)

(2) De súbito, repentinamente.

diga V, tio Bastian, V. que sabe mas que un soldado viejo, ¿no ha podido V. esclarecer de quién es ese niño?

—A tí te parece que sé mucho; pues hija, no te quedas tú en zagas, y asina

¿Qué quieres que te diga,
María Josefa;
qué quieres que te diga
que tú no sepas?

—Pues no lo sé; ahí verá V. Mis chinitas le he echado á D. José, como quien no quiere la cosa. Pero nada le he podido sacar á aquel marrullero, que tiene mas conchas que un galápago; y no era cosa de meterle los dedos y sacarle la raiz. Mas.... como V. parece que lloró en el vientre de su madre,—en vista de que lo que no sabe lo acierta,—estoy para mí que lo sabe, y no se quiere desabrochar.

—Pues no lo sé: ¡otra! Eso ni se sabe, ni se sabrá.

—Se engaña V., tio Bastian, porque la GRACIA DE DIOS (1) ha de salir siempre, mas que la quieran ocultar en los centros mas hondos de la tierra.

—Pues entonces,—repuso el arriero,—de nuevas no curédes, que hacerse han viejas, y saberlas hédes; y no escudriñes mas; que, ni ojo en casa, ni mano en arca. Pero tú que sabes mas que todas las culebras,—añadió el anciano con marcada intencion,—inclusa la que de contrabando se coló en el Paraiso, te lleva la trampa por no poder averiguar lo que saber quieres y tienes sarna de curiosidad.

—V. se ha empeñado hoy en atufarme, tio Bastian,—dijo María Josefa;—pero se queda V. como el que quiere y no puede: ¿está V? Porque á mí no me quema mas que la candela y el agua rás.

—¡Ay!—esclamó de repente Estefanía,—que con mi pena me se habia olvidado de llevarle la comida al tio Matías. María Josefa, dame esa cuchara.

---

(1) La verdad.

—Esta fué á coger la cuchara de boj que le pedian, y se le cayó de las manos.

—¡Vaya! esclamó, ¿quién me estará mentando?

—*Mal cogido*, contestó el tio Bastian. ¡Candela!—añadió viendo á Estefanía llenar el plato—¡candela, y lo que sacas! Por lo visto, es el tio Limosna como el buey Limon: cortito de paso, y largo de esporton.

—Señor,—contestó la escelente mujer,—no todos los dias se guisa olla en mi casa... Deje V. que el pobrecito la disfrute y se harte.

Era el tio Matías, que por apodo tenia el de Limosna, un viejo delgado, andrajoso, y medio alelado, que Juan Martin y Estefanía habian recojido por caridad en su casa, en una ocasion en que estuvo enfermo, y de aquella no habia vuelto á salir. El pobre viejo, agradecido, no sabia cómo pagar esta caridad; y para demostrar siquiera su buen deseo, se apresuraba á prestar aquellos pocos servicios que podia. El principal de estos servicios era el barrer con una escoba de rama el suelo terrizo de la casa, para que estuviese siempre limpio; y lo hacia á la perfeccion, á pesar del dicho usual de que «hasta para barrer es necesario talento.» Creémos que la esperiencia nos vá enseñando todo lo contrario; y es que para nada se necesita.

—Tome V., tio Matías,—le dijo Estefanía;—tome V. su plato; trae su carne y su morcilla.

—Dios te lo pague,—contestó el tio Matías tuteando á su benéfica protectora, usando de la incontestada prerogativa, que tiene en el campo la ancianidad sobre la juventud:—¡Dios te lo pague! que es buen pagador. Cuando des, contigo te llevas; que quien bien hace, para sí hace.

—Tio Matías,—dijo Estefanía echándose á llorar amargamente,—¡como V. no ha querido arrimarse á la mesa! cuando vivia mi niño Juan, él era quien le le traia á V. la comida.

El pobre viejo, que tenia pasion por los niños en general, y por los de sus bienhechores en particular,

cuando oyó estas palabras, se puso á llorar á lágrima viva, y esclamó:—Ellos se van, y yo me quedo por acá.

Estefanía comprendió todo el sentido que encerraban estas palabras, y contestó con estas no menos significativas:

—Tio Matías, ¡Dios sabe lo que se hace! Los duros golpes al corazon son llamadas: la larga vida es una carga que hemos de llevar con paciencia.

—¡Válgame Dios!—decia entretanto el tio Bastian á los que habian quedado en la mesa,—¡quién no conoció al tio Limosna en *tempos ilis*, tan dichero, tan zumbon! ¡Qué apagado está! ¡Parece un monton de cenizas! Juan, has hecho una obra de caridad de las buenas con haberle recogido: sin tí, ¿qué habria sido de él?

—¡Qué! tio Bastian,—repuso Juan,—sepultura y casa á nadie le falta.

—Era, prosiguió el arriero, y ha sido siempre la *presulta* (1) de la desdicha; así le pusieron por apodo Limosna. Su mujer se le murió de parto, recien llegado aquí licenciado, despues de la guerra del francés de Napoleon. El pobre crió al niño á traguitos, llevándole de puerta en puerta de todas las que estaban criando, y con miles de trabajos. Cuando fué mayor, le llevaba consigo á pedir limosna, y andaba de cortijo en hacienda; y como era tan célebre y tan cuchufletero, tenia á los trabajadores y gañanes entretenidos. Así es, que cuando llegaba, le decian que se sentase á comer con ellos, y echase como el mas anciano la bendicion; pero fué creciendo su hijo, que era mas malo que Brijan, y se iba haciendo un *costillon*, que le huia al trabajo como á la cruz el diablo. Entonces se ayuncaron todos, y le dijeron al padre, que él, como

---

(1) *La presulta* ó *improsulta*; lo que prepondera ó sobresale, el colmo. Es corrupcion del latin *Non plus ultra*.

(N. del E.)

anciano y lisiado que estaba desde la guerra del francés, hallaria siempre cuchara en su rancho; pero en cuanto á su hijo, que lo podia muy *retebien* ganar, mantenerle, era sostenerle la holgazanería; y que así, que se buscase su vida.

El padre se lo dijo al muchacho; pero éste no hizo caso. Bien dice el refran que, «el amo respetuoso hace al criado reverencioso:» y lo propio los hijos con los padres, que en este *indino* mundo, al que se hace de miel se le comen las moscas; y el tio Matías habia dejado criar alas á aquel mal pájaro, y cuando se las quiso cortar, ya no pudo. Llegaron un dia ambos á la puerta de un cortijo á la hora de comer, pero antes de presentarse, escondió el padre al hijo tras de un pajar, y entró solo.—Venga V. con Dios, tio Limosna,—le gritaron cuando le vieron los gañanes; ea, á comer, y eche V. la bendicion. Lo que hizo el chusco del viejo, diciendo al hacer la cruz: En nombre del Padre y del Espíritu-Santo.—¿Qué es eso tio Limosna? le gritaron los gañanes. ¿Está V. chocheando? ¿Y el Hijo? ¿A qué deja V. fuera al Hijo?—El tio Matías se puso entonces á gritar: «Hijo, hijo, entra; que estos caballeros te están echando de menos.» Con lo que todos se echaron á reir, y comió el hijo con ellos como de costumbre.

Pero empestillándose el padre en que trabajase su hijo, lo que hizo aquel *Pan-perdido* (1) fué huirse, sin que se haya vuelto á saber de él, ni hoja ni rama. Desde entonces el pobre tio Matías pegó la caida de una vez, como horno de carbon; porque el desdichado habia puesto sus ojos y todo su querer en aquel descastado mamanton de hijo, al que con tantos trabajos habia criado; y cuando éste podia retribuirlo, y le cumplia mantener á su padre, se echó las obligacio-

---

(1) Llámase *Pan-perdido* en Andalucía, al holgazan que no trabaja; como si dijera que es perdido el pan que come.

(N. del E.)

nes á las espaldas, y se traspuso, sin decir *chuz ni muz,* ni *cháque baraque.* Del maldito ese se puede decir—como de Paquiro Montes se ha dicho, que le parió una vaca,—que á éste le parió una serpiente.

¡Señores!

¿Quién seria la madre
Que parió á Judas?
¡Y qué hijos tan *indinos*
Paren algunas!

—Como que los que las madres paren, son hijos de los padres, observó María Josefa.

—Sí; respondió el tio Bastian, que nunca se quedaba sin recojer y devolver la pelota:

El demonio son los hombres,
Dicen todas las mujeres;
Y luego están deseando
¡Que el demonio se las lleve!

—Ea, añadió poniéndose de pié,—quédate con Dios, Juan, que ya el monte prietea, y mi casa no está á la vuelta.—Estefanía ¡salud!—dijo á ésta al encontrarse con ella cerca de la puerta; mira que soy perro viejo, y te digo que no tomes ese niño, que es un censo vitalicio. No hay mas niño bueno que el Niño Dios. Y acuérdate que mas vale un POR SI ACASO, que no un NO PENSÉ.

El jovial anciano montó en su mulo que le habia traido el tio Limosna, y se alejó cantando:

Tengo de morir cantando,
Ya que llorando nací;
Que las penas de este mundo
No son todas para mí.

Entretanto María Josefa habia ido por el niño que criaba, y le habia puesto en los brazos de Estefanía. Esta escelente mujer le tomó sollozando, pues le recordaba á su hijo, cuyos ojitos se habian cerrado para no abrirse mas; cuya boquita no buscaba ya el pecho de su madre; cuya cuna estaba vacía, y cuya ropita

yacia caida y fria sobre un sahumador de mimbre, sin que la mano cuidadosa de su madre esparciese sobre la copilla con brasas la inocente, la odorífica y popular alhucema, que habia de entibiar y perfumar las ropitas que tocaban sus tiernas carnes. ¡Todo yacía con el triste sello de lo innecesario, como melancólicos despertadores del recuerdo! Estefanía miró á su marido, que se inclinó sobre la lumbre para encender un cigarro, no queriendo influir en la determinacion que tomase su mujer. Estefanía comprendió esto; estrechó al niño en sus brazos, y se lo puso al pecho. Desde aquel instante le adoptó por hijo.

—Tú no tienes madre; yo no tengo hijo; y ambos no podemos, ni estar sin hijo yo,—á quien dé la leche de mis pechos que me rebosa, y el amor de mi corazon que me ahoga,—ni tú vivir sin brazos que te lleven, sin pechos que te nutran, y sin amor que te ampare, velando de noche á tu cabecera, sosteniéndote despierto.—¡Ven, pues, tú, á quien todos rechazan! por quien nadie... ni aun tú mismo... implora ausilio; —¡Ven, ven, tú que moririas sin saber que morias, como vives sin saber que has hallado el primer y mas dulce tesoro de la criatura, un corazon de madre!—¡Angel mio desamparado! ¡Si Dios Nuestro Señor nos hizo á todos tan desvalidos, fué porque no juzgó posible que os desamparase la mujer!

Todo esto lo sentia Estefanía, tal cual lo espresan estas palabras, y mucho mas, que las palabras frias é inertes que traza la pluma no pueden espresar; pero que se leia claro en su conmovido rostro, en sus lágrimas, en la vehemencia con que estrechaba al niño contra su pecho. Pero la buena y sencilla Estefanía no hubiera podido formular en frases su sentir. Por eso, bien ó mal, lo hace la pluma de quien os observó y estudió con amor y entusiasmo, á vosotras, mujeres del pueblo sencillo, católico, español, corazones selectos, minas de amores puros y santos, modelos de esposas y madres.

El tio Matías miró aquel grupo de amor y caridad,

apoyado en su escoba de rama, y murmuró con su cascada voz:

—¡Estefanía, bendita seas!—¡Y lo serás, que quien bien hace, para sí hace!

CAPITULO III.

¿Quién ha podido fijar su mente y su vista sin enternecimiento, en un niño recien nacido durmiendo? Tipo desvalido de la debilidad, vida que empieza á respirar el aire de esta esfera con un suspiro, á sentir su existencia con un gemido, y á moverse con un sobresalto. El aire, la luz, el roce, el ruido, todo le lastima, todo le hiere. ¿Resistirá su frágil sér?—Sí, porque Dios le preparó un asilo, un amparo, un refugio en el regazo de la mujer.

Cuando el niño se siente estrechado en sus brazos, se tranquiliza, se consuela; y percibiendo aquellos suaves cantos que, como por inspiracion, brotan de los lábios de la que la ampara, —tan dulces y tan tristes á la vez, como todo lo que es profundo y tierno,—ciérranse sus ojitos, y se duerme. Entonces aquel pequeño semblante, poco há descompuesto, se serena, y si se le sigue observando, se ven dibujarse en él diversas sensaciones: ya alza sus cejitas como asustado; ya arruga el entrecejo como contraido; y ya tornándose tranquilo, muévese su pequeña boca, y dibújase una sonrisa, que de suave llega á ser alegre, y aun á romper en risa. ¿Qué vé en su mente, él, cuyos ojos aun nada han visto? ¿Qué sueño puede reflejarse en esa inteligencia, que aun no tiene conocimiento? ¿Qué pensamientos conmueven las sensaciones de él, que despierto, aun no sabe sentir ni pensar?

Confesamos que no podemos darnos cuenta de este problema, y que cuando así hemos observado á estas inocentes criaturas en nuestros brazos, nos hemos

creido rodeados de ángeles ocultos á nuestra percepcion, pero perceptibles á la suya. Con ellos comunican cosas de otro mundo mejor, que olvidarán en éste, á medida que huyan los ángeles con la inocencia, la dulzura y la pureza, de aquella alma, que desde temprano sentirá las malas influencias de la parte material á que está unida de por la vida.—¡Adios, pobre alma desterrada en esa mísera cárcel—le dirán los ángeles;—y la cara del niño se angustia.—Nos vamos pero no nos olvides;—y el niño gime y se agita. —Sé fiel á nuestro Padre y Criador, y en breve nos reuniremos;—y el niño se serena. —Y ante su trono cantaremos felices sus alabanzas;—y el niño se sonrie cual el ángel que le consuela.

Pero si no se puede mirar sin enternecimiento al niño desamparado, tampoco se puede mirar sin conmoverse á la mujer, que llena de amor, de abnegacion, de paciencia y dulzura, le ampara en su regazo; le alimenta á sus pechos, le guarda con sus vigilias, y le sostiene con sus esmeros. ¡Y podráse concebir, que aquel ente desamparado y débil, que debe el no sucumbir á cada instante, á ese consagrado y vigilante amparo, se hará fuerte é independiente, y pueda llegar á menospreciar y hasta clavar un puñal en ese mismo seno, que le crió y le alimentó con tan sublime ternura! Ingratitud, esterminadora de santos deberes; pernicioso Simoun del corazon; madre é hija á un tiempo del egoismo y de la soberbia, que cruel abofeteas todo cuanto debias acatar con respeto y cariño, ¡cuán vergonzosamente sueles herir ese noble y amante corazon de madre, del que con la sangre de sus heridas brota el perdon! Porque solo un CORAZON DE MADRE pudo imitar sin esfuerzo el gran ejemplo dado en la Cruz.

Todo esto, aunque en embrion en su mente, distinto en su corazon, arrasaba de lágrimas los ojos del pobre tio Matías, al observar á Estefanía que, sentada en una silla baja cerca de la puerta, tenia en brazos á una criatura á la cual procuraba dormir. Era una niña

que habia tenido Estefanía hacia poco tiempo; y no Gabriel que á la sazon contaba cuatro años.

Al lado de Estefanía, en el suelo, estaba una canastilla de costura, en la que se veia la que habia soltado para tomar á su niña. Enfrente de ella, del lado de afuera de la puerta, estaba el tio Matías entretenido en hacer una pitadera de alcacér á Gabriel. Este niño, que sin ser precisamente bonito, era agraciado y precoz, fijaba su inteligente mirada, sin pestañear, en el trabajo del anciano, el que solitario en la vida, amaba á este niño con ternura, porque el entrañable amor de padre, arrancado por la ingratitud con tanta barbarie, habia dejado raices que retoñaban de por sí en aquel devastado corazon: ambos, abstraido por la faena, callaban.

La escena era doméstica y tranquila, como lo era la vida de los que allí estaban reunidos. Las gallinas, con el bienestar que les producia el calor del sol de Abril, y la reciente comida que les habia distribuido su buena ama, se entregaban al dulce *farniente,* habiendo hecho con sus patas hoyos en la tierra, en los que se estiraban y solazaban como odaliscas en sus otomanas. Las que tenian pollos, los cobijaban debajo de sus alas, como debajo de un quitasol de plumas. El gallo, apuesto y grave, custodiaba su familia con ojo vigilante, como prudente, y con erguida cabeza, como guapo. El perro dormia á pierna suelta en el santo suelo, como un soldado en tiempo de paz: la gata se habia colocado sobre la camisa que estaba haciendo Estefanía, resguardando su fino calzado y traje limpio con la conocida pulcritud de su casta, y celebrando con una *carrerita* (1), señal de paz y bienestar, el que la causaba

---

(1) Llámase *carrerita* ó *carretilla* en Andalucía, al ruido sordo ó murmullo que hacen los gatos para acariciar, ó como signo de que se hallan bien y están contentos.

(N. del E.)

la certeza de no ser molestada hasta el próximo Enero por murgas destempladas y trovadores desafinados. Hasta las golondrinas,—arquitectas, que como amigas de las casas pacíficas y felices, acudian allí en gran número—callaban su pico, por traerle ocupado con la mezcla. Así era que solo se oia el ruido que producia la olla al hervir en el hogar, y el que hacian los dientes de un mulo al tomar su pienso en el pesebre, cuando se alzó suave y clara la voz de Estefanía cantando la dulce y triste tonada de la Nana, que muchas personas, así cultas como no cultas, no pueden oir sin que involuntariamente se les llenen los ojos de lágrimas (1).

A los niños que duermen
Dios los bendice;
¡Y á las madres que velan,
Dios las asiste!

—

En los brazos te tengo,
Y considero,
¡Qué será de tí, hijo,
Si yo me muero!

—

A la ro, ro, le cantaba
La Vírgen á sus amores;
¡Dulce hijo de mi vida!
Perdona á los pecadores.

—

A la puerta del cielo
Venden zapatos....
Para los angelitos
Que van descalzos.

---

(1) Bien sabemos que lo que vamos escribiendo es ridículo, ó cuando menos *griego* para la mayor parte de gentes; pero escribimos para las que entienden este *griego*. Por dicha nuestra no faltan.

Mientras, habia concluido el tio Matías la pitadera, y se la habia dado á Gabriel, el que lleno de júbilo corrió hácia su madre pitando, y solo dejando de pitar para repetir en una especie de recitado monótono, pero alegre:

¡Pita, pita, pitadera!
Que tu madre está en la era;
Cuando se ponga amarilla
La matarán en gavilla,
La pisarán en la trilla,
Y se la comerá la borriquilla;
Si no pitas te he de matar
Con un cuchillo y una *espáa!*

—Calla, hijo, le dijo Estefanía. ¿No ves que vas á despertar á tu hermanita?

Efectivamente, la niña despertó, levantó con viveza su preciosa cara, y al ver á su hermano, se echó á reir alegremente.

—¡Qué sueño de avispa tiene este ángel de Dios! dijo su madre sentándola en sus faldas.

La niña estendia sus manecitas hácia Gabriel; éste se acercó, pasó sus brazos al rededor del cuello de la niña, y se puso á besarla.

—¡Cómo se quieren! dijo el tio Matías contemplándolos con amor; ¡parecen hermanos!

– ¿Acaso no lo son? repuso Estefanía, que estaba casi persuadida de ello.

– Dios te guarde, Estefanía, dijo el tio Bastian al presentarse en la puerta. ¿No está ahí Juan?

—No; pero poco puede tardar, contestó Estefanía: siéntese V. y descanse; que descansar sienta bien, y sabe mejor.

—¡Si vengo de prisa!... que ahí adelante van mis mulos bajo la custodia de Andrés, mi nieto, que tiene nueve años; ¡con que mira que sugeto!—Vaya, prosiguió mirando á los niños, tus muchachos medran que es un primor. ¡Preciosa es mi ahijada! ¡Dios la bendiga! tengo buena mano.

—Verdad es; pero no rezó V. bien el credo cuando se bautizó, porque no he visto criatura que pegue mas repullos.

—¡Qué *escuajo!* mujer; todos los chiquillos pegan repullos. Oye; y desde que tomaste al niño ¿no te ha dado nada D. José I?

—¡Qué habia de dar! ¡Dar! los buenos dias.... ¡si acaso!

—¡Habráse miserable mas sin vergüenza.

—Nuestros trabajillos hemos pasado. Pero hoy por hoy, ¡bendito Dios! no lo necesitamos: ¡desde que heredamos de mi tio la haza de tierra aquí, y la casa en Aracena, estamos, bendito Dios, tan descansados!

—Eso no es cuenta de aquel mal patron araña, que embarcaba la gente y se quedaba en tierra. Vaya, ahí viene Juan, me alegro de verle antes de irme.

Despues de haberse saludado, dijo el tio Bastian:

—Juan, ¡dichoso tú, que tienes tu haza realenga! No me sucede á mí así: que ahora tengo que rascarme el bolsillo, si no me he de quedar sin ella.

—¿Cómo es eso, tio Bastian?

Previene mi haza de una dehesilla de mal terruño y se halla al pié del cerro de la villa, que pertenecia á los frailes y al marqués del Zabuco. En vista de la proximidad al pueblo, se la pidieron allá en tiempos remotos, los pobres, y se la concedieron, tanto el marqués como los frailes: fué pues repartida en suertes, y gravada cada cual con un tributillo corto. Empezaron los pobres á desmontarla y á meterla en labor; y pasaron años y mas años, y en su vida de Dios pudieron pagar los pobres su tributo. Pero ni los marqueses ni los frailes los apremiaron nunca jamás, porque bien veian que los desdichados no podian pagar; y por aquel entonces, Juan, habia caridad en el mundo (1).

Mas cuando vino la nueva ley, à los pobres les qui-

---

(1) Histórico.

taron sus bienes, y los vendieron poco menos que por nada. D. José I, ese maldito perro de presa, que no hay hueso en que no clave el diente, compró lo de los frailes; y como por esa nueva ley, que tampoco quiere mayorazgos, estos se reparten, tocóle el caudal de Aracena á un pan-perdido, con quien se habia casado una hija del marqués, el que ha hecho de la herencia trizas y gabanes, y D. José compró lo que aquí tenia, por un pedazo de pan. Ahora ese pirata, sin progimidad y sin conciencia, les pide á los infelices, no solo censos corrientes, sino los atrasados que tocaba pagar á sus padres y abuelos; porque dice ese retejudío que la posesion responde. Juan, parte el corazon de ver lo desesperados que están todos esos infelices, llorando por su cara abajo, por los padres y por el marqués. Casi todos han hecho renuncia de la posesion; esa posesion en que ellos, sus padres y sus abuelos echaron toda su sangre y su calor en desmontar y beneficiar la tierra que nada valia. ¡Vamos, si eso clama al cielo! ¡Ahí se encuentra ese caribe, ese ladron de D. José, con su mayorazgo esprimido de la sangre de los pobres! ¡Habrá pícaro! ¡Si las maldiciones secaran, habia de estar mas seco que un esparto!—¡Para eso que ha ido á Madrid, y ha vuelto!...—¿lo podrás creer, Juan?—¡ha vuelto con una cruz!...

—¿Y cómo se ha merecido ese perdulario una venera? preguntó Juan Martin asombrado.

—¡Toma! esa pregunta te la contestará Miguel Cañas, que ha servido, ha visto mundo, y es un coplero de los récios, que le ha sacado de su métro un trovo á la venera de D. José, muy bien enversado, que principia asina:

Cuando á oscuras andaban las naciones,
Colgábanse á las cruces los ladrones;
Desde que se encendieron tantas luces,
A los ladrones cuélganse las cruces. (1)

---

(1) Todo es histórico y real, menos el nombre del pueblo.

—Verdad es, repuso Juan riéndose, que á otros con menos motivo se les ha apretado la garganta. Pues ¿y los cuadros del convento que tiene en su casa? ¿Y las alhajas de la VÍRGEN, que á la vista de todos se pone su mujer? Hay un refran mas viejo que el mundo, que pega ahora á D. José como dos velas á un altar: «La cruz en el pecho, y el diablo en los hechos,» tio Bastian.

—Mire V., prosiguió el arriero, ¡lo que ha hecho ese sin-entrañas con la herencia de su suegro! Entre él y el escribano han cargado con todo, y al pobre del cuñado, ese GILARIO simplon le dejaron como su madre le parió (1).

—¿Pues qué, siendo su padre de los ricos del pueblo, nada le quedó al infeliz? preguntó compadecida Estefanía.

—Un peso diario, contestó el tio Bastian.

—Vaya, repuso Estefanía; pues con eso puede vivir descansado.

—¡Si lo dice porque era jorobado!... dijo riéndose Juan Martin.

—Así sucedió, prosiguió el arriero, que estando ya en las últimas, mandó que le trajesen allí á su cuñado y al escribano, y cuando llegaron, los hizo sentar á cada uno á una de las cabeceras de su cama, y no les dijo nada. Viendo que seguia callado, le preguntó D. José, ¿que con qué fin les habia llamado y hecho sentar á cada lado de su cabecera?—Porque he querido morir como el SEÑOR, entre dos ladrones, contestó el cuñado.

—¡Juan, hasta mas ver; Estefanía, adios; tio Ma-

---

(1) *Hilar*, ó mas bien gilar (que así se pronuncia aspirando la h) significa en Andalucía en lenguaje familiar, *hacer ó decir tonterías;* y así se dice: «*fulano está gilando,*» y sus derivados «*es un gilon, es un gilario.*»

(N. del E.)

tías, salud!—Y el ágil anciano se alejó á pasos precipitados.

CAPITULO IV.

Muchos años pasaron. Los habitantes de la aldea de Valdeflores no los contaban. Pero á nosotros nos precisa hacerlo: habian corrido ó volado suavemente diez y siete.

—Gabriel era á la sazon un hombre. Su figura no llamaba la atencion, pero en la espresion de su rostro habia una fuerza serena, una decision tranquila, y una dignidad bondadosa, que á un tiempo atraian el cariño y el interés, y paraban las demasías y la burla. Así era que, desde su primera juventud, habia acallado las chanzas impertinentes y humillantes que sobre su nacimiento se habian permitido sus compañeros de juegos, con esa inconcebible crueldad de la niñez, que probaria que ese instinto feroz, la crueldad, es natural al hombre, y por lo tanto debe ser tan necesario como obligatorio en los padres combatirlo, desde que asoma la razon en sus hijos.

El epiteto de *cunero*, que en su niñez habia oido Gabriel aplicarle, habia marchitado aquella alma elevada y noble naturaleza, que se habian desarrollado bajo el influjo de las severas é inflexibles leyes, que sobre la honra tiene el pueblo de España; leyes formadas de mancomun por sus sentimientos religiosos é inspiraciones caballerescas. El influjo de estas leyes debia de ser tanto mas fuerte y marcado en Gabriel, cuanto que habia sido criado por Juan Martin, que era el mas perfecto tipo de los hombres honrados y altivos, que no saben transigir en tales materias.

Habíase por la tanto ingertado en el carácter de Gabriel un tinte de tristeza, que le habia hecho concentrado y reflexivo. Pero estas mismas reflexiones, uni-

das al temple delicado y vigoroso de su alma, habian hecho que se apagase con toda ella á la escelente familia, que por caridad y amor le daban, á manos y corazon llenos, lo que los padres que le habian engendrado le negaron. Era tal el respeto que sentia por el honrado Juan Martin; tal el cariño que profesaba á la angelical mujer que le habia criado á sus pechos, que habria querido levantar al uno un altar, y colocar á la otra en un relicario sobre su corazon. Solo un sentimiento habia en aquella alma, que pudiese competir en tierno y profundo, con los que por sus padres adoptivos sentia; y era su entrañable amor por Ana, la preciosa, la suave, la amante hija de Estefanía, que era en todo un traslado de su madre. Esta, por su parte, amaba á Gabriel con todo el abandono y ternura propias de su selecta naturaleza femenina.

Juan Martin y Estefanía habian dado cima á las pruebas de amor que prodigaban á Gabriel, vendiendo la casa que habian heredado en el pueblo, para librarle de ser soldado. Ahora solo les quedaba la haza, en la que trabajaba Gabriel con tal afan y constancia, cuai si desease pagar con el sudor de su frente los sacrificios de que era objeto.

Estefanía, cuya tranquila existencia y cuyo bondadoso carácter la sustraian á fuertes emociones y agitadas inquietudes, conservaba su belleza: la espresion plácida, dulce y cándida de su rostro, reemplazaba con ventaja la frescura de los primeros años. Juan Martin era de aquellos hombres sostenidos y formales, que entran temprano en la buena senda, adelantan en ella, y no la abandonan jamás. Al tio Matías no se le conocian mayormente los años que habian pasado, por causa de lo que se habian anticipado en estampar en él el sello de la vejez, sus pasados dolores y miserias.

El pobre perro es el que habia muerto de viejo, muy llorado por Gabriel y Ana, que le enterraron. Pero la gata vivia, conservando en su avanzada edad pretensiones de jóven y de buena moza, autorizada á

ello la Sara-gata, por dar todos los años á luz un vástago de su perseguida raza.

Así se deslizaba tranquila y sin sentir la vida de aquellos entes buenos y felices. No obstante, habia algunos dias en que la suave armonía y la apacible calma que reinaba en aquella morada, habia sido turbada en el ánimo de Estefanía. Era el caso, que su cuñada María Josefa, que pertenecia á la gran falange de los *Métome en todo,* á la no menos numerosa de los *Yo me lo sé*, y al gremio de *consejeros intrusos,* habia asegurado á Estefanía que Ana y Gabriel se querian; que el principio de ese noviaje se perdia de vista, y que su fin á la misma estaba.

—Y bien,—dijo la buena Estefanía,—¿qué mal habria en eso?

María Josefa la miró asombrada, y repuso:

—Oye, Estefanía, ¿tú estás tonta, ó te estás burlando? ¿O será, mujer, que no tengas vergüenza en la cara? ¡Ya, ya, es bonito Juan Martin para dejar casar á su hija con un cunero! ¡Vamos! ¡Si tú te vas haciendo de las que echó Santa Ana del carro abajo!..

—Pero, María Josefa, repuso Estefanía; Gabriel que es tan bueno, que es un trabajador de los de punta, que mantuvo solo la casa cuando mi Juan tuvo el tabardillo, ¿le habíamos de repeler, ni hacer un feo? Eso seria una mala partida.

—Me voy por no oirte, esclamó impaciente María Josefa. Pues qué, ¿no habeis hecho bastante por él? Lo que hace él, no es mas que su obligacion. Pero... ¡gracia fuera! Pero tú, Estefanía, eres como la tia Sinforosa, que de puro buena no servia para maldita la cosa.

La pobre madre habia quedado tan triste y tan desazonada despues de esta entrevista, que pasaba muchas noches sin dormir, y rogando á Dios con toda su alma trajese las cosas á buen fin; conociendo que ella por su parte no podia hacer otra cosa que esto. A su marido nada quiso decirle: su genio suave, tolerante y tímido, le hacia preferir el ACASO á la INICIATIVA.

Era víspera de San Juan, cuando por la mañana entró el tio Bastian en casa de Estefanía que estaba sola.

—¡Dios te bendiga hija! dijo al entrar.

—Y á V. tambien tio Bastian. ¿Cómo le vá á V?

—He estado con un dolor en este brazo, primo hermano del que tuve antaño en esta pierna. Este reloj me ha quedado de cuando las cuartanas; correitos son de la *cierta*, pero venga cuando le dé gana, que yo no la temo con un padre á la cabecera. Mas en fin, á la presente, estoy tan crespo. ¿Y la niña?

—Ha ido con las demás muchachas de la aldea á cojer flores al campo.

En la sierra de Aracena van las jóvenes la víspera de San Juan á cojer flores al campo; las cuecen, y con ese cocimiento se lavan, no para estar *bonitas*, sino para estar *sanas* todo el año. Si en esta graciosa preocupacion tradicional del pueblo, hay en buscar las muchachas la salud en las flores, menos gracia y coquetería que en buscar en ellas la hermosura, hay incontestablemente mas inocencia y buen sentido, que son muy preferibles.

—¿Y Juan Martin? tornó á preguntar el arriero.

—En la haza con Gabriel.

—Lo que traigo que decir, dijo el tio Bastian, queria decirlo á los dos. Pero como me voy haciendo cada dia mas viejo, y no me sucede como al pan,—que mientras mas viejo mas duro,—no puedo andar tan á estricote como *denantes*. Así, como no quiero hacer dos veces la caminata, te lo diré á tí para que se lo digas á él. Mi venida ha sido solo *y resolutamente*, para pediros para mi nieto Andrés á vuestra hija Ana. Mi Andrés es un muchacho de los mejores; ya lo sabeis. Está en su casa descansadito; no tiene que servir á amo, ni estar atenido á un jornal. Cuando yo estire las patas,—que ya se me van poniendo tiesas,—lo mio ha de ser para él. Con que es mi Andrés un novio pintiparado: y yo vengo á pedir su novia con mucho gusto mio, por ser

hija tuya, Estefanía, que siempre se ha dicho: «Escoje la tela por la trama, y la hija por la madre.»

Al oir al tio Bastian, Estefanía se quedó sobresaltada, tal como el marino á quien el barómetro ha anunciado la tormenta, al verla surgir en el horizonte. Se aturrulló, y solo pudo contestar:

—Pero tio Bastian, ¿V. sabe si los muchachos se quieren?

—¿Pues no te he dicho que si vengo, es porque Andrés mismo me lo ha *indilgado*?

—Pero.... ¿y Ana?

—Cuando el otro me pone en camino á pedirla, sabrá que puedo hacerlo sin miedo de un nó.

—¡Ay, tio Bastian! me temo que lo lleve.

—¡Pues qué! ¿Está Ana enamorada?

—Sospecho que sea así; no tengo fijeza; pero tengo unas *vísperas* (1), que mas de cuatro noches me han puesto tranquillas en los ojos.

—Pero.... ¿de quién?

—Me creo que sea de Gabriel.

—¡María Santísima! ¿de un cunero?

—Si le quiere, tio Bastian, ¿qué le importa que lo sea? ¿Acaso no habria yo querido á mi Juan si lo hubiese sido?

—Y tu padre no te hubiera dejado casar, para que no tuvieses hijo sin abuelo, y lo mismo hará Juan Martin, ¿estás?

—¡Esa es mi pena! esclamó la buena y cariñosa madre de ambos.

—¡Tu pena!.... dijo con impaciencia el tio Bastian.

—Pero.... señor ¿quiere V. que vea llorar á mis hijos, y no llore con ellos? ¡Un muchacho como Gabriel, que no le hay en el mundo!

—En cuanto á eso, no hay que decir, repuso el ar-

---

(1) *Tener vísperas,* es como estar *abispado,* tener anuncios ó sospechas de alguna cosa.

(N. del E.)

riero, Gabriel no es ningun *Viva la Vírgen* (1); es un muchacho sentado y cabal y bien guiado por Juan. Tiene *esas voces* (2). Así, para todo será bueno menos para marido de tu hija, mujer; que en tratándose de emparentar, lo que se mira es la sangre, y la sangre no basta que sea buena, es preciso que sea limpia. Eso ya te lo dirá Juan que *tiene punto*.

Pero VV. las mujeres, ¡por vida del demonio malo! no tienen el punto sino en las calcetas. Mire V. que apadrinar esos amores.... eso no lo hace sino tú, que eres capaz de dejar que te coman el trigo, por no decirle ¡ose! á las gallinas.

—Tio Bastian, yo no he apadrinado nada....

Estefanía calló, porque en este instante apareció en la puerta Ana, recogido con una mano el delantal que lleno de flores traia. Nada mas lindo podia verse. La naturaleza habia derramado á manos llenas sus perfecciones sobre aquella sencilla aldeana; y no se sabia qué admirar mas, si su elegante talle, si sus finas y perfectas perfecciones, ó si la gracia infantil y modesta, que acompañaba á cada uno de sus movimientos.

La incomodidad del tio Bastian se disipó al ver aquella linda aparicion, como la niebla al aparecer el sol.

—¡Hola! dijo al acercarse Ana; ¡vaya que no es Paterna mal lugarejo! ¡Canario! que si como tengo tres duros y medio (3) tuviese uno, no se habia de llevar este esporton de rosas, sino el hijo de mi padre.

Tienes aire de Princesa,
Cintura de catalana,

---

(1) Ser un *Viva-la-Vírgen* es un hombre amigo de divertirse, al que no se le dá cuidado de nada.

(2) *Esa fama.*

(3) Setenta años. Sabido es que así los cuenta, por la moneda, la gente del pueblo.

El andar de aragonesa....
Y la cara de serrana.

—¡Vaya! ¿se está V. burlando de esta pobre aldeana? dijo sonriéndose Ana.

—¡Sí, aldeana! aldeana es la gallina y la come el de Sevilla. Y sábete, que no soy yo el solo á quien no parece esa personita costal de paja; pues que he venido á pedirte: y el que me envia es un buen novio; de los pocos, completo. Es un hombre como son los hombres; fornido como un canto, alto como una torre, con fuerzas para dar y que le quede. Lo que es bonito de cara no es, pero.... ¿qué le hace? ¡El buey y el hombre.... que asombre!

La pobre Ana al oir aquellas palabras, habia perdido los bellos colores, en que al entrar competia su rostro con las rosas que traia. La dulce sonrisa habia huido de sus lábios, como habian huido las mariposas de las flores; y sus hermosos ojos miraban con angustia á su madre.

—Tio Bastian, dijo ésta: lo que V. está haciendo, no está en uso, ni es regular. A las mocitas no se les sacan los colores á la cara tratando de boda con ellas: eso se hace con los padres no mas. ¿No vé V. que la está mortificando?

—¡Oiga! ¿Con que se les mortifica á las mocitas cuando se les brinda un novio? Vaya, Estefanía, que vas para vieja, y te se han olvidado tus quince. Con que.... vamos al caso, Ana,—prosiguió el anciano sin dejarse intimidar,—¿tú quieres á mi Andrés, que es de buena procedencia y de buen tronco; que te ha de dar mas estimacion que una encomienda, y que te ha de tener en tu casa mas descansada que Santa en nicho?

Ana bajó sus ojos, que se iban llenando de lágrimas.

—Tio Bastian, ¿á qué la tiene V. como á San Lorenzo, sobre brazas? ¿No está V. viendo claro que no quiere? dijo la buena madre acudiendo al socorro de su hija.

—Mujer, repuso el arriero, ¿quieres dejar á cada cual que maneje sus negocios como Dios le dé á entender? Antes de decirle á mi nieto: *Perdona por Dios*, quiero procurar el poder decirle: *Tome V., hermano.* —Ana, ¿qué me dices?

Ana permaneció callada, inerte, sin resistencia ni queja, como las suaves y frescas hijas de Abril en su delantal.

—No pensara—dijo entonces el arriero con la aspereza masculina, y con el coraje que, como abuelo de Andrés y amigo de Juan Martin, se apoderó de él,—que una hija de buenos padres, criada con punto y recato, diera á sus padres, bien nacidos, la pesadumbre de verla despreciar á uno de los muchachos principalitos del pueblo, y la afrenta de quererse casar con un cunero. Esto es, casquivana, no tener vergüenza en cara.

Al oir estas acerbas y duras razones, Ana,—que habiendo sido siempre una criatura suave, dócil y bien inclinada, y que teniendo una madre que era una malva, y un padre bondadoso, no habia oido nunca una palabra áspera ni una reconvencion,—se sintió tan cruelmente herida y avergonzada, que soltó el delantal para taparse con ambas manos la cara, y cayó sollozando sobre una silla, rodeada de las flores, que cayeron tambien, como heridas por el mismo dolor de ella.

—¡Tio Bastian! ¡tio Bastian!—esclamó Estefanía corriendo hácia su hija, cuya cabeza rodeó de sus brazos—¿qué derecho tiene V. para reconvenir á la hija de mis entrañas y partirle el corazon? ¿Es eso razon? ¿es eso partida de amigo? ¡Decir al alma mia que no tiene vergüenza! ¡Y eso.... porque no se quiere casar con su nieto de V!.... ¡Menos vergüenza y menos conciencia habria en casarse con él, porque tiene un pasar, sin quererle; dejando á otro á quien quiere, porque es un infeliz! ¡Ana, mi vida, mi corazon, no llores.... no llores, no!

La buena Estefanía mezclaba sus lágrimas con las

de su hija, que habia escondido la cabeza en el seno de su madre.

El tio Bastian que tenia un hermoso corazon, y queria con estremo á la madre y á la hija, se quedó cortado, pesaroso, contrito al ver el efecto que habia causado su ruda y brusca salida en la delicada índole femenina; y así se apresuró á decir confuso y arrepentido:

—¡Vaya, no llores niña! ¡Por *mor* (1) de María Santísima, no llores! lo que dije fué un decir. Esto es, que está á cargo de la lengua y no de la voluntad: así no me lo tomes á censo. Haz lo que te dé gana, y hazte los cargos que no he dicho *náa*. Así como así, mujer, no puedo negar que mi Andrés es bastante montuno; que tiene mas cabeza que un apóstol, y en ella falta de meollo. Y á la vista está; porque si ese bárbaro no estaba convenido contigo, ¿á qué me manda á mí por lana, para volver trasquilado? Así... haces bien en decirle al rudo ese, que pase de largo. ¡No llores, ea! Ya esto se acabó. ¿Qué mas quieres que haga? ¿quieres que le hable á tu padre para que te deje casar con Gabriel, que es un muchacho de punta? ¡Eso no hay que decir, donde él llegue, llegarán otros: mas allà, ninguno!

Pues mira; por estas que me afeito,—prosiguió el arriero tocándose la barba,—que quien le vá á hablar á tu padre para que os caseis, soy yo, con esta boca, á quien Dios quitó las herramientas, pero á la que le ha quedado la predicadora espedita. Ea, ea; Ana, Estefanía, hagamos las paces; y váyase el demonio al infierno. Vamos, ahijada, levanta ese palmito, que en buenas manos queda tu negocio; pues si el tio Bastian no hace entrar á tu padre por el aro, no lo logra ni el Preste Juan de las Indias. Quien lo pagará todo es ese *retrebuto* de Andrés; además de las calabazas,

---

(1) *Por mor,* por amor, por causa de....

esa verde España, para que se refresque, ha de llevar para el pelo (1), para que se acuerde.

CAPITULO V.

El tio Bastian, con el celo de los arrepentidos, apenas vió llegar á Juan Martin, se preparó á cumplir lo prometido. Estefanía se habia llevado á su acongojada hija al dormitorio; Gabriel fué á cuidar de las mulas. Así Juan Martin y el arriero quedaron solos, entablándose desde luego entre ellos el siguiente coloquio:

—Juan, ¿no te parece que harías bien en casar á tus muchachos?

—¿Qué está V. diciendo, tio Bastian?

—Lo dicho.

—Si de sobra sabe V. que no puede ser, ¿á que me viene V. con esa salida de pié de banco?

—Pero.... ¿por qué no quieres? Las cosas.... claras como la luz del dia. ¿Tú tienes otra cosa que oponer á Gabriel, que es una prenda, sinó que es inclusero?

—¡Como quien no dice nada!

—Por lo visto.... como tú eres un usía muy considerable.... buscas un yerno que tenga la sangre muy calificada; quieres un Don Don. Pues mira, hijo, en los tiempos que corren, en teniendo uno camisa limpia y viente reales en la faltriquera, se tiene un Don como una casa: traslado á D. José I. Hoy por hoy andan los *diterios* (2) tirados y puestos en rifa. Una Excelencia

---

(1) *Llevar para el pelo,* significa un sosquin en la nuca, por llevar antiguamente los hombres el pelo largo, hecho trenza y recogido con una cinta en forma de coleta.

(2) *Diterios, dicterios.* Está usado por *dictados,* ó tratamientos.

vale dos cuartos; un Usía dos maravedises. No hay mas *diterio legítimo* que el de Tio, porque ese ni se otorga ni se compra, sino que lo dan las canas.

—Tio Bastian, no se ande V. por las ramas, á la raiz. De sobra sabe V. que Juan Martin no es un necio, y que está en que zapato de vaca no gasta liston. Pero tambien sabe V. que ha heredado buena sangre, y que no quiere chacalacas en ella, ni tilde en su estirpe. Y por mas que se eche V. fuera de la derechura, no me ha de negar en mis barbas que tengo razon.

—¡Toma! razon la tiene todo el mundo: es lo mas cuotidiano que hay, y anda tirada por el suelo. Pero lo que te digo, Juan, es que Gabriel es completo; y que otro yerno mas aparente no has de hallar.

—Tio Bastian, para emparentar no se mira solo á la rama; se mira al tronco.

—Vamos, hombre, déjate de troncos; que los muchachos están encariñados, ¿y eso ya quién lo remedia?

—¿Está V. soñando despierto? ¿qué habian de estar?

—Te digo que sí, y ya ves que lo que vas á hacer si te empestillas en no dejarlos casar, es hacerlos á ellos *desdichaos*, ó empujarlos á que te desobedezcan.

—¿Usted sabe lo que está diciendo, tio Bastian? Ni Gabriel ni Ana dejarán nunca de acatar la patria potestad, ni saldrán de su crianza, que es «que á Dios en el cielo, al Rey en la tierra y al padre en su casa, todos los acatan.»

—Hombre, eso es un puro *ispotismo,* que no está en uso en el siglo civilizado, dijo el viejo marrullero.

—Déjeme V. de razones *curruscantes,* tio Bastian, repuso Juan Martin. A D. José I con eso, que entiende esa parla.

—Hombre, Juan.... mira que si te aferras en no querer, como que Gabriel es tan bien quisto, te lo van á motejar; y has de estar como el conejo, al que todos le tiran.

—Tio Bastian, al que ara derecho, nadie le echa el arado atrás; y con mis huesos no ha andado nunca nadie, ni andará, sino el sepulturero despues de muerto yo. ¿Está V?

—¡Cascaritas! ¡Juan! que estás con tu limpieza de sangre y con tu fama mas remontado que los castillejos (1). ¿Quién ha de saber andando el tiempo si conoció ó nó á su padre el abuelo de tus biznietos?

—Papeles cantan.—Sin fé de bautismo, ¿qué es un hombre? ¿me querrá V. decir?—De peor condicion que los animales de buena casta, que llevan en el hierro su procedencia.

—Con qué.... hombre de Dios ¿te encalabrinas en hacer desgraciados á esos dos muchachos? Mira, Juan, que el que quiere caballo sin tacha, ese anda á pata.

—He dicho á V. que no quiero calañas ni manchas en la sangre, que limpia me dieron mis padres; ni quiero ponerle rótulo.

—¿Con qué no he dicho nada? ¿y eres tú como mi montera, que mientra mas paño le echaba, mas chica era? Tú no sueles tener esas terriblezas, Juan. Anda, hombre, avente al gusto de todos y á la razon, y dí que sí.

—Tio Bastian,—dijo en voz grave y decidida Juan, —ni Jesus pasó de la cruz, ni yo de aquí.

—Pues con Dios, Juan. Vaya,—dijo levantándose con impaciencia el arriero,—que estás con mas fueros que un Grande, y con mas prosopopeya que un Marqués. Me dejais ir con las orejas hechas tejas; tienes palabra de Rey, y te crees que no puede marrar, como el Santo Padre, y no eres ni Rey ni Papa, sino un testarudo, cortado por la misma tijera que mi mulo *Zancarron*.

El arriero se fué en seguida en busca de Estefanía, á la que dijo:

—Ni en París de Francia que le mandase á hacer,

---

(1) Las estrellas.

sacaban un padrino de casamiento mas aparente ni mas lucido que yo. Me voy con las alforjas llenas de nóes. Ana, tu padre está mas retumbante que un tiro, y mas sín apelacion que un consejo de guerra. Y eso que ni Daoiz y Velarde armaron mas baterías que yo; pero Juan Martin en diciendo una cosa, echa raices. Y.... si al fin y la postre lleva razon.... ¿qué haces? Agachar las orejas, y santas pascuas! Por mí.... me voy como se fué Barrido, desairado y deslucido.

Ana se echó á llorar.

—¡Cómo ha de ser, hija! le dijo el tio Bastian. Nunca vienen las cosas como á nosotros nos parece que deberian venir: las cosas están en este mundo como cuernos en un costal; todos de punta.

Bien notó Gabriel que Ana habia llorado.

Era esto un acontecimiento tan nuevo y estraño en la tranquila y pacífica existencia de aquella familia, que sintió su corazon oprimirse por un angustioso presentimiento. No obstante, cuando recojida la casa, se deslizó silencioso y sin ser sentido, para hablar por la ventana con su querida, ésta, con la delicadeza del amor,—que siente mas los golpes que recibe el corazon de la persona á quien ama, que los que recibe el suyo propio,—nada de lo ocurrido respecto á él le dijo; y encubrió sus lágrimas y abatimiento con la peticion que habia hecho el tio Bastian, la que debiendo ser de gusto de sus padres, no podria menos de traerle sinsabores.

—Tus padres querrán que tú te cases con Andrés, —dijo Gabriel.

—Y yo no querré; y ellos lo sentirán. Hé ahí mi pena, contestó ella.

—¡Y conmigo no te han de dejar casar!

—Caso que eso fuese, aguardaríamos.

—¿Y qué conseguiríamos con eso? dijo desconsolado Gabriel.

—No separarnos, respondió Ana.

—¿Y he de ser yo la cruz en que enclaves tu vida, y padezcas?

—Padecer por amor no es padecer, Gabriel.

—¡Pobre Ana mia!

—No es pobre la flor, si no se la aparta del sol que le dá vida.

—Ana, y si hacen por alejarte de este pobre, forastero y estraño en todas partes, ¿lo conseguirán al fin ó me serás constante?

—Lo seré mientras lo seas tú; y cuando tú no lo seas, seguiré yo siéndolo. El quererte es mi corriente, ¿y no has visto á los arroyos seguir la suya, ó entre la hojarasca, ó á la faz del sol? ¿rotroceden nunca?—Y tú, Gabriel.... ¿será firme tu querer?

—Ana, la mar tiene sus mareas; la luna sus menguantes; el viento sus mudanzas. Pero bien sabes que el amor mio es profundo como el mar, pero sin sus mareas; triste y alto como la luna, pero sin sus menguantes; puro y perseverante como el viento, pero sin sus mudanzas.

Lo ocurrido desazonó hondamente á Gabriel, y le hizo reflexionar sobre su posicion, circustancias y deberes. Nunca en sus amores con Ana,—amores que habian precedido en ambos á la reflexion,—se le habia presentado la aterradora idea de que un pobre cunero ni podia ni debia ofrecerse por yerno á los padres de Ana. Un agudo remordimiento penetró en su alma al considerar cuán imprudentemente habia unido la suerte de Ana á la suya, con ese amor retenido, pero profundo y esclusivo, que llena toda la juventud de la gente de campo: existencias que son en esta bella época de la vida, harto mas sentidas, poéticas y llenas,—aunque á veces se entreteja en ellas la miseria,—que lo son las existencias de la juventud en los cultos y corrompidos centros de poblacion y en una esfera superior. En estos suele el jóven empezar por constituir el amor en vicio, ahuyentando así ese estético y dulce sentimiento de su corazon. Por lo cual se burla de él despues si es puro, y acaba por convertirle en una especulacion, segregando del matrimonio al amor, hermoso Cirineo que concedió la Providencia á

la pesada cruz del renovador de las generaciones. Así, pues, cuando le usurpan en el corazon del hombre su puesto el degradante vicio, el miserable escepticismo y la espantosa codicia, huye el amor si es que no queda preso y aislado en el corazon de alguna infeliz víctima de los antedichos vicios.

El resultado de las penosas reflexiones de Gabriel, fué el deseo de averiguar su orígen, y sabiendo que solo D. José Sanchez era el que podia ilustrarle en este asunto, determinó ir á hablarle personalmente para ver si él, siendo el interesado, podria inspirar mas interés y merecer mas confianza á aquel duro é indiferente árbitro de su suerte, que los que lo habian intentado anteriormente.

Al domingo siguiente, pues, se vistió su mejor ropa, y marchó á Aracena.

Pero antes de introducir á Gabriel con la persona que tan ansioso iba á buscar, es preciso dar alguna idea de ella. Personas ó entes por su estilo abundan tanto hoy en España, que nada diremos que no sepa el lector. ¿Pero qué hay de nuevo en el mundo? En el mundo material la aplicacion del vapor; en lo moral, ¿no vemos acaso siempre y en todas cosas los mismos frailes con otros hábitos, y que todo gira siempre en el mismo círculo vicioso?

Don José Sanchez,—cuya poco interesante biografía nos ha contado el tio Bastian,—era un hombre vulgar, física y moralmente. Pertenecia á la abundante clase que llamaremos *murciélagos,* esto es, unos séres feísimos, que no son pájaros porque no tienen plumas, ni cuadrúpedos porque desdeñan pisar la santa tierra—en que se criaron ratones,—porque se han agenciado unas alas con las que no saben elevarse. Así es que vuelan torpemente entre el dia y la noche, entre dos esferas, la aérea y la terrestre. Pertenecen á la conocida especie de aquellos mamíferos, que segun afirman los que han visitado ciertos distritos de la América, absorben la sangre á los infelices á quienes hallan dormidos, mientras los abanican suavemente

con sus alas, para que no despierten hasta que ellos concluyan de saciarse. Lo único en que se diferencian estas dos castas de murciélagos, la humana y la animal, es que la última, mas advertida, conociendo que no sabe cantar, no lo intenta; mientras la otra lo ensaya con la mas estrepitosa osadía. Sus discordantes graznidos se oyen desde los mas elevados y públicos parajes, hasta los mas bajos y oscuros. No faltan alguno que otro ganso, pato ó pavo que se estasian al oirlos; pero los pájaros huyen de ellos á altas esferas.

Don José Sanchez era el mas ramatado tipo de la especie. Su estructura era cuadrada y tosca; tenia los pies y las espaldas tan anchos, que hacian aparecer á su dueño apto y preparado para recibir un fardo, como lo está un pedestal para recibir una estátua. Tenia la cara ancha, basta, morena y sin sonrisas, como esculpida de piedra tosca y sin pulir. Su pelo espeso y cortado muy corto, era entrecano y se mantenia derecho como las crines de un cepillo de limpia botas. Tenia las cejas tan largas y pobladas, que parecian cejas postizas de Carnaval, y escondidos detrás de ellas unos ojos sin brillo ni espresion, que no lanzaban por cierto las famosas miradas *penetrantes como dardos,* de que nosotros los novelistas tenemos un gran repuesto para obsequiar con ellas á nuestros héroes, lo mismo á Agamenon el grande que á Agamenon el chiquitito. Las miradas de D. José eran duras, cuando las queria hacer arrogantes; escudriñadoras, cuando las queria hacer penetrantes, y con sus superiores eran tímidas, cuando las queria hacer amables.

Don José,—que no tenia siquiera el nervio que necesita el orgullo para ostentarse,—lucia el suyo en groserías espotáneas y en durezas premeditadas. Conociendo cuanto le faltaba para estar á la altura de otras notabilidades *murciélagas* mas civilizadas, que sabian cojer la cuchara y el tenedor, y dejar pasar en su casa las visitas primero al entrar en una habitacion, era delante de éstas humilde, y envolvíase este Júpiter en las nubes de la modestia, y casi tomaba el

aire, la voz, la mirada y la aptitud de un pordiosero. Pero se desquitaba de este eclipse de su preponderancia, y de esta sordina puesta á su hablar recio y decidido con sus inferiores, á los que trataba con una altanería tan irritante, y con un menosprecio tan cruel, como jamás los ha conocido el pueblo en España hasta la era presente; por lo cual repite llorando: ¡no hay peor cuña que la de la misma madera!

CAPITULO VI.

Don José estaba en su despacho, al que encaminaron á Gabriel que preguntó por el amo. Cuando entró, vió cerca de la puerta á un infeliz hortolano viejo, que estaba diciendo al Nabab lugareño:

—Señor Alcalde, yo y los demás que tenemos las huertas al rededor de aquel cielo de agua de Vallellano, nos vemos perdidos.

—¿Qué embeleco es ese? ¿Y qué, puedo yo remediarlo? respondió el Bondo Caní.

—Señor, como lindan las huertas con la dehesa de Propios, que antes era bien comun, y que ahora ha dispuesto su mercé que se arriende, y la tiene tomada su hijo de V., y los demás señoritos del pueblo para cazar la han acotado, y ni aportan por allá, ni dejan á alma viviente tirar en ella un tiro, se ha encastado de tal suerte de conejos, que se comen cuanto sembramos, lo que nos tiene á todos perdidos y desesperados.

—Acabe V. pronto: ¿qué es lo que quiere? Al grano.

—Señor, ¿es regular que despues de echar en la tierra nuestro trabajo, nuestro sudor, nuestra sangre, no sirva mas que para engordarles los conejos á los señoritos? ¿Es razon que perezcan tantos infelices con mujer é hijos, para que se diviertan los que han arrendado esos bienes de Propios, que son de todos los

vecinos? Disponga su mercé, por María Santísima, señor Alcalde, que los señoritos cacen ó dejen cazar.

—¡Pues eso faltaba! contestó con altivez D. José. Si os incomodan los conejos, añadió volviendo las espaldas al infeliz, ponerles bozales.

El pobre hortolano salió desesperado y esclamando:

—Cuando esa dehesa era baldía, era una bendicion para el pueblo; ahora que la han acotado, es su perdicion.

D. José, que acababa de arrendar el ramo de aguardiente, estaba muy embebido en sus cálculos, y se habia vuelto á sentar en su mesa de escribir, habia cogido la pluma, y hacia cuentas sin notar la presencia de Gabriel.

—Señor D. José, dijo éste.

—¡Otra te pego! esclamó sin levantar la cabeza la *digna autoridad*. ¡Lijero!... que no tengo tiempo que perder. Pero para que no lo pierdas tú, te advierto, por si no lo sabes, que no presto y que no recibo, ni hago empeños. Ahora, al caso.

Gabriel tenia esa índole española fuerte y digna, á la cual no intimida la impertinencia, y ese mismo entendimiento indígena, claro y perspicaz, que no perturban ni embrollan razones, y menos sinrazones.

—Señor, contestó con calma; cuanto antes me despacheis, tanto antes dejaré de molestaros. Hace poco mas de viente y dos años que entregasteis á María Josofa Moreno un niño para que le criase.

—¿Y bien, vienes á decirme que se ha muerto? Poco se pierde.

Gabriel sintió un movimiento de ira y de indignacion que sofocó, y contestó en su mismo tono anterior:

—No señor, no ha muerto, puesto que aquel niño se ha hecho un hombre y está en vuestra presencia.

Don José, que hasta entonces habia tenido la espalda casi vuelta á su interlocutor, se volvió hácia él, haciendo fuerza con la mano del lado opuesto en el brazo del sillon para mantenerse en esa postura, y le

fijó por algunos momentos sin desplegar los lábios, sin darle alguna señal de interés. Luego, volviendo á tomar su posicion anterior, cogió la pluma para escribir, y dijo con la mayor indiferencia:

—¿Y bien?

—Vengo, repuso Gabriel, á que me digais quiénes son mis padres.

—No lo sé, contestó sin detenerse D. José; movido á ello por su primor y natural impulso hostil á decir lo que podia humillar ó herir.

El siglo diez y nueve ha producido con las luces,—quizás serán sus pavesas,—una gran falange de *agresivos,* que lo son unos por naturaleza, otros por cálculo, otros por costumbre, otros por entrar en la falange, que ciertamente tiene la enorme ventaja, la inmensa prerogativa, la gran distincion de estar *á la derniere,* y todo el *chic* moderno.

La sociedad de la Paz,—á la que de todo corazon y alma perteneceríamos, si no se nos hubiese venido, cada vez que lo hemos intentado, inoportunísimamente á la memoria, la fábula del lobo que coronado de oliva, persuadió al can á que se quitase la carlanca,—esa sociedad, tan rica en discursos, pero ¡ay! tan pobre en resultado! deberia ofrecer un premio allá en el pais de los inventos, al que inventase una magnesia no efervecente, buena para combatir la bilis moral que engendra el humor agresivo; y administrase ella misma una buena toma. Como D. José no habia combatido con nada esa su propension, dijo al cabo de un rato al ver que él dolorosamente sorprendido Gabriel callaba.

—Ya te he dicho que no lo sé: ¿qué mas quieres?

—¿Qué no lo sabeis? preguntó con desconsuelo Gabriel.

—Que no lo sé, tornó á afirmar el rico, duro y cruel, que lo sabia, pero que se mantuvo ahora por reflexion en la criminal mentira que habia salido espontáneamente de sus lábios.

—¡Si no se puede esto creer! murmuró abatido Gabriel, y añadió en voz recia:

—¿No habeis pagado los primeros meses de mi crianza? Algun interés teniais, pues, por mí.

—Maldito el que tenia, repuso el puerco espin. Te echaron á mi puerta; te recogí; pagué por compasion cuatro meses de tu crianza: me parece que bastante he hecho. Si hallases muchos que te mantuviesen cuatro meses, te podias pasar buena vida. Por mi, no pienso hacer mas.

—Yo no vengo, repuso Gabriel con altivez, á pediros que me mantengais. Tengo brazos, señor; y al que Dios le dá brazos, le dispensa del sonrojo de la limosna. Vengo á pediros lo que poco os cuesta, y lo que en conciencia debeis darme; lo que por las llagas de Cristo os suplico que me deis, algun norte sobre mi procedencia.

—Nadie puede dar lo que no tiene,—repuso con impaciencia D. José;—¡y basta! Ahora, déjame en paz; que no soy lino para que me machaquen. Y tomando aire magistral y tono sentencioso, añadió moral y filosóficamente:

—Sé hombre probo y moral, celoso defensor de los sagrados derechos del pueblo y de la libertad de la patria, y serás hijo de tus obras, que es la procedencia que honra. Por lo demás, que seas hijo del verdugo ó de un duque, de un mulato ó de un grande, del amor ó del matrimonio, ¡psss! ¿qué mas dá?

Gabriel, al oir aquello, que le pareció una burla cruel, se salió sin saludar, despidiendo la puerta con tal violencia, que se cerró con estrépito.

—¡El demonio del irreverente patan! dijo D. José I, cambiando su tono declamatorio en un grotesco gruñido.

Gabriel se volvió desesperado á su casa. Miles de proyectos é ideas atravesaron su mente.

—¡No! se decia; no seré yo la serpiente, que á los bienhechores generosos que en su seno la abrigaron, les dé mal pago. Me iré; sentaré plaza de soldado,

pues en esa carrera tiene el hombre valiente dos perspectivas; la una, que no le arredra; la otra que le anima.

Mas estas resoluciones caian deshechas ante el agudo dolor de Ana, cuando se las participaba.

—¡Gabriel! esclamaba: ¡mira lo que haces, porque tu ida abre mi sepultura! Quieres irte, ¡y dirás que me quieres! No ama mucho quien lo dice, sino quien mucho padece.

—Ana, respondia Gabriel, una cosa tiene el hombre mas imperiosa y mas fuerte que el amor, y es su deber.

—Tu deber es mirar por mí, respondia Ana.

En esta lucha terrible pasó Gabriel algunos dias, disculpando siempre á su padre cuando Ana se quejaba de su rigor, hasta caer en el mas profundo abatimiento, viéndose en aquel amargo piélago, sin esperanzas en ninguno de sus horizontes.

No hay duda en que las pasiones de ánimo se ven con mucha mas frecuencia entre las gentes incultas que entre las cultas. Sea porque su sentir, aunque menos alambicado, es mas profundo, ó sea porque carecen de la gran panacea que brinda á las cultas el mundo con sus distracciones: ello es, que los estragos de ese mal se ven mas á menudo patentes en el pueblo. *¡Se le murió el corazon!* esta frase usual profetiza ó esplica muchas veces el final de un individuo herido por un gran dolor. La penetrante vista del amor de madre hacia que siguiese Estefanía con angustia los progresos, cada dia mayores, del cáncer que devoraba el corazon de su hijo Gabriel.

Un dia festivo estaba la familia reunida á la mesa: Gabriel no había comido, Estefanía fijaba sus ojos llenos de lágrimas, en el pálido semblante de su hijo, cuando repentina y precipitadamente se apareció el Sr. D. José Sanchez, con un fiero perro de avanzada, y un humilde alguacil de retaguardia.

—¿Su mercé por acá? dijo con serenidad Juan Martin saliéndole al encuentro.

—¿Dónde está?... dónde está ese niño que yo dí á criar?—repuso resoplando D. José;—¿dónde está ese hijo de mi mejor amigo?

Juan Martin se hizo á un lado, para que D. José pudiese ver á Gabriel, que apoyado en uno de los postes que sostenian el techo, miraba con resentido desdén al afanoso señor. Habia una dignidad tan fria en el noble á la par que modesto talante de Gabriel, que abatió en gran parte la petulancia del amigo de su padre.

—¡Hijo! esclamó,—empezando por echar de parlamentaria á la disculpa,—el secreto que requerian las circunstancias me ha obligado á estrañar me de tí para desvanecer toda sospecha. Pero cree que nunca te he perdido de vista. He sentido siempre por tí el mas vivo interés, que he debido disimular....

—¡Y lo habeis conseguido!—dijo interrumpiéndole y con amarga sonrisa Gabriel.—Mas.... decid, decid presto, ¿quién es mi padre? ¿quién es mi madre?

—Tu padre es,—repuso D. José,—el general Labrador, que acaba de anunciarme su reciente llegada á Madrid.

—¿Y mi madre, dónde está?

—La pobre murió al darte á luz. Tu padre, que se vió comprometido en una causa política, tuvo que huir de Sevilla; su mujer, que era una esposa cumplida, no quiso separarse de su marido. Al pasar por aquí en su huida á Portugal, les di albergue en una hacienda, en la que naciste tú, y murió tu madre. No pudiendo llevarte consigo, te dejó tu padre en mi poder, y me dijo velase sobre tí, lo que he hecho con el debido disimulo. No he vuelto ha saber de él, y le creia muerto, cuando su carta ha venido á llenarme de júbilo, y me permite ya levantar el velo que corria la prudencia. Me encarga en su carta que te envie inmediatamente á su lado. Parte, pues, para que vea he cumplido con su encargo, y que, gracias á mí puede gloriarse de tener un hijo bien medrado.

Difícil seria analizar el efecto que causó, y las sen-

saciones que produjo la revelacion precedente en las personas allí reunidas. Era una mezcla de contento y de dolor, ambos vehementes y profundos.

—¡Se irá! ¡le pierdo! pero.... ¡anda con Dios! ¡El será feliz!... Esto pensaba el hombre honrado, el buen padre Juan Martin, sin cuidarse en lo mas mínimo del mérito que en la crianza de Gabriel le usurpaba el que tan vil le habia abandonado cuando le tuvo por huérfano.

—¡Se irá! ¡se irá! ¡hijo de mi alma! Y á la pobre hija mia.... ¡la olvidará!—¿A qué, Dios mio, tanta grandeza? Estas ideas pasaban como negras sombras despues del primer alborozo, ante los ojos llenos de lágrimas de Estefanía.

El tio Matías cayó sobre un escaño gimiendo: ¡tambien se vá!

En cuanto á Ana, se habia retirado á su dormitorio. Solo una cosa habia comprendido y definido bien aquel amante corazon, y le habia partido como un cuchillo: ¡era esta la ausencia! Habíase dejado caer sobre su lecho, y repetia entre sollozos, ¡se vá! ¡se vá!

Unicamente Gabriel, aunque contenido y digno, era completamente feliz.

—Gabriel, hijo,—prosiguió D. José,—todo está arreglado y listo para que salgas mañana. Dirás á tu padre que he puesto á tu disposicion mis propias bestias y mis propios criados. Ya ves que no cabe mas celo y puntualidad en cumplir sus órdenes. ¿No es así?

Gabriel hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

Un rato despues, viendo que todos se hallaban demasiado conmovidos para poderse ocupar debidamente de su importante persona, D. José tocó retirada, precedido de su feroz perro, y seguido de su humilde alguacil.

Era efectivamente el padre de Gabriel, antiguo

amigo de D. José. Databa esta amistad de fechorías cometidas de mancomun en su primera juventud.

Cuando el primero, comprometido en Sevilla en un alzamiento contra la autoridad, tuvo que huir á Portugal, se refugió á una hacienda de D. José, como ya se ha referido, en la que nació su hijo y murió su mujer. El fugitivo dejó el niño en poder y encargado á su amigo, con una pequeña suma de que pudo desprenderse, y prosiguió precipitadamente su fuga. Consumido el depósito que habia quedado en manos del rico avaro, éste, como hemos visto, abandonó completamente al hijo de su amigo, el que como espósito desconocido, fué amparado por la infinita caridad del pobre y cristiano pueblo. Mas de veinte años habian pasado; y en el corazon de D. José,—hecho fosil por su codicia,—no quedaba ni aun recuerdo de aquel amigo de su juventud, cuando recibió una carta suya fechada en Madrid, á donde acababa de llegar sin ser llamado. Este amigo, que se preciaba de orador, pero no de pendolista, no se detenia en hacer su monografía; y lo que únicamente le participaba era que, habiéndose *distinguido* en uno de los puntos de la desconcertada América, hija de esta pobre España, —¡tan mal afortunada en cuanto á hijos, como en cuanto á padres!—volvia de aquel campo de asilo y tierra de promision de aventureros, con una faja de General,—que era problemática,—y un capitalito en los Bancos,—que era positivo.—Añadia que esperaba que hubiese cuidado de la educacion de su hijo, en el que esperaba hallar un buen patriota, y acababa por encargarle que se lo enviase inmediatamente.

Ya hemos visto como D. José I cumplió su cometido con celo y puntualidad, teniendo muy presente que su amistad con un General que estaba en la córte, podria serle ventajosa, y era de hecho un quilate mas á su fachenda. D. José entrevió en los rosados horizontes de sus esperanzas, una placa. Hay demasiadas cruces, pensaba: el Gobierno las distribuye con demasiada generosidad. La placa no es tan comun, sen-

tará bien sobre mi gaban, que ha hecho el mismo sastre que hizo los suyos á Z***Senador, Z*** título, Z*** millonario. ¡Placa, placa! suena bien, y sabe mejor.

Con estos alegres pensamientos divertia el señor Sanchez su viaje de vuelta, mientas se habia hecho tarde, y que sin él notarlo, habia salido la luna, tan enemiga del ruido que aturde, y del brillo que deslumbra; y se deslizaba en un cielo sereno cual ella, alumbrando cuanto alcanzaba su luz, tan suave y melancólicamente como lo hace el recuerdo con lo pasado.

La puerta de la casa de Juan Martin se abrió, y Gabriel se deslizó por ella, y vino á llamar quedamente á la ventana de Ana. La ventana fué abierta sin ruido; pero antes que pudiera distinguir Gabriel el rostro de la que amaba, anunciáronle unos profundos sollozos su presencia.

—No llores Ana, le dijo, que me partes el alma.

—¡No he de llorar, si te vas! respondió ella.

—¿Y no me habria ido si hubiese sido soldado?

—Sí; ¡pero hubieses vuelto!

—¿Y puedes creer que no vuelva Ana?

—Me lo temo.

—¿Y por qué, dí, por qué?

—Porque tu padre no ha de querer dejarte volver.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque es un señor muy encopetado.

—Si eso fuese,—que no lo creo,—aguardaríamos.

—No me pesa; con tal que vuelvas.

—Volveré.

—¿Cuándo?

—Si no fuese antes, cuando sea mayor de edad.

Ana meneó su linda cabeza, y dijo con renovado llanto:

—¡De aquí á allá me habrás olvidado!

—¿Lo dices de veras? preguntó asombrado Gabriel.

—Sí, porque dice la copla:

—¿Te quieres poner conmigo?
Le dijo el Tiempo al Querer,
—Esa soberbia que tienes....
¡Yo te la castigaré!

—Pues, si en la firmeza de mi amor no crees,—dijo sentido Gabriel,—¿creerás en mi palabra, Ana?

—Pues.... ¡júrame que no me olvidarás!

—¿No te basta mi palabra honrada?

—No; quiero á Dios por fiador, y á los ángeles por testigos.

—Te juro, pues,—dijo Gabriel con voz conmovida, —no amar ni tener otra mujer que tú. Te lo juro por los pechos que á ambos nos criaron.... por la sangre que por nosotros vertió Jesus. Y si no cumpliere lo jurado, puede el Angel de mi guarda, que me escucha, volverme la espalda, y alejarse de mí para siempre.—¿Y en tu amor, Ana, puedo confiar?

—¡Que si puedes!... como en la fé que ha de salvarte, Gabriel! Y si te olvidara, pueda la VÍRGEN DE LOS DOLORES, cuando yo la llame Madre, decirme «no te conozco.»

CAPITULO VII.

Al dia siguiente partió Gabriel.

—Adios, hijo, le dijo Juan Martin al despedirle. No he podido enseñarte como se hace en las poblaciones mayores, donde hay libros y maestros á manias, y estudios hondos y finos. Pero te he dado la crianza cristiana que me dió mi padre, y esto basta para hacerle á uno hombre de bien, que es lo que hay que ser en este mundo: que estos pueden llevar siempre el sombrero echado hácia detrás, y no hácia la cara. No vayas á creer, hijo, lo que dicen hoy mas de cuatro desalmados—que han aprendido sus doctrinas del inglés y del francés,—que son viejas las cosas de

Dios. Nunca lo son; que Dios nace á cada hora; no come ni bebe, pero juzga lo que vé. Además, siempre se ha dicho que la mentira no gana por niña, ni la verdad pierde por vieja. De tejas abajo, hijo, sírvate de norte, que cuando la honra y el provecho no quepan en un saco, te atengas á la honra, pues provecho sin honra es para villanos, y dos cosas ha de tener el hombre para ser cabal, la honra sin tilde, y la conciencia sin gusanos. En cuanto á las de tejas arriba, no necesitas mas para tenerlas siempre presentes, que el recordar que

Desde el dia que nacemos
A la muerte caminamos;
No hay cosa que mas se olvide,
Ni que mas cierta tengamos (1).

Esta es mi enseñanza, Gabriel. No te se olvide, que aunque sencilla, es hija de los mandamientos de Dios, y quizás mas legítima que las enseñanzas remontadas de los doctores. Porque los doctores condenaron al Justo, mientras que los sencillos pastores fueron los primeros en aclamarle: y rústicos pescadores fueron sus primeros discípulos, que no fué sobre ningun soberbio. *Yo me lo sé* sobre quien fundó el Señor su Santa Iglesia, sino sobre un pecador arrepentido, que adquirió esta dicha, no por su saber, sino por su amor y sus lágrimas.

—Padre,—contestó Gabriel,—dos cosas están en mi corazon con la vida, y solo con ella se me arrancarán; la enseñanza, que con palabras y hechos me habeis inculcado, y el amor y agradecimiento que os tengo. Y ahora, padre, que tengo nombre y procedencia, puedo pediros otro favor, que pondrá el colmo á los demás, y es que me otorgueis á Ana por mujer.

—Hijo, respondió Juan Martin, no lo quisiera ni

---

(1) ¡Qué sentencias!—Y todas al pié de la letra, son oidas y copiadas de la gente del pueblo.

consiento en que quedeis ligados. Vas á entrar en una vida nueva, y dentro de poco todas las cosas te aparecerán de otra manera que te aparecen ahora.

—Y porque algunas cosas mudan, ¿sospechais, padre, que puedo mudar yo?

—No digo eso; sino que puedes, sin mudar tu sentir, mudar tu pensar; y conocerás entonces que Ana seria forastera por esas alturas, y yo no quiero que á mi hija se la mire en parte ninguna por cima del hombro, cuando puede estar en su casa donde se la mira como una princesa. Porque, hijo mio, el pájaro solo vive y canta á gusto en el valle en que tiene su nido.

—Esò pienso yo,—esclamó con alma y corazon Gabriel,—y el pájaro soy yo, y mi valle Valdeflores; por eso volveré. ¡Así Dios me dé vida, y á V. salud!

—Pongamos lo venidero en manos de Dios, Gabriel, repuso Juan Martin. El tiempo lo hace todo sin ayuda de nadie; y vuelvas ó no, acompañárate siempre la bendicion de tu padre del campo.

Gabriel llegó á Madrid. La entrevista del padre y del hijo no fué ni podia ser cordial; y dejó—como es de suponer—muy poco satisfechos al uno del otro. Gabriel espuso á su padre respetuosamente sus deseos de volver al campo, en el que se habia criado, y al que estaba tan apegado. Su padre se echó á reir, é insistiendo Gabriel, el general le mandó callar con toda la autoridad de padre y el despotismo mas acerbo. Porque.... ¡aun hay despotismo! esa gran espada de Damócles, la echaron por tierra, la rompieron, y han hecho con ella un sin número de puñales que se han repartido.

—¡Lo que vá de mi padre Juan Martin á este señor!

Este pensamiento que surgió despues de esta entrevista, en su mente Gabriel intentó—pero en vano—desecharlo. A cada nueva entrevista se volvia á presentar mas claro y mas fundado.

—¡Qué estúpido, que incivilizado é ignorante zopenco! pensaba el padre con mal humor,—¡qué

crianza le ha dado ese necio lugareño de Sanchez! Es necesario acepillar á este alcornoque.

De resultas de estas reflexiones, el General puso á su hijo maestros y le hizo seguir con asiduidad sus cursos de enseñanza, los que le aprovecharon admirablemente á Gabriel, que siendo poco espansivo, muy amigo del retiro y fiel al recuerdo, y teniendo además entendimiento despejado, buena memoria y un carácter reflexivo, se entregó con tanto placer como provecho al estudio.

Agregábase á esto que Gabriel halló poco cariño en su padre; poco atractivo y menos seduccion en el círculo masculino en el que le introdujo el General; poco arrastre en los placeres de bulla y ruido. Gabriel, en fin,—que se hallaba contrapuesto en ideas, en gustos, en costumbres y en maneras á cuanto le rodeaba, —se concentró y concretó á sus estudios, que ocupaban su actividad, halagaban su gusto y llenaban su vida. Y esto era una suerte; porque la ociosidad en el círculo estraño y repulsivo en que se hallaba, le hubiese hecho su posicion intolerable. De todo esto resultó el que viviese Gabriel en un sistema de aislamiento y retencion que dejaron al hijo y al padre completamente estraño el uno al otro.

—Es un *cena á oscuras,*—decia el General á sus compinches, hablando de su hijo,—es apocado; no tiene nervio. Sus maestros dicen que tiene una gran inteligencia, mucha memoria, fácil comprension y deseos de instruirse. Pero.... lleva este amor al saber hasta el punto de haberle vuelto metido en sí y en sus libros; y así se ha hecho apático, que es lo peor que puede ser un hijo del siglo XIX. Pierdo las esperanzas de que nunca llegue á ser un miembro lucido, exaltado y entusiasta de nuestra regeneracion política, moral, social, nacional, religiosa, doctrinal, legislativa, vocal é industrial. Mas espero que será un miembro útil *á demoler,*—esta, si no difícil, utilísima ciencia del dia,—y que ayudará con la pluma—que es el gran ariete de esta empresa—á derribar el vetusto, el

podrido, el caduco edificio social, que levantaron la barbarie y la ignorancia con sus hijos la supersticion y el despotismo, que no ha producido mas fruto que la Inquisicion que nos perdió, y las órdenes religiosas que nos fastidiaron....

Este *speech* (esta perorata) fué muy aplaudida.

—¡Qué conocimientos históricos! decia un banderillero de fama....

—¡Qué brillante ilustracion! decia un pretendiente á la direccion de un nuevo periódico, que con el programa de *el pueblo es Dios, y nosotras su profeta*, iba á fundar el General.

Este solia gratificar á su hijo con otros discursos semejantes, en los que una porcion de palabras huecas y retumbantes, hacian brillantísimo papel. El General creia con eso corroborar y abundar en las mismas ideas que los libros; pues hijo de Belona, que no habia tenido ninguna clase de educacion,—y bien podia haberse quemado la piel con pólvora enemiga en los campos de batalla y sobre las brechas; pero sobre los libros no se habia nunca ni chamuscado las pestañas, —creia que todos los libros impresos decian lo mismo que aquellos que servian de texto á sus correligionarios. La candidez que se creia perdida, no lo está; ha mudado de domicilio. No se halla ya en los corazones, pero se encuentra todavía en muchas inteligencias. ¡Qué lástima! ¡antes estaba mejor alojada!

De esta suerte habian pasado cerca de tres años. Al cabo de los cuales dijo una mañana el General á su hijo:

—Espero que no pensarás prolongar esa tu ociosa vida de filósofo huraño y de sábio mudo. Ni creas que consentiré en que sigas vejetando,—como has hecho hasta ahora,—á mis espensas.

Gabriel, que como hemos dicho ya, tenia por rasgo distintivo de su carácter, la serenidad, contestó á su padre:

—Señor, justamente habia pensado hablaros sobre ese mismo asunto. Acabo de cumplir veinte y cinco

años, y creo que puedo ya pensar por mí mismo en mi futura suerte.

—¡Pensar por tí mismo!—esclamó asombrado el antagonista del despotismo, por cuya boca se diseñó una sonrisa fria y despreciativa:—vamos á ver, vamos á ver, lo que ha pensado su señoría en las elevadas cumbres de su intelecto abstraido.

—Recordareis, contestó con calma Gabriel, que cuando llegué aquí os dije, que no queria *salir de mi crianza*, palabra que significa mucho, y muchas cosas, allí donde se usa. Os dije que deseaba mantenerme en aquella tranquila esfera en que me crié, puesto que ni pensaba entonces—que nada sabia;—ni pienso ahora—que algo sé,—que desmerezca el hombre por pobre, ni la existencia por oscura.

No quisisteis otorgarme mi deseo; quisisteis que cultivase mi entendimiento y adquiriese algun saber, creyendo que esto cambiaria mis ideas, y trocaria mis inclinaciones. Os obedecí como á padre y señor. Mas despues de instruirme por los libros, y despues de conocer por la práctica este mundo bullicioso, activo, lleno de malas pasiones, devorado por la ambicion, os repita con toda la calma de la reflexion aquellas mismas palabras que al llegar os dije, puesto que cuando he visto aquí me es antipático; y porque estoy persuadido de que los hombres que actúan en esta esfera, que llamais culta, valen menos que los que he visto no salir de su oscuro y pacífico círculo de accion. Y esto lo confirma un poeta pensador aleman, que dice que los hombres vulgares necesitan hacerse valer por lo que *hacen*, mientras á los superiores les basta para eso lo que SON (1).

El General permaneció tan sorprendido al oir á su hijo, que no atinó á contestarle; y Gabriel, viendo que su padre callaba, prosiguió:

---

(1) SCHILLER.

—Pero, señor, yo no quisiera disgustaros: ¿acaso teniais otras intenciones sobre mí?

—¡Pues no las habia de tener, y suponértelas á tí! esclamó sofocado el General. ¿Habia de pensar que siguieses en tus bajas inclinaciones y ruines miras, despues de tenerte cerca de tres años á mi lado, poniéndote al nivel de los de tu clase y de tu posicion social, procurando realzar tus vulgares tendencias é ilustrar tu entendimiento? ¡Y ahora te veo tan menguado, tan rústico y tan oscuro, como el dia que llegaste! ¿ De qué, pues, te han servido tus libros y tus estudios?

—De mucho, señor, de mucho. Me han servido para confirmar, para robustecer y para afirmar la instintiva persuasion que tenia, de que las bases y fuentes de una vida buena y feliz son una alma honrada, una crianza cristiana y una existencia natural y sencilla: que la reunion de estas tres cosas son la práctica de las elocuentes frases morales y de las aspiraciones estéticas de los poetas, que en vuestro mundo solo son teorías. Lo que he aprendido me ha probado además que la mas alta cultura enseña lo que nosotros aprendemos desde que nos enseñan el catecismo, y es: *que hay mas verdadera altura y grandeza en cumplir un deber, aun en el caso de que este sea modesto y humilde, que no en esa filosofía de lacayos, que consiste en negar y menospreciar todo cuanto realza realmente la naturaleza humana* (1).

—Pero ... ¿qué estás ahí hablando de deberes? esclamó su padre. ¿Cuáles son para tí esos deberes?

—Señor, sabeis que hay una mujer que crió á sus pechos con cariño de madre al huérfano abandonado; sabeis que hay un hombre que amparó, enseñó, é hizo hombre al desvalido cunero, y que vendió la mitad de su corta hacienda para libertarle de ser soldado. Pero lo que no sabeis es, que tienen una hija única,

(1) Julio Sandeau.

que es la dulce hermana de mi desamparada infancia.

—¿Y la has seducido? dijo sonriendo el General.

—Solo vos, padre, puede suponerme infame, sin que acalle yo como me compete, semejante injuria. La amo, y le he dado palabra de casamiento.

—¡Palabra de chiquillo, que lleva el viento! Si no la has seducido, no veo en cuanto has dicho nada que se roce, ni de cerca ni de lejos, con la campanada voz DEBERES.

—Pues yo os diré, señor, lo que por deberes entiendo yo; yo, que soy criado y enseñado por el pueblo, no el pueblo ilustrado por vosotros, sino por el honrado y noble pueblo campesino, el que, como el marino entre la agitada mar y el cielo, vive únicamente entre éste y la florida tierra que nos lleva, nos nutre, nos alegra, y que finados, nos oculta de profanaciones en su seno. Soy parte de ese pueblo pacífico, que atraviesa la vida sin mas piloto que su cura, sin mas enseñanza que la ley de Dios, y sin mas interpretaciones filosóficas, materialistas, ni epicureistas de nuestro tránsito por este mundo, que la sencilla y cristiana definicion de su objeto: VIVIR PARA TRABAJAR; MORIR PARA DESCANSAR.

—Basta, basta de música celestial, dijo el General.

—¡Bien habeis definido lo que diciendo estaba! repuso Gabriel. Las santas creencias de nuestros abuelos han llegado á serlo para sus nietos. Pero era preciso traer estos antecedentes para deciros que estas bases cristianas, y con su espíritu caballeresco ha formado el pueblo español un código de honor, cuyas leyes son para mí imprescindibles deberes.

—¿Y cómo se espresa ese código, amalgama de conciencia y honor de esos *caballeros de la mesa redonda,* al que con tono magistral te refieres para encanallarte? preguntó con amargo escarnio el General.

—Señor, respondió Gabriel con voz firme, ese código hace que al que es ingrato, se le llame *mal nacido.*

—El General alzó los hombros.

—Ese código,—prosiguió en el mismo tono Gabriel,—al que jura, y falta á lo jurado, le imprime con un hierro candente en la frente la palabra *¡infame!*

—El General hizo un gesto de impaciencia.

—Hace, señor,—continuó Gabriel;—que al que engaña á una mujer, y la deja despues de darle palabra de casamiento, se le señale con el dedo, y se le nombre *¡villano!*

El General quiso hablar; pero Gabriel continuó interrumpiéndole.

—Y allá, señor, ese código de honor y conciencia castiga á aquellos que abandonan en su ancianidad al padre y la madre que los criaron, y los castiga haciendo que se *les escupa á la cara.*

Al decir estas últimas palabras, el General se puso encendido cual si le oprimiese un dogal la garganta; en seguida palideció, y fijó una terrible é investigadora mirada en su hijo. Así permanecieron ambos algunos instantes; el General, trémulo, azorado como la culpa; Gabriel sereno y tranquilo como la inocencia.

Mas al ver la modesta calma de Gabriel, el General fué refrenando su agitacion, y murmuró entre dientes:—¡no, no lo sabe! ¿quién habria podido decírselo?—Levantándose en seguida, dijo con arrogancia y altivez á su hijo:

—Ante todo, ¿tú has considerado á lo que te espones, si te declaras en abierta rebelion conmigo?

—Acometa quien quiera; que el fuerte espera, respondió Gabriel á la inmotivada amenaza de su padre.

—¿Tú te crees fuerte, pobre loco?

—Sí señor, contestó Gabriel; que dice un poeta inglés (1), que una buena conciencia vale por

---

(1) Shakespeare.

mil espadas.—Pero, señor:—añadió con no desmentida moderacion;—¿por qué me amenazais? ¿En qué puedo haberos ofendido? ¿No me habeis enseñado que el hombre es libre? ¿No me habeis repetido mil veces que á nada debe someterse ni doblegarse, sin esceptuar las obligaciones religiosas, que llamais supersticiones; ni las civiles, que llamais despotismo; ni las de la sociedad, que llamais trabas y antiguallas? ¿Y solo para poder yo, á mi mayor edad, disponer modestamente de mi suerte, y para cumplir con lo que miro como dulces deberes de conciencia y de corazon, no la tendria, yo, señor? ¿Por qué?

—Porque no quiero que desciendas de la elevada clase á que perteneces.

—¿No decís que todos somos iguales?

—Es que aunque iguales, su mérito puede encumbrar al que lo tiene.

—Para esto es preciso dos cosas, señor; el mérito de que carezco, y la voluntad que no tengo, pues á esas ásperas alturas en que se pelea con toda clase de armas, prefiero la pacífica amenidad de mi valle.

—¡Vuelta á esas poéticas chocheces, á esos desbarros románticos!—dijo el General golpeando el suelo con el pié;—hablemos en razon. Tengo tratado tu casamiento con la hija de Sanchez, que no solo le dará un buen dote, si se le puede lograr una placa por la que ansía, sino que proporcionará á su yerno la mayoría de los votos de su distrito en X..... para diputado.

—¡Diputado, señor! ¿Os burlais?

—¿Por qué no lo serías? Fray Modesto está esclaustrado.

—¡Pues qué! ¿tengo yo la posicion, el caudal, el saber, la esperiencia, la popularidad, la suposicion necesarias para representar al pais en un congreso, y dar á éste la respetabilidad y prestigio que debe tener?

—Déjate de teorías y retumbancias; sé hombre positivo, y si no, se han de burlar de tí. En siendo di-

putado, ya será fácil grangearte un buen destino. *Oposicion sin tregua* hasta que logres: esta es la táctica. O logras, ó tienes con eso tu hoja de servicios para una mudanza de ministerio. Espero que te sonreirá ese brillante porvenir.

—No señor, dijo con voz firme y serena Gabriel.

—¡Cómo, menguado! ¿Todo esto rechazarias? ¿Y por qué?

—Ya que mis anteriores razones parece que no os hacen fuerza, os diré un mote que en tiempos remotos adoptó una ilustre casa francesa (1), y del que yo, aunque humilde, he constituido el regulador de mi vida, por lo cual cumpliré tan decididamente lo que conceptuo mis deberes, como resueltamente rehuso cuanto me habeis propuesto. Esta regla es MAS HONOR QUE HONORES.

—¡Sal de mi presencia, y que en la vida vuelva á verte! gritó el General soltando los diques á su comprimida ira.

—¿Me concedereis al menos, antes de separarnos, vuestro beneplácito, sin el que nada quisiera llevar á cabo? dijo respetuosamente Gabriel.

—Te prometo, respondió saliendo del cuarto el General, mi mas entero olvido, mi mas completo desden, y el cuidar de que ni un cuarto de cuanto poseo llegue nunca á tus indignas manos.

Gabriel hizo desde luego los preparativos de su partida, vendió los dijes de lujo que le habian sido indispensables para alternar en el círculo de la moda, así como toda su ropa, armas y cuanto poseia. Y su producto, unido con lo que le habia suministrado su padre para las llamadas necesidades de la juventud elegante y exigencias de buen tono, (esto es, cigarros habanos, perfumes, objetos de tocador y otros accesorios de la vida frívola) que habia ahorrado, le produjo una cantidad crecida, que le dejó sorprendido. Algu-

---

(1) De Grignan.

nas reflexiones despertó esta crecida suma en su mente.

Cierto es, pensó, que el lujo, si no lo hubiese creado la vanidad, lo hubiera creado la humanidad. Ella hubiese abierto esa gran salida á las arcas de los ricos y de los poderosos, para derramar su contenido sobre las artes, la industria, el comercio y la clase artesana. ¡Pero que á este lujo, prerogativa de los opulentos, pretendan todos! ¡Que se quiera hacer de él una ventaja comun, logrando que sea una máscara que oculte la pobreza, la insignificancia, la nulidad, la ordinariez! ¡Que para lograr vestir este disfraz, sacrifique á veces un hombre su probidad, una mujer su honra! ¡Y que entonces encubra este vano oropel el esqueleto de la miseria del alma y los reptiles de la conciencia! ¡Esto es atroz! El lujo es una librea de la vanidad, indigna de un hombre noblemente independiente, impropia del hombre digno, que es de mediana clase, ó tiene poca fortuna adquirida.

Diciendo esto Gabriel tiró con hastío la elegante bata de cachimir que tenia puesta, y le habia traido su padre poco antes de París; sacó con íntimo placer de un armario el lindo traje de serrano con el que habia llegado á casa de su padre, se lo puso, y cuando le hubo vestido, respiró con descanso y placer, y esclamo:

—¡Libre! !Libre! Libre soy contigo! ¡libre como Dios quiere al hombre! ¡Libre de ambicion, libre de cargos, libre de cuidados, libre de malas pasiones libre de ócios y rivalidades, libre de compromisos, libre de remordimientos! Libre cual la nube que vuela; libre como el pájaro que canta; libre como el corazon sano, que desprendido cual aquellas, cantando cual éste, se eleva á Dios! ¡Vistan los que quieran esa túnica de Deyanira, que yo prefiero la sencilla y suave túnica de amianto de la modestia, el silencio á la bulla, la paz á la pelea, la oscuridad al resplandor de las hogueras que encienden las malas pasiones.

CAPITULO VIII.

La tarde caia. La naturaleza y los elementos estaban tan sosegados, cual si fuesen pasando sin notarlo de la calma al sueño, como pasa el justo de la vida á la muerte. Las hojas de los árboles,—esas comadres intranquilas, y afectas á murmurar,—se estaban inmóviles y silenciosas, cual si una maliciosa Sílfide las hubiese magnetizado. Era el silencio tan absoluto, que se hubiese podido creer que compacta y cristalizada la atmósfera, nada recibia ni trasmitia, á no ser porque de cuando en cuando traia la fragancia de la jara como un recuerdo de sus amigas del campo, á Ana, que estaba sentada en su casa cerca de la siempre abierta puerta de la calle, apoyando en esta su cabeza; tenia fijados sus ojos en la luna, que estaba aun tan pálida por la luz del dia, como lo estaba ella por el dolor de la ausencia, y cantaba con dulce y llorosa voz, en lenta y triste tonada (1):

Mi amante con la luna
Me manda cartas;
Y yo con el lucero....
¡Penas á mantas!

—

Mejor quiero esperarlo
Mas y mas años,
Qe no beber las hieles
Del desengaño.

—

(1) Siempre que nos es dado, preferimos dejar al pueblo espresar él mismo lo que siente. ¿Cómo encerrar, cual él, tanto sentimiento, tanta poesía con tanta naturalidad, en tan pocas palabras?

El sol se vá poniendo,
Dicen las flores,
Ya se vá quien nos daba
Bellos colores.

—

Yo quisiera morirme,
Y oir mi doble,
Por ver quien me decia
¡Dios te perdone!

Entonces reparó Ana en el tio Matías, que sentado al lado de afuera de la puerta, doblaba el cuerpo en direccion á ella, para prestar mejor oido á sus cantares. El pobre viejo, que contaba ya mas de noventa años, se mantenia sano y despejado, como si la caridad que le mantenia, hubiese conservado la ocasion para prolongar la buena obra: porque si el principio contrario al bien, esto es, el enemigo de lo santo y de lo bueno, pone sin cesar en la senda del hombre ocasiones para que obre mal, nuestros buenos ángeles, —aunque tantas veces desatendidos,—no se cansan de ofrecernos á miles, ocasiones para que obremos bien (1).

Ana, que sabia cuánto amaba el tio Matias á Gabriel, al encontrar la triste y simpática mirada del anciano, se sonrió, no con la sonrisa de alegría, pero con la de la dulzura, esa sonrisa que embellece y entristece á la vez el rostro, como el sauce á un paisaje; y dijo, como para poner en contacto mas directo los cariños que ambos profesaban al ausente:

—¿Volverá?

El interrogado, que recordó cuánto habia querido, esto es, á su mujer que habia muerto, y á su hijo, que para siempre le habia dejado, contestó meneando su cana cabeza:

---

(1) Así es, que en un buen exámen de un Devocionario, se halla este recuerdo á la conciencia: *¿has resistido á la gracia?*

—¡Ay hija! ¡los que se mueren, no resucitan! ¡los que se van.... no vuelven!

Entonces las lágrimas, que caian sosegadas, como hijas de la melancolía, por las mejillas de Ana, corrieron presurosas y en tropel como hijas del dolor.

—¿Que no volverá? esclamó: ¿y es V. quien lo dice? Entonces veo que no hay fé ni esperanza sino en el amor. ¡Volverá, sí! ¡volverá! tio Matías, que en mi pecho tengo un profeta mas certero que V.

Estefanía, que habia estado ocupada en las faenas de su casa, volvia en este momento, y oyó las últimas palabras de Ana.

—Hija de mis entrañas, le dijo, ¿á qué confias en un despropósito, ni aguardas un imposible? ¡Pues que! ¿Te se figura que Gabriel,—que es hijo de un *Gobierno* de los mas *estirazados*, que tendrá á su hijo por esas cumbres,—habia de volver entre estos rústicos aldeanos? Eso es querer cegarse, hija de mi alma: razon es que ya te quites de la cabeza esos vanos pensamientos. Gabriel, que está entre tanta grandeza; y allí donde está la reina; ¿crees tú, inocente, que se habia de acordar de tí?

—Usted no conoce á Gabriel, madre.

—¿Con que no le conozco y le parí?.... —no, no le parí, pero le crié á mis pechos.—Pero, Ana, hija, aunque sea, como lo es, mas bueno que el pan, mas noble que el oro, y mas cabal que la paga de Dios, no ha de volver el mundo patas arriba amasando en una misma artesa pan de rey y pan de cortijo. ¡Cómo ha de ser! ¡Dios ha querido quitarnos á nosotros el hijo, á tí el novio! No hay sino conformarse, y miemtras mayor sea tu pesar, ten presente lo que dice la ley cristiana:

Sufre con ánimo igual,
Alma, lo que mas lastima;
Que la mas áspera lima
Limplia mejor el metal.

Diciendo estas palabras, la buena Estefanía, que habia sacado fuerzas de flaqueza para guiar á su hija,

calló porque las lágrimas de su corazon ahogaron las sensatas palabras de su razon.

A este tiempo entró Juan Martin que venía del pueblo.—¿Has visto á D. José? ¿has sabido del él?—le preguntó ansiosa su mujer.

—Le *vide*,—contestó el marido,—vide á ese don José, con mas ínfulas que una grímpola, y mas asperezas que un rico. Iba á montar á caballo, y á ponerse en camino para la Higuera, donde ha ido á perder á otro pobre infeliz, tomando posesion de un castañar que le tenia hipotecado por unos dineros, que no le ha podido pagar al cumplimiento del plazo.—Le preguntó por ÉL.—Está bueno, está bueno, me dijo. ¿Pero á VV. qué les importa? ¿VV. se han figurado que yo soy el parte sanitario de la *Gaceta*, para estar á cada paso queriendo que les dé razon de cómo está la gente? Todas las cosas tienen término. Ya VV. han cumplido con Gabriel. Si acaso lo que quieren VV. es que le pida yo á su padre premio por la crianza, á otra puerta; porque eso de que le pidan, á nadie le hace maldita la gracia; así, esa diligencia hacerla en propia persona, que yo en mi vida he hecho empeños sino para mí: y con eso.... adios.—No vuelvas mas con tu cansera, y que tampoco venga tu mujer; que las mujeres, en queriendo, son como las garrapatas, no hay quien las desprenda.

—¡Jesus!—esclamó Estefanía,—¿eso dijo?

—Sí, y yo le escuché sin chistar,—respondió Juan Martin;—porque á quien asina discurre, ¿qué se le dice, que no sea lavar los pies á un burro? Pero todavía me dijo otra cosa, añadió disimulando su emocion el padre de Ana. Ya montado, y antes de echar á andar me gritó:—Juan Martin, se me olvidaba decirte que el Sr. D. Gabriel Labrador se casa.

Al oir estas palabras, Estefanía dió un grito, Ana un débil gemido, Juan Martin suspiró con dolor mirando á su hija, y el tio Matías murmuró con su cascada voz; ¡los que se van.... no vuelven!

—No lo creo,—esclamó con angustia Estefanía,

tanto porque á pesar de lo que le habia dicho á su hija conservaba en su fuero interno esperanzas de que volviese Gabriel, —¡esperanzas ocultas aun á si misma!—como para animar á la infeliz Ana, á quien la sorpresa paralizaba como el hielo á un arroyo, y el dolor hacia palidecer, como la muerte á un cadáver. —No lo creo,—repitió Estefanía con vehemencia,— Gabriel volverá: ¡si no puede ser que no vuelva!

—Estefanía,—dijo Juan que conoció que la intencion de la madre era la de consolar á su hija;—no te empeñes en curar con paños calientes lo que cura no tiene. Para sanar, cortar por lo sano. Gabriel no volverá. Y esto, que se sepa, y que se diga. Lo demás no es otra cosa que tapujar rendijas, para que no sea de dia. ¿Os figurais vos, inocentes, que mas que él quisiera, sus gentes le habian de dejar volver? ¿No veis que eso está fuera de lo cuotidiano?

Juan calló; y solo se oyeron los sollozos de Ana, y los besos que la madre imprimió sobre la frente de su hija, al estrecharla en sus brazos.

Habia un momento que el tio Matías, que estaba, como hemos dicho, del lado de afuera de la puerta, fijaba su vista en dos ginetes, que salieron de entre los árboles por entre los que subia el camino de la Higuera, los que con paso apresurado se dirigian á casa de Juan Martin.

—Estefanía,—dijo éste con profundo sentimiento á su mujer, - tenemos un hijo mas en el cementerio. Ana, hija, tus amores no tienen suerte: olvídalos.

—¡Y qué!—repuso con simpatía de madre y de mujer Estefanía.—¿Está el olvido de venta, para que se pueda comprar cuando se necesita?

—Sí, sí, Estefanía, contestó Juan; se compra y se puede adquirir. Dios lo espende; el comprador es la firme voluntad; la moneda es la oracion.

—Juan.... ¡qué fácil se dice eso!

—Y se hace aunque cueste mas trabajo que el decirlo. ¿Acaso te parece mas en razon y mas cristiano

desesperarse y desvivirse esperando imposibles? Pues un imposible es que vuelva Gabriel.

—Ahí está.... ¡él es! gritó de repente el tio Matías con un arranque y una energía sobrenaturales en su ancianidad y decrepitud.

Mas antes de que ninguno de los que estaban en la casa tuviese tiempo de hacer un movimiento, ni de decir una palabra, un jóven se habia precipitado por la puerta, y estrechaba con pasion y entusiasmo á Juan Martin entre sus brazos. Estefanía tenia entre los suyos á su hija, que desfallecia bajo las sacudidas de tan fuertes y diversas amociones; el tio Matías, que se habia puesto de pié, habia vuelto á caer sobre el poyo, levantando al cielo sus cruzadas y trémulas manos y sus apagados ojos.

Solo D. José Sanchez, que habia entrado en pos de Gabriel, se mantenia completamente indiferente é impasible en aquella conmoviente escena.

—¡Y yo que nada sobre esta venida sabia! se decia á sí mismo, en vista de que nadie atendia á su señoría.

—Por lo visto, han querido sorprenderme. Venia yo de la Higuera, tan ageno de nada, cuando ahí á la entrada del pueblo me alcanza un ginete que venia á la carrera (seria para emparejar conmigo), le miro.... ¡y era él! Nada me ha escrito mi amigo de esta venida; pero en fin, entre propios los cumplimientos son escusados. Al pasar por aquí habrá querido ver á Estefanía, pues partió como un rehilete. ¡Ya, como le crió, y dicen que á las amas se quiere bien!.... Y sinó traslado á lo que hace S. M. la reina. Pero no nos podemos detener: Gabriel, añadió levantando la voz, que se hace tarde, y aunque haya luna, á mí no me gusta caminar de noche.

Gabriel, que durante el monólogo de D. José se habia echado al cuello de su madre, cuyos brazes retenian al hijo amado sobre su pecho, se volvió ahora á D. José y le dijo:

—Partid cuando gusteis: yo no os detengo.

—¡Pues qué! repuso atónico D. José, ¿no te vienes conmigo á mi casa?

—No señor, contestó Gabriel, que me quedo aquí.

—¡Aquí!—esclamó cada vez mas asombrado el ricacho.—Esto no puede ser, seria indecoroso, teniendo en el pueblo la casa de tu futura familia.

—La casa de mi familia, pasada, presente y futura, es esta, dijo Gabriel.

—Hombre, repuso impaciente el señoron improvisado, ¿tú me quieres volver tarumba? Vamos de una vez: ¿tú no vienes para casarte?

—Sí señor.

—Bien. ¿No vá á ser mi hija tu mujer?

—No señor; que quien vá á ser mi mujer es esta, respondió Gabriel presentándole á la enagenada y avergonzada Ana, cuyas sonrojadas megillas cubiertas de lágrimas, parecian rocas abiertas por el sol y bañadas aun por las lágrimas de la aurora.

Nunca produjeron el asombro, la ira y la humillacion, mas efecto en una mala alma, que el qué causaron estas palabras en el finchado y soberbio Sr. Sanchez. Sus ojos lanzaron chispas; su barba tembló; su pecho,—aquel mar de hielo para toda emocion tierna, noble, ó generosa,—se agitó, y su respiracion se hizo ruidosa como la de un acosado cuadrúpedo.

—¿Tú desdeñas á mi hija? preguntó al cabo de un rato con forzada y altiva sonrisa, formando sus palabras el seco y bronco castañetéo de una matraca.

—No señor, contestó Gabriel, no desdeño á vuestra hija; pero cumplo con lo que la consecuencia me impone, la gratitud me prescribe, y lo que mi corazon me inspira.

—¿Tú desprecias mi caudal?—prosiguió D. José.

—¡Eso sí!—contestó con desdén Gabriel.

—¿Y menosprecias mi alianza?—tornó á preguntar con marcada ironía y recalcada sorna el noble montañés, la cruzada notabilidad.

—De esa,—respondió Gabriel,—me cuido tan poco

como vos os cuidasteis del pobre huérfano abandonado que amparó Juan Martin.

—Pues para bajarte esos humos que traes de la Córte, en donde parece que es tu padre hoy dia un gran señor,—dijo D. José con pausa y sorna, y con toda la vil satisfaccion que produce la venganza en el hombre malo que la ejerce,—para abajarte esos insolentes humos, y para que ante mí bajes confundido esa erguida cabeza, sabrás lo que habia jurado á tu padre callar para siempre. ¿Ves ese viejo decrépito y miserable, mantenido de la caridad; ves á ese ruin mendigo, á ese tio Limosna? Pues ese es el noble y lucido tronco de vuestra ilustre raza, ese es tu abuelo. Y tu padre.... el pillastre del hijo que huyó de su lado.

—¡Abuelo! ¡abuelo mio! gritó Gabriel precipitándose hácia el trémulo anciano á quien estrechó en sus brazos. ¡Oh padre mio, ya comprendo porqué desde chico me arrastraba hácia vos con tanto cariño mi corazon! D. José, ¡cuán cruel habeis sido en no haberlo dicho antes! Y volviéndose de repente y cayendo á los pies de Juan Martin cuyas rodillas abrazó, reventaron en sollozos las fuertes emociones que le agitaban, diciendo en entrecortadas palabras:

—¡Padre! ¡padre! no basta mi corazon para contener toda la gratitud que os debo! Vos amparasteis al huérfano desvalido, vos recogisteis al anciano abandonado!.... ¡y erais pobre! Y algun dia os quedasteis con hambre, para que á la infancia y á la ancianidad desamparadas no les faltase el sustento! ¡Y lo hicisteis sin esperar una recompensa, sin contar con una compensacion, sin soñar en un lauro: solo, solo, solo por caridad cristiana! ¡Oh, cuál palidece la estrella de la filantropía ante el sol de la caridad! ¡Anatema sobre las falsas deidades y las erradas doctrinas! ¡Desterradas sean del pais que perturban, y de las inteligencias que embrollan ó pervierten! y reine inatacada aquella que vos y mi madre me enseñaron con palabras y ejemplos desde la cuna, y á la que des-

pues de ilustrar mi entendimiento, acato con mas entusiasmo que antes!

—Gabriel,—dijo Juan alzando á su hijo del suelo, —no me saques los colores á la cara; las celebraciones, si son merecidas, fatigan; si no lo son, avergüenzan. Nada vá conmigo: si quieres agradecer, que sea á aquella bendita que te crió á sus pechos.

—A esa nada digo, padre: no hay para qué, las madres y el ángel de nuestra guarda nos comprenden aun antes de que hablemos.

A D. José le ahogaba la ira, al ver que no lograba su objeto, que era el humillar á Gabriel como éste le habia humillado á él. Así fué que dirigiéndose con altanería al pobre tio Matías, le dijo:

—Tio Limosna, ¿cuál es su apellido de V., si tiene otro?

—Señor, respondió el anciano, dejad que me llamen Limosna los que me la han dado; yo me llamo Matías Vega.

—Pues su hijo de V.,—prosiguió el encarnizado agresor,—su hijo de V. dejó el nombre de su padre —sea porque fuese por conocido en la policía, ó fuese por ocultar su ruin procedencia,—y se apellida con un fraude Labrador.

—Como se llama Isidro.... dijo el pobre padre, buscando aun disculpa al hijo ingrato.

—¡Toma! repuso el grosero y resentido ricacho, por esa regla su nieto de V. mañana si se le antoja se apellidará Arcángel. Yo, antes me dejaba cortar la que tengo sobre los hombros, que hacer semejante felonía. Yo, yo soy.... yo soy D. José Sanchez por la tierra y por la mar.

Don José Sanchez por la tierra y por la mar salió bufando.

—No te alteres ni te incomodes, dijo en tono de súplica Estefanía á Gabriel.

—¿Que no me altere ni me incomode? contestó éste. —Madre, ¿creeis que un hombre tan necio y despreciable tenga el poder de alterarme, cuando no tiene,

por bajo y ruin, ni aun el de hacerme reir? Pero, añadió Gabriel mirando á Ana y dirigiéndose á su madre: —¿cuándo es la boda?

Estefanía se quedó cortada, y miró á su marido.

—Gabriel, dijo éste, que comprendió el apuro de su mujer, ya sabes que aquí no hay sobras, que no hay nada dispuesto para vuestro ajuar, ni para costear la boda: así lo primero que hay que hacer, es agenciarlo.

—Eso lo traigo yo previsto, padre, repuso Gabriel; y desabrochándose su chaleco, sacó un cincho en el que traia en onzas las cantidades que antes de salir habia realizado y reunido.

Juan Martin y Estefanía se quedaron asombrados.

—¿Esto te ha dado tu padre? preguntó el primero.

—Si señor, á él se lo debo, contestó Gabriel poniendo el cincho en manos de Ana, segun la costumbre del pueblo, entre el que es la mujer la depositaria del dinero.

Ana se acercó al tio Matías, y le dijo:

—El primer uso que se vá á hacer de estos caudales, es mercarle á V. *una vestida* completa, para que la estrene en la boda de su nieto. Y eso, —añadió la suave niña, á la que la felicidad restituia su gracia y su lozanía, —¡y eso que debia yo estar enojada con V. y no acordarme del santo de su nombre!

—¿Y por qué? preguntó Gabriel.

—Porque muchas veces me ha partido el alma, diciéndome: «los que se van.... no vuelven.»

—¡Buen abuelo y mal profeta! esclamó su nieto pasando su brazo por la encorvada espalda del pobre viejo, la que golpeó con la mano cariñosamente.

—Pues otras veces he acertado en mis predicciones, repuso el anciano. Y si nó que lo diga Estefanía.

—¿Y cuándo fué eso? preguntó Gabriel.

—El dia, contestó el anciano, en que, abandonado y rechazado de todos, te puso á sus pechos, y la dije, bendiciéndola:—Estefanía, QUIEN BIEN HACE.... PARA SÍ HACE.

FIN.

CUADRO DE COSTUMBRES

POR

FERNAN CABALLERO.

EL ÚLTIMO CONSUELO.

CAPITULO I.

Votre indulgence á vous, ne se lasse jamais,
Méres! vous n' avez point d' enfer pour les mauvais,
Et rien ne peut tarir ces sources éternelles:
L' amour dans votre coeur, le lait dan vos mamelles!

CHARLES RAYNAUD.

Nunca ¡oh madre! se agota vuestra indulgencia, é infierno no teneis para los malos hijos. Nada logra secar las dos perenes fuentes, que para ellos manan en vosotras, la de sávia vida en vuestros pechos, la de bálsamo de amor en vuestros corazones.

En la curva que abre el continente para formarle á Cádiz su espaciosa bahía, entre el Puerto de Santa María y la ciudad de San Fernando, generalmente denominada la Isla, se halla situado Puerto Real, el mas modesto de los vecinos de Cádiz, á pesar de su nobilísima procedencia, puesto que la fundaron los Reyes Católicos, como lo atestiguan y blasonan sus armas y su bello y sonoro nombre.

Este pueblo, como los otros, ó acaso mas que los otros, debe su buen caserío, su elegancia, la riqueza

de sus iglesias y ex-conventos á aquellos poderosos y espléndidos moradores de la rica y activa hija de Mercurio, que se trasladaban á ellos para gozar las auras del campo, y variar los goces y pasatiempos de que en el pasado siglo disfrutaban sus felices contemporáneos con ánimo alegre y espíritu tranquilo. Así es que el caserío del mencionado pueblo, aunque no tan elevado, no desmerece del de una capital, aventajándole en sus jardines, en los que si bien han enterrado los gaditanos muchas talegas, han recolectado abundante cosecha de hermosas flores, trueque que han visto las gaditanas con tanto placer como si fuesen hijas de Flora, en lugar de serlo del cisne del Océano.

Puerto Real está separado del mar por terrenos pantanosos, cortados por caños que llena y vacía el mar en su magno é incesante bamboleo. A la izquierda, y en los terrenos que hemos mencionado, ha creado la industria las vastas salinas tan renombradas por la bondad y abundancia de sus sales. La vista que ofrecen es triste y monótona, no cubriendo estos terrenos salitrosos sino una vejetacion pobre y mustia, entre la que predomina una especie de brezo llamado armajos, unos juncos llamados sapina y una planta llamada salada, de verde ceniciento y menudas flores, las que florecen como avergonzadas y de mala gana; ellas, madres de la dulce miel, á orillas del amargo mar que las desdeña, y entre la incisiva sal que las marchita. Asemejándose en su destino estas pobres flores á la poesía en nuestra época, que presenta sus flores sola y triste, á orillas del amargo piélago de la política que las desdeña, y entre el incisivo y descreido sarcasmo que las marchita (1).

---

(1) Como para probar la exactitud cumplida de esta comparacion, existe y canta entre estas salinas una Rosa, cuyos dulces y sonoros cantos, que contienen siempre una *idea*, por lo regular elevada, bella y santa, la que espresan con caridad y elegancia, no alcanzan á pesar de eso, y de

No alegran por cierto á estos parajes anfibios los enormes montes de sal, que de trecho en trecho se alzan como pirámides monumentales, muy saladas en la materia de que se compone, pero muy sosas en su desfusion. Bien mirado podria simbolizar un famoso mote y generalizado axioma, vigente y puesto en práctica cuando la guerra de la Independencia, pero que desde entonces acá ha desaparecido con los héroes que la sostuvieron. Es este mote, que hoy dia solo á las pirámides cuadra, *En la union está la fuerza*, en vista de que estas moles se amontonan, porque así reunida resiste la sal á los temporales y aguas del invierno, criando su superficie con las primeras sales derretidas por las lluvias una costra, sobre la cual resbalan las aguas sucesivas.

A estas pirámides que llaman sencillamente *montones*, y que suelen reunir hasta doce mil fanegas de sal, se les hace cimientos á manera que á las casas de Amsterdam, primer puerto de la pantanosa Holanda, hundiendo en la tierra movediza enormes estacas, bastante largas para encontrar terreno sólido en que apoyarse. Esto ha dado lugar á que se diga de aquella ciudad, «que si se volviese lo de abajo arriba, apareceria como un espeso bosque.» Llaman á estos terrenos *albinas*, y á los que no se les halla fondos *rabizas*.

A la derecha de Puerto Real, aunque separado por iguales terrenos, está el famoso Trocadero, de cuyo nombre se apoderó la Fama, y que hasta llenó de moños esa lijera y mudable francesita que se llama la

---

los merecidos elogios que de ellos hizo en el HERALDO uno de de nuestros primeros y mas autorizados críticos, D. Manuel Cañete, todo el lauro á que son acreedores. Ya que en la prosáica éra en que vivimos, la fama no cultiva ni riega las flores de la poesía, reciba al menos esta Rosa en su cáliz, como una gota de rocío, nuestro pobre tributo de elogio y la espresion de nuestra sincera simpatía.

Moda (1), mientras que su individuo permanecia en el mas completo silencio, soledad y abandono. Labrado dicho fuerte en el espacio mas saliente de la costa, como lo ha sido Puntales en la orilla opuesta, parecen ambos venir mancomunadamente al encuentro uno del otro, como dos valientes y alertas centinelas que guardasen uno de los tres arsenales, joyas de la Península, y vigilasen el interior de la bahía, que como salon de descanso y como hospital, brinda Cádiz á los peregrinos del mar.

El Trocadero, antes de vestir la armadura y empuñar la lanza, era un pacífico y benévolo calafate, al que con motivo de volver los buques para carenarlos, denominaron *el Trocadero,* nombre que ha conservado, porque los nombres son lo mas adherente que se conoce, por mas que el furor de cambiarlo todo, no los esceptúe hoy de su universal *quita y pon.*

El Trocadero guarece á Puerto Real de las poderosas embestidas de la mar, á las que no resisten ni aun las potentes murallas de Cádiz; así pues abrigado por el fuerte, y parapetado con sus pantanos, duerme tranquilo ese lindo pueblo entre sus flores, bajo la custodia de su patrono San Roque.

Pero si carece del contacto de su terrible vecino el mar, no por eso carece de su vista, y el que por la tarde pasee por su bonita alameda de carretones, que abriga con sus álamos al camino real, y desde donde el espacio se ostenta en toda su anchura, podrá divisar á su derecha el gran coto qqe se prolonga hasta las primeras alturas, las que siempre creciendo y elevándose, constituyen la Sierra de Ronda. Al frente puede ver al Puerto de Santa Maria mirándose en las aguas de su rio Guadalete; á la izquierda á Cádiz con sus rocas por cimiento, sus murallas por pedestal, sus torres por corona, su faro por antorcha, y sobre su

(1) En el año de 1823 se hicieron en París sombreros, y frabricaron telas llamadas Trocaderos.

blanco pecho su iglesia del Cármen por santo escapulario. Y por último, puede admirar entre el Puerto de Santa María y Cádiz la inmensidad del mar, y al rey de la luz apagarla con despacio entre las olas, dejando mientras descansa, su mision de luz en el cielo á las estrellas, y en la tierra al faro, el mas santo de los monumentos que erige el hombre, despues del templo del Señor.

CAPITULO II.

No admiraba ni la mar ni la puesta del sol un hombre que montado en su burra se encaminaba á esta hora por el camino de las canteras al pueblo. Aunque solo contaba cincuenta años, sus cabellos habian encanecido, y las árrugas que surcaban su inclinada frente atestiguaban que las penas aventajan á los años en la triste mision de destruir al hombre.

El que se dirigia en su burra al pueblo, era uno de sus honrados vecinos, que estaba casado con una mujer de aquellas que reconcilian á Dios con la humanidad, de esas mujeres en que todo es corazon y todo lágrimas, que ponen en práctica el divino y ascético lema *amor no dice basta,* aplicándolo así al amor á Dios y á las cosas divinas, cuanto al amor de familia y al amor del prógimo, hasta hacerlo estensivo al enemigo; amor sublime que bajó de la cruz, y se ha ido debilitando de manera, que cuando la generalidad lo vé en séres privilegiados, apenas puede darle crédito.

Este matrimonio, bien acomodado en su clase, que gozaba de buena salud y de gran consideracion en el vecindario, hubiera podido ser feliz, si fuese la felicidad cumplida (por mas que digan los filósofos) cosa concedida al hombre, que por la culpa degradó su propio primitivo sér y el de su estirpe. Los trabajos en el

hombre, los dolores en la mujer.... ¿quién levantará ese anatema de Dios que pesa sobre la humanidad?

Amarga habia sido la parte de sufrimiento que á este buen matrimonio habia caido. Padres amantes, lloraban aquel dia como el primero, la muerte que en la guerra civil hallaron dos hijos que habian sido su gloria, y la de una hija que habia sido su encanto, y que les arrebató el mal que desde el Ganges viene á buscar sus víctimas. Unicamente les quedaba el mas pequeño de sus hijos, que habia acertado á ser, como lo calificaba la vecindad, el Judas de aquella honrada familia.

Bernardo, tal era su nombre, que á la sazon contaba doce años, tenia todas las malas cualidades, que suelen nacer unas de otras. La pereza habia traido la ociosidad, y esta las viciosas inclinaciones. No habia dejado de contribuir á tan peligroso desarrollo el estremado cariño de sus padres, en particular de su madre, que les impedia gastar con él el rigor necesario para domarlo. Así es que su hijo habia acabado por unir á sus demás malas cualidades, el fatal espíritu de independencia, padre del desenfreno y verdugo del respeto, hermoso sauce del vergel de las virtudes; y cuando en almas díscolas y groseras falta el temor que le suple, pierde el bien en este mundo, despues de su ángel custodio, su salvaguardia.

Mientras Antonio Parra montado en su burra caminaba cabizbajo hácia el pueblo, estaba María, su mujer, sentada en la sala de su casa, teniendo á su lado una niña de seis años, á la que enseñaba la costura y la doctrina. La madre de esta niña, hermana de María, era una pobre viuda que ganaba su vida lavando en las casas pudientes, la que ni podia costear á su hija la amiga, ni tampoco podia tenerla á su lado, por lo cual su buena tia la tenia por el dia en su casa.

—Verónica, hija mia, le preguntó la buena mujer, ¿sabes ya de corrido la relacion que te ha enseñado tu vecina la santera?

—Sí, señora tia, contestó la niña sin dejar de trabajar en su dechado, lo que hacia con sumo placer, y en seguida relató la siguiente relacion.

En la gran Jerusalen
Caminaba hácia el Calvario,
Una afligida mujer
Vestida de azul y blanco.
—¿Ha visto V. por aquí
Al hijo de mis entrañas?
—Por aquí pasó, Señora,
Antes que el gallo cantara,
Con una cruz en sus hombros
De madera muy pesada,
Y una corona de espinas
Que el cerebro le traspasa.
Como el madero le abruma,
Tres veces ha arrodillado;
¡Tres veces tocó la tierra
Con sus santísimos lábios!
Allí salió una mujer,
Que Verónica la llaman,
Con un paño que traia
Limpia aquella hermosa cara.
Tres dobleces tiene el paño,
Tres caras allí estampadas.
La primera está en Jaen,
La segunda en Roma estaba
Y la tercera en la mar
Para consagrar las aguas.

—Tia, añadió en seguida la niña, aquella cruz, que tanto abrumaba al Señor que le hizo caer tres veces, ¿de qué era que pesaba tanto?

—Pesaba tanto el divino madero por su gran tamaño; el tronco era de ciprés, de palma el palo que lo atravesaba, aquel en que asentaron sus divinos pies, de cedro, y la tablilla de las cuatro letras de olivo, que todo tiene gran misterio, contestó á la niña su

tia. Pero, ahora, prosiguió, ya puedes dejar tu tarea y ponerte á jugar, hija mia.

La niña dobló con mucho primor su techado, que guardó con la seda y el dedal en una faltriquera que, formada de la misma tela, tenia anexa la almohadilla; en seguida se levantó, y arrodillándose ante una imágen de bulto de la Señora, que estaba colocada sobre una mesa, cruzó sus manitas y dijo:

Vírgen Santísima,
Vuestra esclava soy;
Con vuestra licencia,
A jugar me voy.
Con vuestra mano bendita,
Madre de mi corazon,
Aunque soy pecadorcita....
Dadme vuestra bendicion.

En seguida se puso á vestir un niño de barro, que despues de cuidadosamente envuelto en uno de los recortes que le habia dado su tia, acostó en sus brazos, meciéndolo y cantándole suavemente la tonada que para dormir á los niños tienen sus madres, infantilmente denominada la nana, con la siguiente copla:

Todo lo chiquitito
Me hace gracia,
Hasta los pucheritos
De media cuarta.

—¿No quieres dormir? añadió, sentando á su niño en la falda, pues entonces, te voy á enseñar á rezar. Por las mañanas, lo primerito que se dice es:

¡Bendita sea la luz del dia,
Y el Señor que nos la envia!
Tenga V. muy buenos dias.

—Y para acostarse, prosiguió la niña, se dice:

Me acuesto con mi Señor,
Que no hay otro mejor,

Ni lo ha habido, ni lo habrá,
Ni nació, ni nacerá.
¡Señor,
Si me duermo, despertadme;
Si me muero, perdonadme (1)!

—¿Dónde habrá ido ese niño! dijo al cabo de un rato la buena madre; ya es cerca de oraciones, su padre vá á venir, y si no lo encuentra en casa se vá á incomodar.

—Estará jugando al toro con los otros muchachos, contestó la niña, que era todo lo dócil y bien inclinada que no era su primo. ¡No sé qué gusto encuentran en semejantes gritos, carreras y embestidas!

—Lo que gusta á los muchachos, no puede, ni debe gustar á las niñas, repuso su tia, que instintivamente disculpaba siempre á su hijo, aun en aquellas cosas que mas la mortificaban. El sentará, hija mia, él sentará.

—¡Ya se vé! cuando sea viejo, contestó sin malicia la niña.

Oyéronse carreras y desentonados gritos, de esos con que los muchachos soeces lastiman sin compasion ni miramientos los tímpanos agenos; y el niño de quien se hablaba entró estrepitosamente en la sala.

—¡Válgame Dios, hijo, cuál vienes! esclamó su madre al notar su chaqueta y pantalones desgarrados. ¿Con qué te has hecho la ropa girones?

—¿Qué mas le dá á V. que sea con un clavo ó con un gancho? respondió el muchacho. Si no quiere usted que me desgarre no me haga V. los vestidos con esta tela de tiritaña.

---

(1) ¡Qué fé, qué ternura, qué encantadora sencíllez hay en todas estas oraciones infantiles!! Solo podemos compararlas con las alas que ponia Murillo á las cabecitas de ángeles, que confiados y sonrientes se ciernen en las glorias que pintó en sus cuadros.

—¡Qué habian de ser de tiritaña, hijo! Son nuevos y de *pan de pobre*.

—Pues hágamelas V. de *pan de rico*, repuso con decoro el muchacho. Verónica, prosiguió dirigiéndose á la niña; en el pretil de tu azotea estaba tu gato, le tiré un guijarro; no lo maté, otra vez será.

—¿Y qué te ha hecho mi pobre gatito para que lo persigas? repuso la niña prorrumpiendo en un amargo llanto.

—¡Ay que guaza!.... ¡llorar por un gato! esclamó el muchacho echándose á reir. ¿Pues no era menester, Doña Suponcios, enjugarte esas lágrimas con un manojo de hortigas?

—Capaz eres de hacerlo, Herodes, dijo la niña yendo precipitadamente á guarecerse al lado de su tia.

Oyéronse entonces una campanada, y despues otra, y otra, como si muchas veces repitiese la santa voz de la Iglesia la palabra «*¡Orad, orad!* que acaba el dia en que no habeis muerto, y empieza la noche en que podeis morir.» La tia y su sobrina, que atendian y compredian ese lenguaje católico, se pusieron instantáneamente en pié, y la primera dijo á su hijo.

—Vamos, Bernardo, á saludar á la Vírgen y á rezar, que esta mañana no tuviste gana.

—Es que ahora tampoco la tengo, contestó éste sacando de su faltriquera piñones, que se puso á partir y á comer.

Su buena y mansa madre, que conoció que nada conseguiria con insistir, dijo suspirando:

—Pues yo rezaré dos veces, una por tí y otra por mí: y en seguida empezó la salutacion á la Vírgen, respondiendo con su voz infantil Verónica, concluyendo ambas la devocion de esta suerte:

Recibid, Vírgen María,
Estas tres Ave-Marías
Que tu esclava te envia.
La primera, por los que están en agonía,
La segunda, por los que están en pecado mortal,
La tercera, por los que andan en las aguas del mar

Y peligros de la tierra;
Las pongo en las manos vuestras,
Para que sean perdonados
Nuestras culpas y pecados.
—«Y que estén al punto asados
Los piñones que he mercado,»

añadió Bernardo, con esa facilidad que tienen en España hasta los niños para sacar consonantes.

—Calla, Bernardo, dijo su madre apurada, que lo que dices es un desacato.

—Así me pagáran cada uno á dos cuartos, que los habia de enristrar como sartas de pimientos, repuso el muchacho.

En este instante llegó el padre.

—¿Tú no sabes, esclamó al entrar dirigiéndose á su mujer entre indignado y sentido, lo que ha hecho ese mal alma? y señaló á su hijo.

—La pobre madre se puso á temblar, y antes de saber el motivo de su dolor, asomaron á sus ojos las lágrimas que le arrancaba.

—De una pedrada ha abierto la cabeza al hijo de Juan de Silva, prosiguió su marido.

—El me tiró primero, dijo con desparpajo Bernardo; quien debe y paga, cuenta saldada.

—Es mentira, repuso su padre, que quien presenció el hecho, me lo ha referido; pero si el diablo no hubiese inventado la mentira, la hubieras inventado tú. El muchacho ni te habia visto cuando recibió la pedrada. Otro mas provocativo que tú en el pueblo no le hay. ¡Y estás tan fresco como si nada hubieses hecho! Ni sentimiento muestras por estar desconsolada una familia por tu culpa, malvado; ni vergüenza, por haber mentido, villano!

—No he mentido, contestó Bernardo; me la tiró el otro dia, y se la tenia guardada.

—¡Perverso! esclamó su padre, ¡á tan tierna edad guardar rencores, mal nacido y mal medrado! ¡quién diria que te parió esa bendita y que por tus venas corre la honrada sangre de los Parras!

—¡Quién me la hace.... me la paga! murmuró entre dientes el indómito muchacho.

El padre se dejó caer sobre una silla, y tiró con indignacion su sombrero sobre otra.

—¿No sabes, hijo, esclamó con dolor su madre, no sabes que manda la ley de Dios no vuelvas mal por mal ni con palabras, ni con obras, ni con deseos de venganza, que Dios la tomará por tí? ¿y que dice San Juan, que el que odia á su hermano es un homicida?

—María, le dijo su marido, te lo ha dicho ya, este mal hijo me vá á llevar al hoyo; por su causa te se van á secar á ti los ojos de llorar, y por remate ha de tener mal fin.

—¡Madre mia, Vírgen de Misericordia! que lo tenga cristiano, esclamó cruzando las manos la ferviente cristiana.

CAPITULO III.

Diez años despues se habian realizado en parte los vaticinios del anciano. Bernardo habia perseverado en su mala senda, y en varias ocasiones, sus locuras y temeridades le habian espuesto á un fin desastroso. Las lágrimas que sus angustias y sus penas arrancaban sin cesar á la buena madre, habian acortado en tales términos su vista, que no conseguia, por mas que lo intentaba, ocultar los progresos de su mal. En cuanto al padre de este mal hijo, yacía en el lecho del que no habia ya de levantarse.

—¿Con que tampoco esta noche ha entrado Bernardo? preguntó el enfermo á su mujer.

La interrogada no contestó.

—María, prosiguió su marido, estoy afrentado y la afrenta es una pesada cruz con la que no puedo yo. Años há que tengo muerto el corazon, y el cuerpo vá detrás: ¡ese mal hijo me entierra!

—Hombre, contestó su mujer ocultando las lágrimas que la ahogaban, no es tan fiero el leon como le pintan. El se enmendará; cobra buen ánimo. Considera que dice el refran: «carrera que no dá el potro, en el cuerpo se le queda»: déjalo que desbrave; está en la fuerza de la calentura de la mocedad.... ¡ella pasará: segun son los penitentes, es menester absolverlos!

—¡Por tanto absolverlo está como está, María! Y así es que parte de esta perdicion cae sobre nosotros, que no le pusimos freno desde un principio. Si no hubiese encubridores no habria ladrones; y tú no has hecho otra cosa que encubrir sus desmanes, y darle dinero para mantenerle sus vicios.

—¿Qué dineros le habia de dar? esclamó María.... ¡si tiene el pobre siempre los bolsillos que pueden correr por ellos ratones!

—Porque cuando viene á vestirse trae la moneda gastada. No falta quien diga que triene parte en el robo que se hizo dias atrás; y aunque no sea cierto, ha caido en descrédito; y si él tiene cara para arrostrar esas voces y se hecha el alma á la espalda como un perdido, no así yo.... que toda mi vida he tenido vergüenza, y he andado con el sombrero echado hácia atrás, y no hácia la cara.

—Bien sabes, repuso su mujer, que nada tuvo que ver mi pobre hijo con el robo, pues que aquella noche durmió en casa. Ya ves, hombre, cuántas cosas parecen lo que no son.

—Durmió en casa, gracias á una borrachera de que no se podia tener, repuso su marido, porque de las veinticuatro horas, veinticinco está bebido; pero como no se pasea mas que con gentes sospechosas y de mal vivir, las sospechas que sobre aquellos caen, calan hasta él. La sangría que ha dado á mi casa no ha sido floja, y dará con ella en tierra, despues de dar conmigo en la huesa, en la que, segun me ha puesto de consumido ese mal hijo, poco dará mi cuerpo á los gusanos. Así es que la pena que llevo conmigo al hoyo, es dejarte á tí sin mas amparo que el de Dios,

con una pena siempre viva, con ese hijo sin entrañas, el que por remate,—como muchas veces te lo he predicho,—ha de tener mal fin.

—¡Madre mia de la Misericordia! rogó sollozando la pobre madre, QUE LO TENGA CRISTIANO!

Poco tiempo despues de la precedente escena murió el honrado Antonio Parra en los brazos de su desconsolada compañera, con todos los consuelos divinos que hacen santa á la muerte, y con todos los consuelos humanos que la hacen suave, pero sin que su hijo, que estaba en una de sus correrías, ayudase á su madre en la santa y sublime obra de asistir á su padre.

Verónica fué la que sin desviarse un instante del lado de su tia, partió con ella sus cuidados, y despues que faltó su tio, la acompañó y consoló en su triste soledad como una buena hija.

Era Verónica á la sazon una linda jóven, muy tímida, muy retenida, muy devota y muy recogida. Vestia con mucha sencillez y recato, pero con sumo aseo y pulcritud. Su rostro, un poco parado y de buenas y regulares facciones, tenia la serena, grave y fria belleza de las imágenes. Su habitual ademan era el de bajar los ojos, ademan que usurpa á veces la hipocresía á la áustera virtud, lo que sirve de pretesto á la *franca* disolucion para burlarse y censurarlo amargamente, aun cuando sea la síncera espresion de una persona humilde y morigerada. Guarda el espíritu antireligioso sus inagotables tesoros de indulgencia y tolerancia para mejor ocasion, esto es, para los *pobrecitos* judíos, para los *filantrópicos* misioneros protestantes que quieren ilustrarnos, como los otros enriquecernos; pero.... llevar los ojos bajos y el continente morigerado, tales desmanes y semejantes perjudiciales ejemplos, deben en bien del pais y provecho de los adelantos del siglo, reprimirse, menospreciarse y entregarse al escarnio.

En Bernardo la muerte de su padre no habia causado gran sensacion, ó al menos no habia sido de especie tal que bastase á mejorar sus costumbres. Pasa-

da la primera impresion, la falta de su padre mas bien habia servido á romper el último freno que lo retenia. Este freno era el respeto, que aunque no fuese sino en su preseacia, le infundian las venerables canas que ceñian como una corona de plata la frente del hombre honrado; que ese hombre honrado era su padre y esas canas que se habian anticipado á la vejez, eran cada cual hija de un pesar causado por él. La vergüenza, que es la conciencia profana, hacia doblegarse á aquella indómita cabeza ante su padre; porque aquel hombre, aunque malo y viciado, habia aprendido á hablar en las faldas de su madre, con estas palabras: AMAR Á DIOS SOBRE TODO, HONRAR PADRE Y MADRE.

Así fué que en los primeros instantes admiró y casi envidió la conducta observada en aquella ocasion por su prima y mas adelante al verla consecuente á sí misma en todas las circunstancias de su vida, serena siempre como el espejo que refleja el sol de Mayo, llegó á adquirir la suave Verónica para con aquel hombre inquieto y efervescente, el dulce atractivo que tiene una tranquila y plácida bahía para el marino que en altas mares lucha entre las corrientes que lo arrastran, y los huracanes que lo empujan.

Pero las osadas é incisivas miradas que clavaba Bernardo en su prima, habian retraido á la modesta y encogida inocente de fijar en él las suyas, que eran tan cándidas, tan puras, tan confiadas y tan serenas. Tiempo habia, ó mejor diremos, siempre habia sucedido, que el lenguaje brusco, burlon y poco respetuoso de su primo, habia originado en ella hácia él un alejamiento temeroso y repulsivo; evitaba con cuidado las ocasiones de encontrarse con aquel, y al efecto elogia para acompañar á su tia aquellas horas en que sabia que estaba él ausente.

En vista de lo referido hacíanse difíciles los naturales preliminares, que son al amor lo que sus albores al sol, entre dos séres tan opuestos, entre un hombre que una vez definido su objeto, camina á él sin am—

bajes, y una jóven que nunca ha pensado, ni comprendido, ni deseado, ni oido palabras de amor.

No se le ocultaba á Bernardo el desvío de su prima. Pero era él justamente de aquellos hombres á quienes empeña una contradiccion, y enardece un obstáculo: era de esos fatales idólatras de su voluntad, llamados tercos, y la terquedad es la mas estúpida fusion de la tontería y del orgullo; es vicio de niños, vicio de necios, vicio de pesados, vicio de los que gustan hacer alarde de todo.

Como la naturaleza poco elevada de Bernardo le hacia incomprensible que hubiese quien renunciase voluntariamente al mundo y al amor; como por otro lado no creyó posible que lo dejase de querer una mujer sin un motivo, y este motivo á su entender no podia ser sino el querer á otro, se puso á acechar á su prima á todas horas. Pero nada oculto pudo descubrir en aquella existencia, que se deslizaba santa y silenciosamente al pié del altar y en el encierro de su casa.

No hallando las sospechas de Bernardo sobre quién recaer, se fijó en este dilema: ó Verónica no tiene amores, ó en ese caso me corresponderá, cuando la diga que la quiero; ó no me corresponderá, y esa será porque quiere á otro, y este otro no puede ser sino Juan de Silva, que es su vecino, y puede hablarle sin que nadie lo llegue á entender.

Decidido, pues, á salir de dudas, Bernardo aguardó una noche á su prima, apostado detrás de una esquina; de manera que al volverla Verónica, se halló frente á frente con él.

—Te aguardaba, Verónica, le dijo Bernardo.

—¿Y para qué? contestó ella instintivamente alarmada.

—Para decirte que te quiero, replicó él.

Quizás aquel que no comprenda el íntimo sentir de una criatura como Verónica, imagine que ponderamos al decir, que el efecto de pavor y de tédio que le causó esta abrupta declaracion fué aterrador; que

aquel instante las ardientes miradas de su primo la horripilaron cual si hubiesen sido víboras, y que sus palabras la inspiraron la repulsa que la hubiesen causado culebras que se acercasen á enroscarla. Fué tal su turbacion que no halló su lábio un sonido, ni su razon una palabra para contestar, y permaneció muda.

—¿No me respondes, mujer? prosiguió Bernardo en un tono suave, desconocido en él.

—¡A mí no.... á mí no! contestó Verónica entre aturrullada y asustada.

—¡A tí, prima, á tí, que te has puesto tan hermosa que paras al sol; á tí es á quien quiero!

—¡A mí no.... quiere á otra! tornó á decir Verónica.

—¿Y por qué habia de querer á otra y á tí no?

—Porque otra podrá corresponderte.

—¿Y tú no?

—Yo no.

—¿Y por qué? preguntó volviendo á su natural tono brusco Bernardo.

—Porque eso de amores no es para mí, contestó Verónica; yo no quiero amores.

—¿Pues qué quieres?

—Yo no quiero nada.

—No lo creo.

—Pues qué ¿no se puede vivir sin desear algo?

—No; no se puede vivir sin desear algo, y despues de desearlo, no se puede vivir sin lograr lo que se desea. Tú á alguno has de querer; si no es á mí será á otro, eso no puede marrar; y lo que yo deseo es que sea á mí; ¿estás?

—Bernardo, dijo fatigada Verónica, por Dios no me detengas con palabras inútiles, ni con chicoleos que son buenos para las casquivanas.

Dió un paso para irse, pero Bernardo la detuvo agarrándola por un brazo de una manera tan brutal, que la pobre niña lanzó un débil ¡ay! debido tanto al dolor como al sobresalto.

—¿Me haces violencia, Bernardo? esclamó, ¿y con qué derecho?

—¿Y con qué derecho me dás tú con la puerta en el rostro sin escuchar siquiera mis razones? repuso Bernardo: un grillo es y se le escucha.

—He oido tus razones, Bernardo, te las he contestado y me voy, porque no está bien que se pare una mocita á hablar con un hombre en la calle, aunque éste sea su primo.

—Pues acude á la reja.

—Nunca.

—Dáme una esperanza siquiera, esquiva, una siquiera y te dejo ir.

—Con que, ¿quieres que te engañe?

—No quiero que me engañes: lo que quiero es, ya que otra cosa no pueda ser, que antes de darme un no tan pelado y tan duro como los chinos que estamos pisando, lo pienses mas despacio.

—Lo tengo pensado, Bernardo, y no he de variar; te lo digo porque me gustan las cosas claras y sin vuelta de guia.

—Es que todo no lo tienes pensado, repuso con comprimido despecho Bernardo; quédate que pensar que si me desprecias, en Juan Silva me tengo que vengar.

Bernardo se alejó dejando á la pobre Verónica mas atónica aun de oir nombrar á Juan de Silva, con el que no tenia ninguna clase de relaciones, aunque era su vecino, que asustada de la amenaza.

CAPITULO IV.

Algunos meses despues de la muerte de su marido, estaba la pobre María sentada en su solitaria sala. En su pálido y marchito rostro se veian unidas las huellas del sufrimiento perenne y del temor incesante,

como se ven en un barco que naufraga á ímpetus de las olas del mar que lo asaltan y del huracan que lo zamarrea, los destrozos que unidos le causan ambos elementos. Verónica estaba á su lado, semejante á los ángeles de Dios, á quienes no ahuyenta, sino á quienes atrae el dolor para ejercer su mision de consuelo.

—¿Tia, qué tiene V., le dijo con su suave y queda voz á María, que desde esta mañana no se le secan las lágrimas? Ya le han hecho á V. surcos en el rostro y acabarán por hacerla canales.

—Hija, contestó María, estoy que no puedo parar y que no quepo en el mundo. Tu primo no ha entrado desde ayer de mañana que salió.

—Señora, ¿no está V. hecha á que esto suceda? Habrá ido á los toros del Puerto.

—Aunque eso fuera, deberia haber vuelto ya: los toros fueron ayer.

En este momento entró azorada y precipitadamente la hermana de María, madre de Verónica, y le dijo con la abrupta franqueza del pueblo: ¡María, en la calle Larga hay una riña, y tu hijo es uno de los que se hallan en ella!

María se levantó desatentada, y aun sin tocarse su pañolon se arrojó á la calle, dirigiéndose despavorida hácia el sitio indicado.

Su hermana y Verónica, á pesar de su espanto y de su terror, salieron á alcanzarla; porque el pueblo mira con harto mas respeto las relaciones de familia que la clase que se denomina culta, y atiende á las obligaciones que impone con harto mas cariño y respeto.

Cuando llegaron al sitio de la riña, vieron á María, esa mujer tan blanda de corazon, tan retenida por hábito, tan temerosa y encogida por carácter, arrojarse entre dos hombres, que lívidos los semblantes por la ira, y ardientes los ojos por el furor, terciada una manta en el brazo izquierdo y teniendo en la mano derecha una larga y ya ensangrentada navaja se preparaban á darse una embestida.

—¡Hijo, hijo!.... ¿Qué vas á hacer? gritó abalanzándose á uno de ellos.

La madre del otro combatiente habia acudido tambien con una hermana y lo sujetaban cada una por un brazo, pero sin que gran esfuerzo fuese necesario, porque en este instante vaciló, sus ojos se cerraron, la navaja se escurrió de sus manos, y cayó sin sentido.

—¡Le mató!.... murmuraron los que al ruido de la pendencia habian acudido.

—Quítate de en medio, Bernardo; dijo á éste uno de los conocidos, mira que han ido á avisar á los civiles.

Bernardo, que se desangraba por una ancha herida en el costado, se alejó apoyándose en su madre, cuyos vestidos empapaba con la caliente sangre que vertia, y cuyos castos y religiosos oidos heria con las obscenas blasfemias y palabras de venganza que le arrancaba al furor de sentirse mortalmente herido. A su otro lado iba sosteniéndolo Verónica, aterrada, pero atenta y silenciosa; y su tia le anudaba con fuerza su ceñidor para comprimir la hemorragia.

Así caminaban lentamente, solos y sin ausilio; porque los hombres todos habian huido, con ese temor profundo que hay en España á verse comprometido á figurar como testigo en una causa criminal.

Nadie hablaba. La debilidad y el cansancio habian hecho callar al herido; las demás callaban por no darle pábulo á volver á prorumpir en su horrible lenguaje, que sin freno ni represion vá cundiendo de un modo espantoso, y como no se oye en nacion civilizada alguna, pero ni aun entre los salvajes. ¿Para qué pagan las gentes honradas las contribuciones y la policía, si no ha de servirles para evitarse á sí, á sus mujeres é hijos este intolerable vejámen?

¡Qué grupo formaban esas hermanas de caridad (en llegando la ocasion todas las mujeres lo son,) alrededor de la cama en que fué acostado aquel hombre de espantoso aspecto, el que mas pálido por grados á

medida que iba perdiendo su sangre, con los ojos cristalizados, la mirada estraviada y perdida, la boca entreabierta, y la respiracion estridente, yacía inmóvil é insensible! ¡Con qué consagrado amor manchaban de sangre debida al delito, sus puras é inocentes manos, al aplicar á la herida paños, mientras no llegaba el cirujano! ¡Con qué caritativo celo secaba Verónica con su blanco pañuelo el sudor, con que bañaban la frente del herido las fatigas de muerte que la causaba la pérdida de la sangre!—¡Señor, estos prodigios de santo y consagrado amor, de valerosa y paciente caridad te ofrece la humanidad, para que en favor de ellos no reniegues de la criatura que criaste y que olvida su elevado orígen, su mision en este mundo y su destino en la eternidad!

El cirujano declaró la herida grave, pero no mortal. Despues de la cura el herido acabó de perder del todo el conocimiento, y quedó sumido en un letargo semejante á la muerte.

Entonces María, exenta ya de la activa asistencia que reclamaba su hijo, cayó desplomada sobre una silla, y ocultando su rostro entre sus manos prorumpió en sollozos clamando con desconsuelo: ¡habia de tener mal fin; así lo predijo su padre!

—Tia, no se aflija V., ni piense lo peor, replicó Verónica: eso lo dijo mi tio en el supuesto de que no se enmendase. ¿Quién sabe si Dios se vale de este medio para preparar su enmienda? ¿No vemos en las vidas de los Santos, á cuántos de ellos llamó Dios á sí por medio de enfermedades, naufragios y otras calamidades que han puesto á los hombres frente á frente con la eternidad? Bernardo sanará, tia, así lo ha asegurado el médico, y mediante Dios, sanará á un tiempo de cuerpo y de alma.

—¡Verónica. hija mia, Dios te premiará el bálsamo que dan tus palabras de consolacion á mi alma! ¡tú no sabes, hija. lo que es una pena sin consuelo.

—No las hay, tia, repuso Verónica. Dios los tiene muy grandes y muy dulces para quien se los pide, y

el mayor de todos es el que Su Magestad se digna recibir nuestras penas como ofrendas, cuando se las ofrecemos. ¿Quién, pues, por tal de tener una ofrenda que ofrecer al Señor, que le sea grata, no quisiera sufrir como lo ansiaba Santa Teresa?

—¡Madre mia, si decretada está la muerte del hijo mio.... si la he de presenciar como presencié la de su padre.... conforme estoy, y cúmplase su voluntad! ¡Pero tú, Señora y afligida Madre, alcánzale á otra su último consuelo; y logra por tu intercesion bendita, que tenga el hijo, como la tuvo el padre, una muerte cristiana.

CAPITULO V.

Al tercer dia, que sin moverse de la cabecera de su hijo, pasaba María entre la agonía del temor y los consuelos de la esperanza, sin que sus ojos se cerrasen ni hicieran otra cosa que verter lágrimas, sin que sus lábios se abriesen para otra cosa que para orar, salió el paciente de su letargo, y dió señales de vida; esto es, suspiró é hizo algun movimiento.

Bernardo habia pronunciado algunas palabras, su madre se inclinó hácia él, prestó el oido, y pudo distinguir las siguientes:

Allí salió una mujer
Que Verónica la llaman,
Con un paño que traia....

—¡Tu relacion, Verónica, esclamó María, aquella que decias cuando eras pequeña! Retrocede, hijo de mi alma, añadió dirigiendo sus palabras al enfermo, retrocede al tienpo de tu inocencia. ¡No lo creas imposible y por eso te desanimes, hijo de mis entrañas! El arrepentimiento y la enmienda nos abren nueva vida; y el padre sienta al hijo pródigo que lo implora, á la cabecera de su mesa. Así lo ha dicho el mis-

mo Dios hecho hombre, brindándonos el perdon, que á tan poca costa podemos adquirir, pues

Al que llorando, á Dios suspira y pide,
Siempre le acoge, y nunca le despide.

—¿Quién me habla de Dios? dijo el paciente abriendo los ojos y fijándolos en María. Mi madre; ¡quién habia de ser sino mi madre!

—Es mi obligacion, hijo de mi alma.

—¡No me digais hijo! esclamó Bernardo.

—¿Y por qué no, ingrato?

—¡Porque no merezco serlo!

Diciendo estas palabras el enfermo, prorumpió en un amargo llanto, y tuvo una fuerte congoja.

La debilidad, dijo el cirujano, que entraba en aquel momento.

—¡Dios, que por la intercesion de su santa Madre, abogada de todas las madres, le toca en el corazon, esclamó María entre sus lágrimas de gozo. ¡Pues qué, Señor! ¿solo el cuerpo influye en nosotros?

—Un poco de vino, mandó el cirujano.

—¡No, no, esclamó Bernardo, no quiero volver á probarle en mi vida!

María cruzó sus manos con exaltada gratitud y alzando sus ojos al cielo: Antonio, dijo, desde la mansion de los justos bendice á tu hijo, y retira el terrible fallo que te infundieron tus temores.

—Vamos allá, dijo riéndose el cirujano al paciente, todo Enero es buen alcalde. No vuelvas á beber vino cuando estés restablecido; me parece bien; pero ahora toma este poco, que te lo mando yo por medicina. En seguida que tome una taza de caldo, y que no se le hable, ni se le consienta hablar. ¿No se lo dije á V., tia María, añadió el cirujano al despedirse, no le dije á V., que á pesar de la gravedad de la herida, sanaría? Mala yerba nunca muere.

María suspiró al volver á recomendar el cirujano que no se hablase al enfermo, conociendo que perdia los mejores momentos para atraer á su hijo al bien y á la religion de que únicamente aquel dimana,

sobre todo en el pueblo, para el que no han podido hallar todos los filósofos antiguos ni modernos otro código de moral que comprenda, que le mueva, que le convenza, que le simpatice, ni que le hable al alma y al corazon cual éste; lo que aun, faltando la revelacion, probaria su orígen divino.

Algunos dias despues ya se hallaba Bernardo en plena convalecencia.

—Con que, hijo mio, le decia una mañana María, ¿no beberás ya mas vino?

En la vida de Dios, madre, que mas de cuatro cosas no las he hecho yo, sino el compañero que traia (1).

—Lo sé, hijo, lo sé; porque sé tambien que tú no eres malo; la mocedad, el vino, las malas compañas, todas las asechanzas del enemigo.... Ya confiaba yo en la Vírgen, la que tanto vale con el que tanto puede; y para que tú te cerciores de este valimiento, y cobres buen ánimo y confianza de que Dios te ha de perdonar si arrepentido se lo pides, te voy á contar un ejemplo.

Habia una vez una pobre viuda, que no tenia mas que un hijo, y era este un facineroso de los mas sonados. La pobre madre se moria de pena, y no comia un pedazo de pan que no estuviese empapado de lágrimas. No tenia la desgraciada mas refugio, mas consuelo, ni mas esperanza, sino en sus oraciones á la Vírgen, para que se apiadase de aquel perdido sin fé ni ley, y le volviese á traer al santo redil del Buen Pastor. Entretanto aquel perdido seguia en su mala vida asumiendo iniquidades, hasta que llegó el caso de que, perseguido por la justicia, no hallaba albergue en que hospedarse, ni guarida en que refugiarse. Huyendo, pues, sin saber donde esconderse, se internó por esos andurriales de Dios, y llegó á un yer-

(1) El vino.

mo solitario en que habia una capilla. Como estaba rendido de cansancio y fatigado por el calor, entróse en ella para descansar. Apoyóse en una columna y levantó la vista hácia el altar, sobre en que se veia una hermosa imágen de bulto de la Señora con el niño en brazos. Mirábala el facineroso, apartaba la vista y la volvió á mirar. Al verla con el niño en brazos, se acordaba de su madre, y una angustia amarga fué creciendo y subiendo mas y mas en su corazon, como la marea del mar. ¡Queria sacudirse y no podia; queria irse y se volvia!.... porque aquella Señora le miraba á él con tanta dulzura y tanta compasion, que parecia rogarle que no se fuese, hasta que brotando copiosas lágrimas de sus ojos, y doblándose sus rodillas, cayó postrado esclamando: ¡Misericordia, Madre mia, misericordia!

Al verle postrado y derramando lágrimas, la Vírgen le dijo al niño: Hijo mio, perdona á este pecador arrepentido. Pero Jesus respondió: No puede ser; sus maldades superan toda clemencia.

El malhechor que esto oía, se golpeaba el pecho, sollozaba y esclamaba: ¡Madre de Desamparados, mírame desamparado de Dios y de los hombres por mis maldades! No me desampares tú tambien, refugio de pecadores; así me enseñó mi madre á llamarte; aquella madre que tanto confiaba en tu intercesion.

—¡Hijo, tornó á decir la Vírgen, por su madre que fué tan devota mia, por sus lágrimas, y por la preciosa sangre que derramaste para redimir el pecador.... redime al que á tus pies ves postrado.

El infeliz pecador al oir esto, se echó al suelo golpeándose su frente contra las losas del pavimento y gritando: ¡Madre mia! ¡Madre mia! ¿me he de condenar? ¿serán para siempre cerradas las puertas del cielo al que aunque tarde, abre los ojos á la luz y detesta sus culpas?

—Hijo, ¿desde cuándo eres sordo á la voz del arrepentimiento? dijo la Vírgen, ¿qué mas que otro ha hecho este pecador?

—Se ha emancipado en su soberbia de su Dios.
—Ahora se le humilla, y le adora postrado.
—Ha profanado mi templo.
—Ahora le consagra y purifica con sus lágrimas.
—Ha causado grave escándalo y mal ejemplo.
—Ahora edificará con su conversion.
—Ha sido mal hijo.
—Su madre le ha perdonado.
—Sus crímenes son muchos.
—Mas son sus lágrimas de contricion.

Y bajándose la Señora del altar, puso sobre él á su Hijo que tenia en brazos, se hincó de rodillas, y le dijo:

—¡Hijo, aquí postrada te pido la gracia de este pecador!

—¿Qué haceis? ¿qué haceis, Madre mia? dijo el Niño, alzando á la Señora. ¿Quién vió nunca á una Madre arrodillarse ante el Hijo que parió? Alzad, y séale perdonado á aquel que tanto en vuestra misericordia y valimiento confió.

Al oir esta misericordiosa sentencia el pecador, alzó los ojos, abrió enagenado los brazos, dió un grito de júbilo, y murió, porque su dolor fué tal, que le habia partido el corazon en el pecho. Ya ves, hijo, añadió María, que no hay caso en que esté proscrita la esperanza, ni negada la misericordia al arrepentido contrito que muere cristiano.

—¡Lo que es tener una buena madre! dijo Bernardo.

—Y esa la tenemos todos en la Vírgen Santísima, repuso María.

Pocos dias despues, cuando iba convaleciendo de cuerpo y alma, fué preso Bernardo y llevado á la cárcel, pues aunque su contrario no habia muerto, aparecia Bernardo, segun las declaraciones, como el agresor.

¡Qué contraste, y qué escuela y ejemplo iba á tener aquel hombre naturalmente mal inclinado.

Renunciamos á pintar el dolor de su infeliz madre.

CAPITULO VI.

Un año despues estaba la desdichada madre casi ciega, destruida y enferma, pero paciente y sumisa oyendo á Verónica que le leia una carta escrita en papel fino y con buena letra. En el devastado semblante de aquella mujer, viva imágen del sufrimiento se veia una dulce espresion de consuelo, que si bien no brillaba en sus casi apagados ojos, posaba en suave sonrisa sobre sus lábios.

—Siempre, hija mia, dijo la pobre madre, hay que dar gracias á Dios, que nunca hiere con dos manos. La herida que ébrio hizo mi hijo á Juan de Silva, que se creyó mortal, no lo ha sido, y Dios le sanó en su infinita misericordia. ¡Loado sea, que no tiene mi hijo una muerte sobre su conciencia! Fué condenado el pobre por cuatro años al presidio de Melilla, y un buen alma consiguió que viniese al Trocadero, donde están los presidiarios trabajando; asi podemos ir á verle á menudo. Está el infeliz desesperado, por tener que estar cuatro años en presidio, y amenaza de contínuo con que se fugará conforme se le presente la ocasion, sin atender á las razones que le doy, para hacerle ver que eso seria peor, y que debe sufrir su condena con paciencia y resignacion. Y mira tú ahora, como esa señora tan rica y tan principal que estuvo aquí este verano á los baños de mar, á la que tu madre habló de mi desgracia, y que prometió que haria cuanto pudiese por aliviarla, ¡mira con qué eficacia y con qué caridad lo ha hecho! cómo ha hablado su señoría á todos los gobiernos, ha escrito á Sevilla á los justos jueces, y cómo se toma el trabajo de escribirme de su puño y letra, para consolarme y decirme que

en pocos meses cumplirá mi hijo su condena, que le ha sido acortada por ruegos y empeños que ha hecho su mercé hasta llegar al regente, á quien ha espuesto que soy una pobre viuda, casi ciega y enferma, que no tiene quien la mantenga, ni mas amparo que ese solo hijo.

—¡Ojalá lo fuese! murmuró suspirando su sobrina.

—¡Y que haya, prosiguió la escelente anciana, pobres díscolos de malas y desagradecidas entrañas, que se pongan á murmurar de los ricos, sin mas razon que la de no serlo ellos! Estoy para mí, Verónica, que estos mismos que los motejan, si ricos fuesen, y los ricos pobres, los habian de tratar con harta mas soberbia y altanería, y con menos caridad que son tratados ellos. En particular las señoras, nunca, nunca desmayan cuando toman á su cargo una obra de caridad. Allá se lo hallarán, que Dios es buen pagador. El Señor le pague á esta bienhechora lo que ha hecho por mí, y le dé á ella y á todos los suyos salud para hacer muchas obras de caridad, y la gloria que es su recompensa.

—Bien se lo puede V. agradecer, dijo Verónica, que gran favor ha alcanzado.

—Verdad es, repuso María. Pero hija mia, ¿no basta para castigo de lo que ha hecho, sin saber lo que se hacia, porque quien allí obraba no era él, como lo confesó, sino el compañero que llevaba.... no basta, digo, un año de grillete en aquellos pies, que tanto he besado cuando era chico y lo tenia en mis faldas? ¡Ay! qne no permanecieran siempre pequeños en sus cuerpos y ángeles en sus almas los hijos! ¡Crecen para penas! Verónica, continuó la buena madre, quisiera ir yo misma á llevarle esta carta á mi hijo.

—¡Señora, repuso su sobrina, tan mala como habeis estado y estais, con la debilidad que teneis despues de tantos dias de no comer, cuando apenas os podeis tener en pié, ¿queréis hacer esa caminata? ¿No veis que no puede ser?

—Sí, hija, sí! ¿No sabes que la alegría dá fuerzas?

Pero en fin, por si no pudiese llegar á pié, anda, hija mia, vé á ver si está en su casa Miguel Santos, el lanchero, y si en caridad de Dios me quiere llevar en su lancha.

Verónica se tocó el pañuelo, y fué á buscar al lanchero, con el que volvió al cabo de un rato para que entre los dos condujesen á su tia al embarcadero.

—Solamente por V., tia María, me movia yo hoy. He estado esta noche pescando con hachon y queria descansar. Además, tengo el ánimo perturbado, porque la noche ha sido de prueba; y puede V. creerme que el lance no ha sido para menos, y eso que nadie lo sabe sino quien lo pasa.

—¿Y qué le ha acontecido á V., señor? que la noche ha estado serena y apacible, como tengo yo hoy mi ánima, gracias á Dios y á las buenas almas, dijo María.

—Sabrá V., repuso el lanchero, como estando yo en mi lancha pescando en el caño del Trocadero, á eso de las doce de la noche oí hácia los centros de las Albinas un son tan lastimero que me se heló la sangre en las venas. Yo no acertaba en lo que podria ser aquel son: si era el aullido de un perro, si el graznido de algun ave dé la noche venida por esos mares de lejanas tierras,si el quejido de alguna criatura, ó si el gemido de alguna alma en pena, porque la distancia de donde venia era grande, y si á mí llegaba era porque la noche estaba mas serena y mas callada que la muerte. Bien sabe todo el que conoce á Miguel Santos, que no es de los que vuelven la espalda cuando hay peligro, ni de los que se perturban por cosa poca; pero puede V. creerme que el vello se me erizó de pies á cabeza, y me persigné como cristiano; porque tampoco soy de aquellos que no le temen ni á Dios ni al diablo. Así fué que me serené, y me puse á escuchar por si me podia cerciorar de lo que era aquel clamor. Pero entonces fué peor, porque poco á poco vine á caer en que era una voz de criatura que empezaba con los brios del que llama y remataba con

el desconsuelo del que se queja. Lo grande era que lo oia siempre el mismo, á la misma distancia y hácia el mismo punto, sin variar, sin otro ruido alguno, como la campana de la agonía.

Me discurrí si serian señales de contrabandistas, pero no; no podia equivocarse ¡aquel era un gemido como no permita su Divina Magestad que vuelva yo á oir otro en mi vida! Cada vez que lo oia, me levantaba en peso como una sacudida. Ni podia pescar, ni podia parar, ni hacer otra cosa que encomendar aquel desgraciado á la clemencia de Dios, porque ya le he dicho á V. que estaba la noche mas negra que la conciencia de Judas, y que aquel gemido sonaba muy lejos de donde me hallaba yo, hácia las rabizas y los barriales en que se hunden las criaturas, y por entre los cuales solo puede andar de dia y con mucho cuidado el que conoce los sitios, pues en dando uno en un barrial, de Dios le venga el remedio.

El lanchero hizo una pausa, y levantó el cabello de su frente, como si ésta le ardiese.

—Pero señor, dijo María llena de profundo interés y compasion al escuchar el relato ¿V. ha averiguado lo que ha sido?

—Sí, señora, contestó el lanchero, que el alba con sus luces vino á confirmar lo que rato habia me estaba dando el corazon. Es de advertir que á medida que pasaron las horas se fueron debilitando y estinguiendo los clamores, pero como yo no habia perdido el norte, me desembarqué, y como pude me encaminé hácia allá, porque conozco las albinas y marismas como las palmas de mis manos. Lo que me presumí habia sucedido: un infeliz, ó ignorante del peligro, ó mas temerario que el vino, habia venido á dar en una rabiza y se habia hundido, poco á poco pero sin descontinuar, en su sepultura. Toda la noche habia durado ese entierro de un vivo, y el barrial se lo habia tragado sin dejar mas que un brazo que el desdichado habia levantado como para señalar su sepultura.

—¡Jesus, Jesus, qué desgracia! esclamaron á un tiempo Verónica y su tia, ¿y quién será ese infeliz?

—No puede ser, repuso el lanchero, sino uno de los presidiarios que han traido al Trocadero, que habrá querido escaparse esta noche.

Entró en este instante un encargado del presidio.—Vengo, dijo ásperamente, á registrar la casa.

—Señor.... ¿por qué? preguntó sobresaltada María.

—Porque su hijo de V. se ha fugado esta noche. María dió un agudo grito, abriendo las manos, estendiendo hácia adelante sus brazos, como si quisiera apartar de sí una espantosa conviccion.

—¿Qué tiene? preguntó el encargado ¿qué es esto?

—Es, respondió el lanchero, que el que se fugó erró la senda, dió en un barrial y se ha enterrado vivo.

—¿Lo sabeis de cierto?

—Estuve, puede decirse, presente, respondió el lanchero, sin tener ni haber medios humanos de remediar la desgracia. Id á la albina, y si no se lo ha tragado ya la tierra, vereis un brazo que dice: aquí yace un cristiano.

El encargado salió.

María, que habia enmudecido un momento como anonadada por la fuerza del golpe, se levantó bruscamente con la energía de la desesperacion.

—¡Hijo, hijo mio! gritó; ¡hijo de mi vida, hijo de mi alma, hijo de mis entrañas! ¡hijo! ¡hijo! ¡qué habrá sufrido, María Santísima! ¡qué desamparo, qué desconsuelo! ¡Morir sin ausilio divino ni humano! ¡Y yo que te parí, dormia! ¡Y yo que soy tu madre no te prestaba ausilio! ¡Ay Dios del cielo! ¡Dios del cielo! ¡Qué bien lo dijo su padre: *mal fin ha de tener!* ¡Ay, ay! que los fallos de los padres son profecías! ¡Ay, ay! que el dolor me ahoga! ¡que el dolor me mata! ¡Qué dolor! ¡qué dolor! ¡Ay de mí, madre infeliz! ¡Ay hijo desventurado, Dios nos ha desamparado á ambos!

—¡Tia, tia! esclamó Verónica entre sus lágrimas: Dios no desampara á nadie.

—¡Pues que me ampare! gritó en ahogada voz la infeliz madre.

—Decid antes como hija sumisa: *cúmplase su voluntad;* dijo sollozando la religiosa Verónica.

—¡Cúmplase! repitió cruzando con un temblor convulsivo sus manos la desesperada madre, y si cual el hijo de mi alma he de morir sin consuelo.... ¡cúmplase! ¡cúmplase!

—Uno os queda, dijo en voz grave y conmovida el lanchero.

—¿A mí? no lo hay para mí, gimió María.

—¿Y no lo seria, dijo el lanchero, la seguridad de que hubiese muerto como cristiano?

—¡Ah, si esa la tuviese yo!... ¡Si la Vírgen Santa hubiese oido la peticion de toda mi vida, desde que madre soy!

—Pues podeis tenerla, dijo el lanchero.

—¿Qué, qué? ¿qué la puedo tener? murmuró la madre con una emocion que ahogaba la voz en su garganta. ¿Quién me lo asegura?

—Yo, que sé su último pensamiento, dijo el lanchero.

—¿Lo sabeis? Pero .... ¿cómo lo sabeis? ¡Decidlo, por Dios, decidlo!....

—Porque lo manifiesta la cruz que con sus dedos tenia formada, y que cruzados quedaron despues de muertos, y alzados sobre su sepultura para atestiguar que murió como cristiano, esto es, arrepentido de sus culpas, creyendo, amando y esperando en Dios.

La ferviente cristiana cayó de rodillas, cruzó sus manos y esclamó:

—¡GLORIFICADO SEA DIOS! ¡Y bendita Tú, MADRE DE MISERICORDIA, que oíste mi ruego y alcanzaste que se cumpliera; pues la muerte de mi hijo ha sido la de un cristiano! ¡Bendita sea la Providencia de Dios, que me ha enviado MI ÚLTIMO CONSUELO!

La pobre madre cayó hácia adelante con el rostro en tierra. Cuando la levantaron era cadáver.

Su débil vida, mortalmente lastimada por el golpe cruel que habia recibido su corazon, y á la que solo sostenia la vehemente energía de su dolor, se habia estinguido cuando aquella cedió, al recibir SU ÚLTIMO CONSUELO.

FIN.

ÍNDICE.

	PÁGINAS.
El autor á sus lectores.	5
Simon Verde.	7
Mas honor que honores..	87
El último consuelo.	163

PUBLICACIONES

DE LA

BIBLIOTECA POPULAR ECONOMICA.

Recuerdos de una familia católica, un tomo en 4.°, 3 rs.
Seis novelas del P. Franco, dos tomos en 4.°, 12 rs.
Historia de la Revolucion de Francia, tres tomos en 4.°, 24 reales.
Historia de la Revolucion de Inglaterra y de la Reforma protestante en Inglaterra é Irlanda, un tomo en 4.°, 8 rs.
La Ciudad de Dios de San Agustin, tres tomos en 4.°, 24 rs.
Discurso sobre la Historia universal por el inmortal Bossuet, un tomo en 4.°, 8 rs.
Las Alas de Icaro, por D.ª María del Pilar Sinués de Marco, un tomo en 4.°, 3 rs.
Eufrasia, historia de una pobre mujer, un tomo en 4.°, 3 reales.
Album histórico del concilio ecuménico del Vaticano, un tomo en fólio 8 rs.
Beneficios de la Religion Cristiana y Cartas á un amigo acerca del cánon católico de la Biblia, todo en un tomo, 4 rs.
Aurelia ó los Judíos de la Puerta de Capena, un tomo en 4.° de 600 páginas, 8 rs.

El Bálsamo de las penas, novela de costumbres por D.ª Angela Grassi, un tomo en 4.° de 288 páginas, 4 rs.

La venganza de un Judío, un tomo en 4.°, 4 rs.

La mística Ciudad de Dios, por Sor María de Jesus de Agreda, seis tomos en 4.°, 50 rs.

El lujo, un tomo en 4.°, 3 rs.

Cenoveva de Brabante, un tomo en 4.°, 3 rs.

El Capital de la Virtud, original de D.ª Angela Grassi, un tomo en 4.°, 10 rs.

Margarita, esta preciosa novela consta de un tomo en 4.°, 3 reales.

El Secreto de un Crímen, un tomo en 4.°, 2 rs.

El Álbum de la Romería, un tomo en 4.°, 4 rs.

EN PUBLICACION.

Cuadros de Costumbres por Fernan Caballero.

El Espiritismo en el mundo moderno.

Las Gemelas de la colonia africana.

Para servir cualquiera de las obras antecedentes, remitir el importe á la Librería de **Aguilar**, Caballeros, 1, Valencia.

OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA

EN LA

LIBRERÍA DE PASCUAL AGUILAR,

calle de Caballeros, número 1, Valencia.

FERRER Y JULVE.—Nuevo compendio de cirujía menor. Segunda edicion aumentada. Un tomo en 8.°, de 500 páginas, con grabados intercalados en el texto y láminas sueltas. Su precio 24 rs. en Valencia y 26 fuera.

J. PFLLIER (Hijo).—*La equitacion práctica.* Seguida de un vocabulario de las voces técnicas de dicho arte, traduccion de la tercera edicion francesa. Esta obra forma un tomo en 8.° mayor de 320 páginas, y su precio es el de 8 reales.

MANUAL de Enjuiciamiento Civil y Mercantil.—Recopilacion ordenada de la LEY DE ENJUICIAMIENTO CIVIL con las últimas reformas sobre desahucio y ejecucion de sentencias, numerosos artículos de la LEY ORGÁNICA DEL PODER JUDICIAL y de la LEY HIPOTECARIA y de su Reglamento y varias disposiciones de otras Leyes, Reales Decretos y Reales órdenes,

por un Abogado de este Ilustre Colegio. Valencia 1877. Un tomo en 8.° de 500 páginas, 10 rs.

NOVÍSIMA LEGISLACION. Orgánica, Municipal y Provincial de 2 de Octubre de 1877, anotada y concordada con la de 20 de Agosto de 1870 y 16 de Diciembre de 1876, y adicionada con la Ley Electoral reformada de Ayuntamientos y Diputaciones provinciales; Ley de ensanche de poblaciones y Reglamento para su ejecucion; Legislacion sobre enagenacion forzosa; Constitucion política de 1876, etcétera, por D. J. M. R. B. Nueva edicion refundida. Valencia 1878. Un abultado tomo en 8.°, 6 rs.

LEYES Electoral de Diputados á Córtes de 18 de Julio de 1863 y penal para los delitos electorales de 22 de Junio de 1864. Restablecidas provisionalmente por la Ley de 20 de Julio de 1877, con notas y formularios para su mejor inteligencia y ejecucion. Un tomo en 8.°, 2 rs. en Valencia y 2 y medio fuera.

CÓDIGO PENAL Novísimo planteado provisionalmente en 1870, con las reformas ocurridas hasta la Ley de 17 de Julio de 1876 inclusive: y seguido de un completo repertorio alfabético de las materias contenidas en el mismo y de un apéndice que contiene: 1.° El Decreto sobre jurisdiccion consular en lo criminal. 2.° El Decreto sobre jurisdiccion de Hacienda para la represion de los delitos de contrabando. 3.° El Real Decreto sobre abono de tiempo de prision. 4.° La Ley aboliendo la pena de argolla. 5.° La de reformas en el procedimiento para plantear el recurso de casacion en lo criminal. 6.° La de gracia de indulto. 7.° El Decreto sobre peticion de indulto por delitos de contrabando y defraudacion. 8.°, 9.° y 10.° Algunos artículos de la Ley de Enjuiciamiento criminal y de la Constitucion de 1876, por D. Cándido Martí, Abogado de este Ilustre Colegio. Valencia 1877. Esta obra forma un tomo en 16.° (edicion de bolsillo) de 460 páginas, y su precio es el de 6 rs.

LA IGLESIA Y EL ESTADO.—Cuestiones de actualidad, por D. Emilio de Fagoaga Abellan, Licenciado en Derecho Civil y Canónico, Abogado de los Tribunales del reino y del Ilustre Colegio de Valencia.—Esta obra que tanta aceptacion ha merecido del público, va dedicada á nuestro Santísimo Padre Pio IX; y esto prueba una vez mas que su autor se esfuerza en combatir el mal y en sostener la causa del catolicismo. Forma un tomo de 464 páginas en 4.°, y su precio es el de 14 rs.

QUEVEDO.—*Sueños y discursos ó desvelos soñolientos*, de verdades soñadas, descubridoras de abusos, vicios y engaños, en todos los oficios y estados del mundo. Contiene este volúmen:

Biografía de D. Francisco de Quevedo.
El Sueño del juicio final.
El Alguacil endemoniado.
El Sueño del infierno.
El Mundo por de dentro.
El Sueño de la muerte.
Carta del caballero de la Tenaza.
Casa de los locos de amor.
Pragmática del tiempo.
Poesías.

Esta obra consta de un tomo en 8.° encuadernada en una bonita cubierta de colores, y su precio es el de 4 rs.

OBRAS DE PAUL DE KOCK.

El Amante de la luna, cuatro tomos, 16 rs.
El Hombre de la naturaleza, un tomo (En prensa, 3.ª edicion,) 4 rs.
Efectos de una pasion, un tomo, 4 rs.
El Modelo de los primos, un tomo (agotada) (En prensa, 3.ª edicion,) 4 rs.
La Mujer, el marido y el amante, un tomo, 4 rs.
Las Mujeres, el vino y el juego, un tomo, 4 rs.

El Prado de amapolas, dos tomos, (en prensa la 3.ª edicion,) 8 rs.

Un Buen mozo, un tomo, 4 rs.

El Hermano Jaime, un tomo, 4 rs.

Un Buen muchacho, un tomo, 4 rs.

La verdadera manera de divertirse, Cuadros de costumbres, un tomo, 4 rs.

Novelas escogidas. Receta para hacer un matrimonio, un tomo, 4 rs.

El Cornudo, un tomo de mas de 300 piginas, 4 rs.

Gustavo el Calaveron, un tomo, 4 rs.

La Guindilla. Cuentos picarescos, un tomo, 4 rs.

Está en prensa del mismo autor, *El Demonio de la risa.*

BALDOVÍ.—*El pasatiempo.*—Coleccion de poesías. Un tomo en 8.°, 4 rs.

BALDOVÍ.—*Famoso litigio ó sea espediente poético-prosaico* encontrado por una rara y feliz casualidad no se sabe donde, cómo, ni cuando; y seguido en tiempos al parecer muy remotos entre una musa lavandera del Túria, y un vate con zaragüelles de la Ribera del Júcar, en el juzgado ordinario de un alcalde de monterilla de cierto pueblo de la provincia de Valencia. Un volúmen en 4.° ilustrado con profusion de grabados, 4 rs.

BALDOVÍ.—*El Tabalet.*—Colecsió de música alegre y divertida en solfa valensiana. Un tomo en 8.°, de 208 páchines, 6 quinsets.

BALDOVÍ.—*La Donsayna.*—Colecsió de música alegre y divertida en solfa valensiana. Un tomo, de 210 páchines, 6 quinsets.

BALDOVÍ.—*El Sueco.*—Ansisam de totes herbes adobat en óli gafautero y gramática gréga. Un tomo de 268 páchines en grabats, 6 quinsets.

CONSTANTÍ LLOMBART.—*Niu d' Abelles.* Epígrames llamosins, donats á pública llum. Segona edició. Un tomo de

240 pág̃ines en 8.°, que conté uns cinchcents epígrames d' els mes reputats poetes, 4 quinsets l' eixemplar.

PLANTACION Y CULTIVO de la caña de azúcar. Compilacion de las memorias y artículos recientemente publicados sobre esta materia en las provincias valencianas y observaciones prácticas del compilador. Un tomo en 8.°, 4 reales en Valencia y 5 fuera.

TRATADO *completo de la cria del canario, faisanes, periquitos ondulados y perdices de California,* seguido de un tratadito del arte de disecar toda clase de pájaros. Un tomo de mas de 400 páginas en 16.°, 4 rs. en Valencia y 5 fuera.

De lo Verdadero, lo Bello y lo Bueno, por Victor Cousin. Curso de filosofía sobre el fundamento de dichas ideas absolutas. Un tomo, 12 rs. en Valencia y 14 fuera.

Recitaciones del derecho civil romano, de Juan Heinecio; sexta edicion, revisada y aumentada con notas, sobre el derecho romano español, por D. Luis Collantes y Bustamente. Dos tomos, 28 rs. en Valencia y 30 fuera.

Jerusalem libertada, por Tasso, poema en 20 cantos. Dos tomos con 16 láminas, 14 rs. en Valencia y 16 fuera.

AROLAS.—*Manual del estilo epistolar ó modelo de cartas:* décima edicion, aumentada con el lenguaje de las flores. Un tomo, 4 rs. en Valencia y 5 fuera.

FORNÉS.—*Manual de albañilería, ú observaciones sobre la práctica del arte de edificar.* Un tomo con 18 láminas, 8 rs. en Valencia y 10 fuera.

AROLAS.—*Poesías caballerescas y orientales,* quinta edicion, aumentada con la corona fúnebre del autor. Un tomo, 18 reales.

LE ROY.—*La medicina curativa ó la purgacion,* décima sexta edicion, aumentada con una coleccion de fórmulas de cosméticos y perfumes. Un tomo, 10 rs. en Valencia y 12 fuera.

QUINTIN BAS.—*Nuevos principios de taquigrafía española.* Un

tomo en 8.°, ilustrado con una lámina al final para su mas fácil inteligencia. 4 rs. en Valencia y 5 fuera.

HIPÓCRATES.—*Aforismos en latin y castellano,* con notas para su mas fácil inteligencia. Un tomo, 4 rs. en Valencia y 5 fuera.

BALZAC.—*Memorias de dos jóvenes recien casadas.* (En prensa segunda edicion.) Un tomo, 4 rs.

BALZAC.—*Pequeñas miserias de la vida conyugal,* ó continuacion de los estudios analíticos del matrimonio, un tomo, 8 reales.

BALZAC.—*El contrato de matrimonio y la Bolsa.* Un tomo, 8 reales.

ESCRIG.—*Diccionario valenciano castellano.* Un tomo en 4.° de 900 páginas, 50 rs. en Valencia y 54 fuera.

BOADA Y BALMES.—*Emilio Castelar,* ó refutacion de las teorías de este orador y de los errores del credo democrático republicano. Un tomo en 4.°, 16 rs.

Joya del cazador; compendio de medicina veterinaria especial, que trata de las enfermedades de los perros. Un tomo, 16.° 2 rs.

Manual completo para hacer toda clase de tintas de lustre, comun de escribir, perpétua, doble, indeleble en tabletas, de viaje, tintas de colores para marcar, para escribir en madera y mármol, para imprenta y litografía, para relieves autógrafos, para dibujo y retoque, de trasporte, china, simpáticas, etc. Construccion de lápices de dibujo y litografía, recetas para limpiar toda clase de escritos seguido de un apéndice de barnices y charoles. Segunda edicion, un tomo, 4 rs. en Valencia y 5 fuera.

El Diamante del artista ó el libro de los inventos modernos: recopilacion de lo nuevo que se ha inventado en Alemania, Francia é Inglaterra ó en el estranjero para todas las artes, secretos para el pintor, carpintero, herrero, tallista, es-

cultor, platero, etc.; recetas para que las damas puedan confeccionar todo lo concerniente al tocador, como aceites, tintas, vinagrillos, etc. Traduccion de D. José Barthelemy Alemany, segunda edicion. Un tomo, 4 rs. en Valencia y 5 fuera.

RICHARD.—*El Mago de los salones ó el diablo color de rosa:* nueva coleccion de juegos de escamoteo, de física y química recreativa, naipes, mágia blanca, etc.; segunda edicion. Un tomo con 211 grabados intercalados en el texto, 12 rs. en Valencia y 14 fuera.

POUSIN.—*Curso completo de prestidigitacion ó la hechicería antigua y moderna esplicada.* Un tomo de 500 páginas con grabados, 16 rs. en Valencia y 18 fuera.

ROBERT HOUDIN.—*Los secretos de la prestidigitacion y de la mágia. Cómo se hace uno brujo.* Esta es la primera traduccion que de esta obra se hace al español por el inteligente aficionado al arte de la prestidigitacion D. Ricardo Palanca y Lita. Si el célebre nombre de Robert-Houdin no fuera una garantía inequívoca de la novedad y belleza de esta obra, convendria recordar que es el inventor de los juegos de *La pesca milagrosa ó los peces de oro* y del de *Los anillos chinos,* que figuran en sus páginas. Un tomo en 8.° mayor, ilustrado con 70 grabados, 10 rs. en Valencia y 12 fuera.

ZAPATER.—*Fisiología del amor ó Guia de los amantes.* Segunda edicion, aumentada con el lenguaje de las flores. Un tomo en 16.°, 4 rs. en Valencia y 5 fuera.

ARGIMIRO BLAY.—*Novísimo secretario de los amanles ó el correo del amor.* Formulario de cartas amatorias, seguido del diccionario y el reloj de Flora. Segunda edicion, aumentada con el lenguaje de las flores y del abanico. Ilustrado con una lámina al final del libro que contiene las figuras del lenguaje de las manos. Un tomo en 8.° de 296 páginas, 4 rs. en Valencia y 5 fuera.

MOYA.—*Tratado completo del Juego de Damas.* Un tomo en 8.° 8 rs. en Valencia y 10 fuera.

ISIDRO VILLÀRROYA.—*Marcilla y Segura ó los amantes de Teruel.* Historia del siglo XIII. Segunda edicion. Un tomo en 8.°, 4 rs.

FRAY LUIS DE LEON.—*La perfecta casada.* Nueva edicion, aumentada con una coleccion de poesías del mismo autor, y la mas económica que se ha publicado hasta el dia. Un tomo en 8.°, 4 rs.

Picaronas y alcahuetas ó la Mancebia en Valencia: apuntes para la historia de la prostitucion, por D. Manuel Carboneres. Un tomo en 8.° mayor, 8 rs.

DANTE.—*La Divina Comedia:* nueva y libre traduccion, por D. J. Sanchez y Morales. Edicion la mas económica que se ha conocido con el laudable fin de que pueda llegar á todas las clases de la sociedad. Un tomo en 8.° mayor, 10 rs.

Novísimo arte práctico de cocina perfeccionada, repostería y arte de trinchar. Contiene además un tratado para la fabricacion de licores, multitud de secretos pertenecientes á diferentes artes y oficios. Diversos medios de economía doméstica, lavado y planchado de ropa y encajes, recetas para varias enfermedades muy comunes en las familias, cultivo y propiedades de varias flores y yerbas medicinales, secretos de las gallinas, capones y gallos, etc. Un tomo en 8.°, 4 rs.

Letanía de Ntra. Sra. de la Saleta, por el Padre J. Berthier, misionero de Nuestra Señora de la Saleta, 25 céntimos de real.

Manual del pintor al lavado y á la aguada. Trata este libro del paisaje en general, del dibujo, del estilo, de los objetos que entran en la composicion de un pais, del cielo, de las nubes, etc., etc. Tercera edicion, ilustrada con una gran lámina al final de la obra. Un tomo 5 rs.

A. DE LAMARTINE.—*Ciceron*, traduccion y prólogo de Don Vicente Piño y Vilanova, abogado. Un tomo en 8.°, 4 rs. en Valencia y 5 fuera.

Guia del plantelista ó instrucciones generales para el establecimiento y cultivo de planteles, por D. Vicente Candel Arandes. Mucho se ha escrito en nuestro dias sobre agricultura, pero nadie hasta ahora, que sepamos, se ha ocupado entre nosotros de reunir en una sola obra los preceptos útiles al cultivador y plantelista. Un tomo en 8.° de 330 páginas, adornado de 9 láminas y un plano litografiado, 12 rs.

Nuevo método de lavado y planchado y dar brillo á la ropa blanca, por Doña Francisca Dominguez de Busto, planchadora que ha estado muchos años establecida en Madrid. Contiene además varias curiosidades propias del tocador y de utilidad para el bello sexo. Una coleccion escogida de recetas de los mejores autores para hacer aguas olorosas, pomadas, pastillas y específicos para quitar manchas, tintas para marcar la ropa, etc.; y un tratado del cultivo del rosal. Segunda edicion, notablemente aumentada. Precio 2 rs.

Las mil y una noches: Cuentos árabes, por Gallant. Nueva traduccion la mas económica que se ha conocido hasta el dia; consta de dos tomos en 8.° prolongado, de cerca de 400 páginas cada uno, y de letra muy compacta y clara. El precio de los dos tomos es el de 20 rs.

Manual instructivo del Barbero de pueblo. Contiene este libro el modo de remojar, jabonar, afeitar, descañonar ó repelar, cortar el cabello; de los aprendices, de los oficiales, de los maestros, conservacion y uso de la navaja, requisitos indispensables para practicar la sangría y demás operaciones de cirujía menor, reglamento para la asistencia facultativa de los enfermos pobres, etc. Un tomo en 8.°, 4 reales en Valencia y 5 fuera.

LEYES DE ENJUICIAMIENTO CIVIL Y CRIMINAL.—La pri-

mera reformada segun las disposiciones legales promulgadas, incluso las votadas por las Córtes en 1877; y ambas glosadas con la jurisprudencia del Tribunal Supremo de Justicia, concordadas con la Ley provisional sobre organizacion del poder judicial; anotadas con todas las leyes, decretos, órdenes, reglamentos, tratados, cédulas, circulares y demás disposiciones que á ellas hacen referencia, con varias decisiones del Consejo Real y de Estado, y con reglas prácticas admitidas por los tribunales para su mas cumplida aplicacion, y seguidas de treinta apéndices que las completan, por D. Ramon Puchol Ferrer, Abogado del Ilustre Colegio de Valencia Un tomo de 800 páginas en 4.°, 40 rs.

NOTA. Para remitir cualquiera de las obras anunciadas en el presente catálogo, basta remitir el importe á la librería de Pascual Aguilar, calle de Caballeros, número 1, y le serán remitidas á correo seguido.

Precio: UNA PESETA en toda España.

2ª SERIE.

Simon verde.
Mas honor que honores.
El último consuelo.

1ª SERIE.

Obrad bien....Que Dios es Dios.
Dicha y suerte.
Lucas Garcia.
El dolor es una agonia sin muerte

289419

Author Caballero, Fernán (pseud.) LS.

Title Cuadros de costumbres. C1125cua

DATE. NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU